

00818

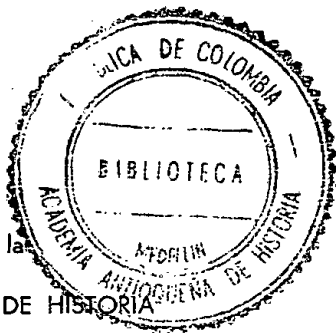
HUMBERTO BRONX

ACA
880

2

"BOLIVAR Y CORDOBA"

"El Ocaso del Héroe de Ayacucho"



Publicaciones de la

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

923.586126

C.7966v

ej. 2

INTRODUCCION

"Firmo en el Calvario de la Democracia", escribió Carlos E. Restrepo en el Libro de Autógrafos de la "Casa de Córdoba" en el Santuario, lugar donde fue ultimado el héroe a sablazos. Y Carlos Uribe Echeverri: "Aquí no fue el Calvario de la Democracia sino su cuna".

Estos dos pensamientos me dejaron siempre flotando una duda persistente en mi cerebro, desde que, adolescente apenas, estudiaba en el Colegio. Porque no me convencía del todo, cómo un General tan unido a Bolívar en todos los instantes de su carrera militar, hubiera hecho lo que hizo guiado por el noble y exclusivo fin de libertar a Colombia de la tiranía, como me decían las biografías que leí de Córdoba.

Aspiré siempre a conocer más íntimamente la vida de los héroes de la patria, convencido como estoy, de que tuvieron grandes errores y fueron hombres, que en la época en que les tocó actuar, se dejaron llevar algunas veces por el odio, la crueldad, el resentimiento o la venganza.

Al leer la correspondencia militar de Córdoba, sostenida especialmente con Santander, Bolívar, José Manuel Restrepo y sus familiares, inclusive las cartas últimas que envió al Libertador, pocos meses antes de lanzarse a la conspiración y la revolución, se encuentra uno con el militar convencido hasta la evidencia de que sin Bolívar, Colombia iría a la anarquía. Por su mente no habían pasado las ideas que se atribuyó al fin a sí mismo, como medio de cohonestar su actuación pos-trimera. Todavía el 29 de enero de 1829, es decir,

siete meses antes de lanzarse a la aventura loca que lo llevó a la muerte, escribió a su cuñado lo siguiente: "Es menester convencernos como tres y dos son cinco que sólo, sólo el Libertador mantiene unida esta república que, dejando de mandarla él, se despedazaría, porque sería un milagro inaudito que pasase a federarse felizmente. Y si así fuere, el sur sería presa del Perú, nuestra humillación sería perfecta y nuestra denigración y todo lo infame el verdadero resultado".

Y un año antes, el 13 de junio de 1828, en junta popular convocada por el intendente Gobernador de Cundinamarca, general Herrán, en la cual hablaron varios oradores, entre ellos el Dr. Juan N. Vargas, santanderista, en contra de Bolívar, Córdoba se exaltó y dijo: "Señores: este pueblo es sordo y se necesita que se le hable claro y recio para que oiga. La convención que era la esperanza de Colombia, se ha disuelto sin hacer nada, dejando la República en una crisis peligrosa. En tales circunstancias no se divisa otra tabla de salvación que el Libertador. Creo que sólo el Libertador investido de facultades extraordinarias, puede salvar la república de la anarquía que la amenaza; el que piense de otra manera se engaña y tendrá que arrepentirse cuando quizá el mal no tenga remedio". Advirtió, además, que no permitiría que en su presencia se hablase mal del General Bolívar.

Después de haber leído la correspondencia abundante de Córdoba; una vez consultadas varias biografías suyas, escritas por diferentes historiadores; confrontando cuanto dicen sobre él Posada Gutiérrez en sus "Memorias", José Manuel Groot en su "Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada" y también meditando en la verdad que enseña que las dos fuentes principales que tiene el hombre para obrar son la inteligencia y el co-

razón, he podido concluir que Córdoba se perdió porque permitió que las sombras ocultasen los dictados de la inteligencia y obedeció ciegamente al corazón. El corazón humano es variante y versátil como las nubes o como las olas del mar. Solamente la inteligencia que tiene la idea, es permanente.

Seguramente su juventud y su carácter impulsivo contribuyeron a la aventura descabellada con que puso fin a su carrera gloriosa. Mucho también las amistades, críticas y acusaciones que oyó en Bogotá cuando vino a someterse a juicio, poco antes de la conspiración septembrina. Pero eso que oyó, fue tenido en nada, mientras su corazón y su cerebro estaban con Bolívar. Cuando ya el corazón se ennegueció por el odio, la mente recogió todo lo oído entonces. Sentía por Santander un afecto especial y esto se colige de su larga correspondencia con él. Seguramente que las ideas antibolivarianas de ese personaje, también fueron transmitidas a Córdoba. Todo aquello, no obstante no haberlo desquiciado en su amor, su admiración y su obediencia irrestricta a las órdenes del Libertador, quedó en el subconsciente, para servir de justificación a la rebeldía de los últimos meses de su vida, cuando se sintió desechado por el hombre que como astro, lo arrastró en pos de sí comunicándole su amor a la libertad, su odio a la dominación española y su amor sin límites a la gloria militar.

Tal vez algunos, ofuscados por la admiración y el afecto hacia la figura del héroe joven, que durante diez y seis años escasos de su vida supo cortar tan hábilmente frescos y hermosos ramos de laurel, en el bosque de la gloria humana y con ellos fabricó corona preciosa que rodea su recuerdo, pensarán que esto va a quitarle algunas hojas muy verdes, desluciéndola. Pero no será así para

quien piense y medite en lo inestable de las glorias humanas; en la fragilidad del corazón humano; en el peso de las pasiones formidables que bullen y se agitan en todo nacido de mujer; en la existencia de una Providencia y de un Ser de quien todos somos hechura. Todos los violentos, todos los guerreros, todos los déspotas, todos los que mandan y al mandar se dejan dominar por el rigor, el egoísmo, la crueldad o el orgullo, casi sin excepción, encuentran en el camino de su vida y cuando menos lo piensan, alguno o algunos que los miden con la vara con que midieron. Es lección de historia que todos los poderosos, con rarísimas excepciones, que confirman la regla general, al acercarse su muerte, se encuentran humillados, desechados, tenidos por inhábiles y peligrosos. Y una vez, ya sin oportunidad de reponerse, sufren lo que a miles de súbditos hicieron sufrir; se sienten humillados, por miles de humillaciones que infligieron mientras, prepotentes y temidos mandaron; y piensan, saborean y devoran la amargura que a tantos y por mucho tiempo tal vez, hicieron pensar, saborear y devorar.

Córdoba fue el joven militar, valiente, arrojado, enamorado de la libertad, obediente a Bolívar, sacrificado en sus deberes de milicia, incansable en el sufrir, amante de la patria. Pero al final, tuvo lado oscuro, para contraste del personaje, en su realidad humana, sin la nube legendaria que casi siempre circunda a los héroes nacionales. El hecho de conocer en su integridad la vida de un héroe, hace que el joven se convenza de que a pesar de sus defectos, puede esperar mucho de la vida todavía.

Cuando entiende por qué fracasó y sufrió, es lección para su existencia ya que aprende cuáles son los vicios que atajan al hombre en su camino de éxitos y lo precipitan. Cuando observa que la violencia engendra violencia y la sangre llama

sangre, aprende también que quien ama será amado y quien perdona será perdonado. Finalmente, cuando comprende que toda gloria humana es pesada en demasía y a todos los que la cargan, cansa y aplasta a veces, hiere o enferma, y cansados, aplastados, heridos o enfermos los sorprende la muerte, sin haber obtenido de ella a la postre sino amargura, lanza sus miradas a lumbres más altas, que en este mundo donde viven hombres amasados en barro malo, jamás tendrán realización satisfactoria.

Córdoba se perdió cuando más lo necesitaba la patria, nacida con la ayuda decisiva de su coraje y de su espada. El mismo estilo y redacción de sus proclamas, misivas, epístolas, etc., nos demuestran que había logrado estudiar bastante en los últimos años, como lo atestiguan varios amigos personales. De honradez única, era un hombre sobremanera inteligente, de indómito valor, de arrojo militar, poco común. Ya le iba a tocar el lugar al estadista, cuando entró en su alma el demonio del odio y del resentimiento y lo arrojó a la aventura y en ella se eclipsó.

EL HEROE NACIONAL

Nos sentimos inclinados a transcribir las siguientes reflexiones, que mucho tienen de verdaderas, del Dr. Fernando González: "Cuál es el significado sociológico del héroe nacional? Su papel es el de aglutinador de la nacionalidad cuyo dios es. La nacionalidad se haya dispersa e inconsciente: entonces principia a concretarse alrededor del héroe nacional, como su núcleo. Entiéndase bien que la figura de éste no aparece de una vez, perfecta ya, sino que es fenómeno vivo y como tal va creciendo y perfeccionándose en la medida en que las necesidades de la nacionalidad, en formación también, lo exigen...

"El héroe nacional es un personaje histórico sobre cuya historicidad va laborando la psiquis nacional, quitando aquí, agregando allí, puliendo, falsificando documentos mediante interpretación que tiene de lógica vital. En tal sentido diremos que el héroe nacional es padre y es hijo a un mismo tiempo de la nacionalidad. Hermosos secretos de la biología.

"Como el Libertador no fue ni puede ser héroe nacional sino continental o universal, éstos países que él libertó, bajos aún en la escala biológica, al proceder a la formación de sus héroes lo han hecho y realizan a expensas de Bolívar; le quitan aquí a su gloria; le sustraen de allí a su acción; le roban en Colombia; le despojan en el Ecuador y le insultan en Argentina y Perú. Porque ante esta obra de fatalidad biológico-social que se cumple en la formación de héroes nacionales, la necesidad no respeta nada; se nutre de lo que encuentra a mano, como la planta que aprovecha las oportunidades que la rodean. Lo que se oponga a la figura naciente, al progreso formativo de esos núcleos de nacionalidades, es destruido. Y como Bolívar es el único que dio grandeza épica a la emancipación vivificando a las montoneras del continente americano, ha resultado preciso robarle, amminorarle, para que sean posibles los héroes nacionales.

"Ni los individuos, ni los pueblos, ninguna cosa acrece su energía expansiva sino por su limitación: concretarse, para obrar; encerrar el explosivo dentro de la cápsula; recogerse para dar el brinco; nacimiento de la familia, del municipio y de la provincia. El papel sociológico del héroe es agrupar, fortalecer el grupo, crear la nacionalidad. Porque comprendemos las necesidades vitales, perdonamos desde esta altura el cruel despojo que hacen de Bolívar".

"El héroe nacional es necesario, es manifestación sociológica de este drama llamado historia. Durante su vida aparece triunfante, bandera, a pesar de momentáneas derrotas (que son los momentos en que surgen instintos opuestos (anárquicos). Muerto, vive como símbolo y guión... Y cómo se forma su imagen histórica? Los pueblos, inconscientemente, le quitan lo impropio y le aumentan virtudes; es la obra lenta de la purificación. En tal sentido la historia es mistificadora, pero mistificadora lógica y que responde a necesidades vitales del devenir. El pueblo va haciendo del héroe la imagen de lo que desea llegar a ser; en ella materializa su programa, encarna su futuro.

"Así, sin culpa, es como se falsifican documentos, destruyendo los perjudiciales, interpretando favorablemente las dudas y creando leyendas. Inmenso poder del espíritu humano, con su facultad de olvidar lo perjudicial y agrandar y tener presente lo que le conviene. Creador así de dioses, cielos y naciones. En tal sentido el hombre es creador"... 1

Esta teoría de Fernando González, tiene méritos indiscutibles, y no podemos ignorar que la historia de los grandes hombres, especialmente de aquellos que forjan un pueblo o ayudan a formarlo, a libertarlo, necesariamente debe ser pulida, para ejemplo de las generaciones que se levantan y para que el pueblo mantenga la mística del amor a la patria.

Córdoba; hasta pocos meses antes de lanzarse a la conspiración, permaneció fiel a Bolívar y prestó servicios invaluable al país en la campaña del Sur. Sus actividades y correspondencia abun-

1 Fernando González. "Santander". Editorial A. B. C. Bogotá 1940, pág. 18 y stes.

dante, no dejan la menor duda de su lealtad y de su deseo de continuar hasta el fin combatiendo por el bien de la patria, ya amenazada terriblemente.

A fines de 1828 y durante muchos meses más, Córdoba luchó, combatió y colaboró decidivamente en las campañas del Sur. Por esta época, han considerado todos los historiadores, entró poco a poco Bolívar en el ocaso de su vida y empezó a ver con dolor que se desmoronaba entre el odio de sus enemigos y la alegría de sus detractores, su ideal de la Gran Colombia, que como genio continental había concebido.

La correspondencia de Córdoba con Bolívar, hasta ya un poco avanzado el año 1829 no dejaba entrever ni siquiera remotamente animadversión, disensión o vacilación siquiera en su propósito de acompañarlo en su empresa Gran Colombiana. "V. E., le dice, debe tener confianza en mis pocos conocimientos, porque siempre los expondré al sacrificio por las glorias de Colombia, de V. E. y del ejército; ojalá que mis servicios sean la primera causa para que V. E. repose en el apogeo de la gloria y Colombia se consolide unida, próspera y brillante".

Cuando fue necesario quitarle gloria a Bolívar, para forjar al héroe nacional en Córdoba, como enemigo de la tiranía, palabra que se sabe de dónde venía, a dónde llevaba, y para qué servía, se hizo necesario convertir la equivocación máxima y definitiva de su vida militar, en fuente para refrescar la planta de un espíritu nacional y en símbolo de bandera para aglutinar en torno a ideologías necesarias para la conformación del país democrático y civilista.

Estrictamente hablando, y lo comprenderá el lector, al conocer pormenores de su último año de vida, Córdoba fue junto con Sucre fiel al pen-

samiento de Bolívar. No tenía más ambición que triunfar con él y ayudarle en su ideal.

Era el más grande enemigo de los adversarios de Bolívar, hasta que éste lo humilló. Y para colmo de males, en el Sur estaban: Mosquera, su enemigo solapado e hipócrita; Obando y López, enemigos de Bolívar, pero también taimados y astutos, que lo alentaron en su rencor y humillación.

SITUACION DE COLOMBIA, EN LOS DOS ULTIMOS AÑOS DE CORDOBA.

AÑO DE 1828. CONVENCION DE OCAÑA

Como las proclamas de Córdoba, para coonestar su revolución aluden terminantemente a la Constitución de Cúcuta, que logró poner en manos de la autoridad los medios para reprimir el desorden que se enseñoreaba de la Gran Colombia, es conveniente aludir, siquiera rápidamente a la convención de Ocaña, reunida en esa ciudad el 9 de abril de 1828.

Es rara coincidencia la que tienen estas dos fechas: 9 de abril de 1828 y 9 de abril 1948, por cuanto de ambas, tiene origen una larga serie de males, desórdenes, violencias, crímenes y dificultades para la patria que llevan a numerosos intentos de cambios en la constitución y en las leyes y formas de gobierno. Y también en la organización y dirección de los partidos, que comenzando por odios y forcejeos violentos para mantener la influencia mayor de cada uno, acaban por llevar a esfuerzos mutuos, tras los desastres acumulados por ellos mismos. Y todos esos esfuerzos, no logran sino tras largos años, volver la paz a los campos de la patria

Para esa convención, Santander, de quien dice José Manuel Restrepo que escribía cien cartas en cada correo y lo mismo sus colaboradores designando las personas de su partido y simpatía que debían obtener los puestos de electores y diputados, Bolívar se contentó, confiando en el patriotismo y amor a Colombia, con recomendar por medio de una circular del secretario del interior, que se escogieran diputados de patriotismo, de luces y virtudes. Por esos mismos días se comenzó a perderle respeto a Bolívar, ya en forma agresiva y

vulgar, como sucedió en las fiestas de Zipaquirá presididas por Santander, en las cuales hubo brindis con insultos al Libertador y deseos expresados de matar al "tirano".

Sesenta y siete diputados se reunieron en Ocaña ese 9 de abril y se instalaron bajo la dirección del diputado Soto, quien hizo fuertes alusiones al Libertador en su discurso. Tres corrientes se presentaron en el seno de la convención, fuerte sobre las demás la capitaneada por Santander que obtuvo estos puestos: Presidente, José Ma. del Castillo; Vicepresidente, Andrés Navarrete y secretarios, Luis Vargas Tejada, Manuel Muñoz, Rafael Domínguez y Mariano Escobar. Por renuncia de Muñoz fue nombrado el antioqueño Juan de Dios Aranzazu, diputado independiente y muy imparcial.

A esa convención se dirigió Bolívar, con una elocuencia que pudiéramos llamar desesperada, pues veía desde hacía ya varios meses que los odios, ambiciones y dificultades mantenían la nación al borde de la ruina. Y él, como dicen los historiadores, ya presentía el final de su existencia, pues se disolvía su salud, y prácticamente estaba terminando su carrera ya que no era capaz de andar dos horas a caballo sin fatigarse notoriamente.

Luego de manifestar que podían disponer libremente del bastón de presidente y de la espada de general, símbolos de mando y de gloria, expresaba con energía y elocuencia su pensamiento, como presintiendo el desmoronamiento cercano del bello edificio levantado con el prestigio de ese bastón y de esa espada victoriosa:

"Legisladores: ardua y grande es la obra que la voluntad nacional os ha sometido. Salvaos del compromiso en que os han colocado nuestros ciudadanos, salvando a Colombia. Arrojad vuestras miradas penetrantes en el recóndito corazón de

vuestros constituyentes; allí leeréis la prolongada angustia que los agoniza; ellos suspiran por seguridad y reposo. Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria. Miradla de pie sobre las ruinas del desierto que ha dejado el despotismo, pálida de espanto, llorando quinientos mil héroes muertos por ella, cuya sangre sembrada en los campos, hacía nacer sus derechos. Sí, legisladores; muertos y vivos,, sepulcros y ruinas os piden garantías. Y yo que sentado ahora sobre el hogar de un simple ciudadano y mezclado entre la multitud recobro mi voz y mi derecho; yo que soy el último que reclamo el fin de la sociedad; yo que he consagrado un culto religioso a la patria y a la libertad, no debo callarme en momento tan solemne. Dadnos un gobierno en que la ley sea obedecida, el magistrado respetado y el pueblo libre; un gobierno que impida la transgresión de la voluntad general y los mandamientos del pueblo.

“Considerad legisladores, que la energía de la fuerza pública es la salvaguardia de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto y la esperanza de la sociedad.

“Considerad que la corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales y de la impunidad de los delitos. Mirad que sin fuerza no hay virtud y sin virtud perece la república. Mirad, en fin; que la anarquía destruye la libertad y que la unidad conserva el orden.

“Legisladores, a nombre de Colombia os ruego con plegarias infinitas que nos déis a imagen de la Providencia, que representáis como árbitros de nuestros destinos, para el pueblo, para el ejército, para el juez y para el magistrado, leyes inexorables”...

Pero, como sucede en las corporaciones públicas, que los encargados de dar medios al ejecutivo en todos los sentidos, de poner en marcha feliz la

república, sólo piensan en las agrupaciones mínimas, sin ensanchar el pensamiento, le dieron la espalda en el momento histórico decisivo y resolvieron que el Libertador era un hombre tiránico y ambicioso.

Un gobierno más fuerte que el organizado por la Constitución de Cúcuta, era de imperiosa necesidad en esos momentos. Pero los exaltados y seguidores de Santander, a los que se sumaron algunos moderados, sólo ambicionaban una excesiva debilidad, fruto de visionaria demagogia.

R Vicente Azuero presentó un proyecto que fue llamado "Constitución Azuerina", calcada en la francesa que dividía a Colombia en veinte departamentos. El Dr. Castillo opuso otro proyecto. Tras muchos esfuerzos y luchas, logró que por medio de una moción se excitara al Libertador, que observaba desde Bucaramanga los problemas, a trasladarse a Ocaña. Pero fue negada, porque Santander y quienes lo seguían, temieron con horror el influjo de Bolívar sobre los diputados y que así fuera dada una constitución según las indicaciones del mensaje. Ya el odio que profesaba a Bolívar era profundo, premeditado, exaltado y sin tapujos. En carta particular, citada por José Manuel Restrepo, dijo entonces que se haría hasta musulmán por salir del general Bolívar, a quien llamaba el supremo perturbador de la república".

Bolívar no quiso acudir, por no tener que sancionar disposiciones constitucionales perjudiciales para la patria.

Las discusiones llegaron a tanto grado, porque se pusieron al mismo tiempo dos proyectos, que finalmente 21 diputados se retiraron definitivamente el 10 de junio, de Ocaña. Y como sólo quedaron 54 delegados y eran necesarios 55, el 11 de junio se suspendieron las sesiones...

Todos los enemigos de Bolívar, capitaneados por Santander, Azuero, Vargas, Tejada, etc., en

una reunión con sus miembros prepararon ya revoluciones contra el gobierno del Libertador. Comprometiéronse algunos diputados a conmover las provincias de Antioquia, Popayán, Socorro, Pamplona y Bogotá, movimientos que serían base para una conflagración general. Otros de Venezuela debían promover allí revoluciones y guerrillas.

El grito y el objeto ostensible sería restablecer la constitución de Cúcuta y poner término al mando de Bolívar.¹

Aquí se ve claramente que José Ma. Córdoba fue influido, al final y en forma decisiva por Santander y Azuero porque precisamente en toda la literatura de su revolución de Antioquia que culminó con su derrota y asesinato en el Santuario, esas ideas obsesionaron su mente y ese odio a Bolívar fue el derrotero final de su mente, corazón y voluntad...

SITUACION GENERAL DE COLOMBIA EN EL AÑO 1829

Tomamos textualmente del historiador José Manuel Restrepo, por considerar su pensamiento como fundamental para la interpretación del caso del Héroe de Ayacucho.

Analiza Restrepo la situación de Colombia en 1829 y dice: Decidido el general Páez a sostener con mano firme el gobierno del Libertador en Venezuela mientras llegaba la época designada para constituir de nuevo la república, según lo había dicho en su manifiesto de febrero, nuestras costas estaban amenazadas de continuo por el ejército y escuadra que el gobierno español había reunido en la isla de Cuba y entonces el gobierno colombiano se vio obligado a mantener en los depar-

¹ "Historia de la Revolución". Tomo VII. Bogotá 1950. José Manuel Restrepo, página 113).

tamentos del nordeste un pie de ejército numeroso. Lo mismo tuvo que hacer en el sur por la guerra del Perú. Eran grandes las erogaciones públicas. Muchos se aprovecharon de esta situación forzada, atribuyéndola al Libertador a quien habían conseguido despolarizar en gran parte. El origen de estos males, lo atribuye Restrepo a los autores del 30 de abril que echaron abajo la constitución de Cúcuta; sus pasiones y desaciertos empeoraron la situación. Añadíase a esto ese espíritu que se había introducido en el norte y en el sur de la Gran Colombia, de tener y acordar reglas excepcionales en todos los ramos de la administración. Puede asegurarse muy bien, que desde entonces quedó Colombia dividida en tres grandes secciones; el norte, el sur y el centro. Este, compuesto de seis departamentos incluso el Zulia era el que observaba y cumplía las disposiciones generales expedidas por el gobierno de Colombia; pues las otras secciones se regían por decretos y providencias peculiares a ellas solas.

Y como el Libertador, único vínculo que ligaba a las diferentes partes de esta hermosa república estaba enfermo y en vejez prematura, situación que no prestaba garantía para que pudiera dar cima a la obra comenzada y además había fuertes y horrosas antipatías entre Granadinos y Venezolanos y terribles con éstos por los del Ecuador, muchos, de buena fe, sobre todo los miembros del consejo de Ministros, creyeron que no podría subsistir Colombia regida por instituciones republicanas con jefe electivo para cada cuatro años, sino en forma de Monarquía Constitucional, llamando al trono a un príncipe extranjero, de las antiguas dinastías de Europa.

Esta idea, fue exclusiva de muchos en Bogotá y otras regiones del país, no de Bolívar.

En ese año de la revolución de Córdoba, en to-

das las repúblicas establecidas en la América se paseaban triunfantes las revoluciones y se cometían crímenes horrendos en nombre de la democracia, que escandalizaban a los europeos. Y esos patriotas colombianos creyeron que con una monarquía, librarian a Colombia de una revolución que veían inminente. Sin contar con Bolívar entraron en conversaciones con Guillermo Harrison plenipotenciario de los EE. UU. y con Carlos Bresson, comisionado del gobierno francés, para estudiar la situación de estas repúblicas recién nacidas.

Es famosa la frase de Bolívar, sobre este aspecto, a los representantes de Bolivia: **"Legisladores: los príncipes flamantes que se obsequen hasta construir tronos encima de los escombros de la libertad, erigirán túmulos a sus cenizas, que digan a los siglos futuros, cómo prefirieron su fatua ambición a la libertad y a la gloria"**.

Restrepo anota, con cierta sorna y seguramente con verdad: el proyecto de monarquía mereció la aprobación de la mayor parte de los jefes militares y del alto clero, que se manifestaron prontos a darle su apoyo. Naturalmente, los primeros pasos debían darse, adquiriendo en favor del proyecto la opinión favorable de los jefes del ejército colombiano y del alto clero y sus dignatarios. Unos y otros han sido y son, tanto en Colombia como en las demás repúblicas, empleados vitalicios y por consiguiente elementos aristocráticos, que no pueden extinguirse"...

Bolívar, algunas veces en privado, daba cierto asentimiento a la idea; excogitaba otras maneras de librar a la Gran Colombia de la anarquía que ya devoraba a los otros, pero siempre concluía diciendo: **"que no contaran más con él, porque estaba cansado del mando y de oírse llamar tirano y usurpador y que su mayor anhelo era retirarse a la vida privada"**.

Fue cuando dispuso que se consultase la voluntad nacional acerca de la forma de gobierno y de la futura organización de Colombia, así como sobre el jefe y la administración que debía presidirla; previno que hubiese la mayor libertad en emitir y acoger las opiniones políticas de los pueblos, por exageradas que pareciesen. Y esto lo sabía Córdoba, antes de lanzarse a su aventura; y había sido designado para asistir en representación de Antioquia...

Cuando se conoce la situación de la América Española, recién libertada del dominio español, y los problemas de Colombia, comprende por qué en ese año Bolívar decayó físicamente en forma tan terrible. Y además, había acabado de pasar la noche septembrina, que le dio la medida exacta del espíritu que alentaba soterradamente contra él y contra toda su obra grandiosa... En Bolivia y Buenos Aires habían ocurrido graves desórdenes hasta culminar con el asesinato de los presidentes Blanco y Dorrego; en Méjico se presentaba una revolución con combates entre Guerrero y Victoria y en esos días había sido saqueada por la hez del pueblo la ciudad capital; en el Perú había disensiones gravísimas. Y ya dimos cuenta de la situación en norte, centro y sur de Colombia, y de la fuerte expedición marítima y terrestre que España reunía en Cuba para invadir a Méjico.

El Consejo de Ministros había resuelto consultar a Bolívar para solicitar ayuda, protección e influencia de una nación poderosa europea y la respuesta les vino inmediata del campo de Bujío. El pensamiento de Bolívar era el siguiente: 1) Las diferentes partes de Colombia no tienen conexión, y fuertes antipatías entre venezolanos y granadinos tratan de romper la unión central. 2) Yo soy el único lazo de unión y el mediador común, pero estoy aniquilado física y moralmente y apenas podré durar cuatro o seis años, arrastrando penosa

existencia. 3) No pudiendo yo continuar en el mando supremo, debe disponerse todo para que el congreso constituyente declare legalmente la separación de Venezuela y la Nueva Granada, a fin de que cada parte se organice según convenga a sus intereses. Haciéndose esta separación durante mi vida habrá un mediador común que transe las desaveniencias. 4) La Nueva Granada debe quedar íntegra con la extensión del antiguo virreinato, a fin de que pueda defenderse de los peruanos y para que Pasto no venga a ser su cáncer. 5) Convento en que esta separación tiene inconvenientes graves, pero nadie puede resistir a la fuerza de las pasiones y de los intereses inmediatos que la demandan imperiosamente. 6) No hay modo ya de suavizar las antipatías ni se pueden abreviar las distancias enormes que impiden formar un solo Estado de Venezuela y la Nueva Granada. La creación de la Gran Colombia ya surtió su efecto que fue la defensa contra España. 7) Rechazo como absolutamente inadaptable a Colombia y a toda la América española la federación porque eso sería la anarquía regularizada. 8) No creo posible el establecimiento de una monarquía en nuestra república. La diferencia de castas, una población pobre y esencialmente democrática, la alarma que se suscitara con ello en las clases inferiores, la guerra desoladora que produciría una aristocracia y la desigualdad social, la imposibilidad de que un príncipe extranjero admita un reino anárquico y sin garantías, pobre e incapaz de sostener una corte y por último la ambición de los generales y hombres prominentes que no admitirán verse privados del mando, indican claramente que no es posible establecer en Colombia una monarquía, y eso es una quimera.

Concluyó deseando un presidente vitalicio con un senado hereditario como el que propuso en

Guayana en 1819. Sin embargo una y otra vez repetía: "mi opinión sobre forma de gobierno y organización política de la república es que se haga lo que los representantes del pueblo crean más conveniente: a ellos toca fijar los destinos de Colombia y examinar cuáles son los medios de engrandecerla; y a mí someterme a su voluntad soberana cualquiera que ella sea. Esa es mi resolución irrevocable".

Claramente se ve que fueron calumnias manifiestas todas las consejas que circulaban entre corrillos de militares, entre los cuales se vio muchas veces Córdoba y a las cuales dio crédito total, como se colige del manifiesto a los antioqueños, antes de lanzarse a la revolución que lo sepultó.

COMO RELATA JOSE MANUEL RESTREPO LA REVOLUCION DE CORDOBA

"Sordos rumores circulaban en 1829, de una explosión inminente a cuya cabeza se pondría el General José Ma. Córdoba. Este militar valiente y ambicioso, enorgullecido con la gloria que justamente adquiriera en los campos de Pichincha y de Ayacucho, se proponía ser el campeón de la Nueva Granada y mandarla aún en vida del Libertador. Olvidando, pues, todos los favores, ascensos y distinciones que debía a éste, se dedicó desde el mes de abril o antes, primero con alguna reserva y después sin disfraz alguno, en Pasto, donde mandaba soplar los celos entre éstos y los venezolanos y a desacreditar a los jefes del ejército del sur, incluso Bolívar, proclamando al mismo tiempo principios exagerados de libertad. Sin embargo, en un viaje que hiciera al cuartel general satisfizo al Libertador, diciendo: que él tenía sus planes que descubriría con su acostumbrada fran-

queza, los que eran para después de sus días. Bolívar no hizo novedad en la confianza que antes había manifestado.

POR QUE NOMBRARON MINISTRO DE MARINA A CORDOBA

“A pesar de esto, Córdoba a su regreso a Pasto continuó sus vociferaciones contra el mando del Libertador, ligándose con sus enemigos, jefes y autores de la última revolución de esta provincia. Para sacarle de aquel teatro peligroso y que tuviera mejores consejeros, se le nombró ministro de Estado en el departamento de la Marina; aceptó el destino, pero dijo que era para ganarle que el Libertador le daba tan elevado puesto, cuyo negociado ignoraba enteramente. Pidió entonces licencia para ir a Antioquia a ver a su familia, cuya provincia le había elegido diputado al próximo congreso constituyente, de 1830. De paso en Popayán y en el Valle del Cauca continuó sus tramas revolucionarias con mayor publicidad. Tanto el Libertador como el consejo de ministros supieron que iba a Antioquia con el objeto de hacer una revolución, apoderándose de las armas y municiones que allí existían; pero las distancias no permitieron que se pudiera impedir aquel proyecto.

ÚLTIMA CAMPAÑA DE CORDOBA.

MOSQUERA Y CORDOBA

José María Córdoba fue nombrado Ministro de Guerra después de la conspiración de Septiembre y él firmó todas las sentencias. En los días subsiguientes al dos de Octubre fueron ultimados otros comprometidos en la conspiración, hasta un número total de catorce. La causa contra Santander que terminó con una sentencia de destierro del territorio nacional, porque "el crimen meditado y comenzado a ejecutar ha sido de una gravedad imponderable; pero no habiéndose consumado, ni tenido las funestas consecuencias que hubiera producido, el derramamiento de más sangre no produciría ya un efecto saludable, sino que antes bien ocasionaría más horror a la pena que el crimen".

La duración de ese empleo de Córdoba fue corta, porque días después tuvo que salir a nueva campaña. El Congreso del Perú y el Presidente Lamar, con exceso de ingratitud habían declarado la guerra a Colombia. Poco después, Obando y López se sublevaron en el sur de Colombia. En Venezuela, Páez preparaba cuidadosamente el golpe artero y de Bolivia era expulsado Sucre.

Bolívar entra en el ocaso de su vida y ve con dolor que se desmorona, poco a poco, entre el odio de sus enemigos, ambiciosos de mandar su parcela y la alegría de sus detractores, la obra magna de su espada y el sueño inmenso de Angostura. Hizo entonces salir de Bogotá una divi-

sión de 1.500 hombres a las órdenes de Córdoba. Se unió éste en La Plata al coronel Tomás Cipriano de Mosquera y ambos siguieron a Popayán adonde llegaron el 27 de diciembre. Desde que estos dos hombres se encontraron, comenzó la discordia, porque los historiadores, citan frases humillantes de Córdoba para Mosquera. De esas que restallan en la conciencia como látigo de fuego y se clavan en la carne del alma, provocando sin cesar pensamientos de venganza.

La sola presencia de Córdoba hizo retirar a los revolucionarios hacia el valle del Patía, pero antes logró nuestro héroe alcanzar la retaguardia de López y hasta dispersarlo en "La Horqueta". Luego regresó a Popayán para reorganizar el ejército y conseguir recursos para abrir campaña sobre Pasto.

Las rivalidades empezaron entre Mosquera y Córdoba, porque aquél sentía envidia profunda ante las glorias del Héroe de Ayacucho y éste, de acuerdo con su carácter, era duro con él.

Entra en escena nacional, por primera vez Tomás Cipriano de Mosquera, que será un gobernante muy aceptable y progresista en la primera vez que ocupe la Presidencia, para convertirse después en un soberbio y tremendo caudillo lleno de pasiones violentas y mezquinas, desequilibrado y petulante, egoísta hasta el narcisismo y que logrará con sus artes ocultas convertir en odio el amor, admiración y confianza de Bolívar para con Córdoba y el amor y lealtad de Córdoba para con Bolívar.

En la vida del Héroe de Ayacucho, es Mosquera el ave negra, la nube preñada de tempestad, el veneno que mata.

El General Posada analiza estos dos caracteres en la siguiente forma:

"El General Córdoba, de carácter impetuoso y pródigo con sus subalternos en injurias de cuar-

tel, no es extraño que se comportara con el Coronel Mosquera como generalmente se dijo. Siendo éste último conocido del Libertador por su incansable perseverancia en la intriga, insinuante para obtener en lós demás lo que deseaba, teniendo acceso con el Libertador, habiendo sabido introducirse en su confianza, seguro era que Córdoba, que se evaporaba en sarcasmos y bravatas, había de sucumbir bajo una persecución sorda, disimulada, constante, que sabía explotar hábilmente las sospechas con que lo iban minando sus émulos en el ejército, por su inocente equivocación en la noche del 25 de Septiembre”.

“Lo cierto es que esa falta de armonía entre los dos fue la causa del infortunio de Córdoba”.

El 18 de Diciembre de 1828 el General Córdoba, desde su cuartel general de La Plata, dio la siguiente proclama:

JOSE MARIA CORDOBA GENERAL DE DIVISION DE LOS EJERCITOS DE LA REPUBLICA, COMANDANTE EN JEFE DE LA DIVISION DE OPERACIONES SOBRE POPAYAN:

Caucanos:

“La fuerte división de mi mando que con tanta celeridad ha marchado a protegeros, os prueba que un gobierno justo existe para vuestra dicha. Ved en las armas la más firme garantía de la Paz y el Orden que habéis perdido, y en sus soldados a los antiguos defensores de la libertad. La uniformidad de sentimientos que une hoy a Colombia está apoyada en su ejército y ante este doble poder deberán ceder reverentes los perturbadores de Popayán si fuesen cuerdos. No tarda el momento en que se disipen sus quiméricos proyectos, como las imágenes que el reflejo pinta a veces en la niebla.

Popayaneses:

“Mis brazos están abiertos para recibirlos: yo no veo en vosotros sino víctimas involuntarias de una facción que se pone en guerra con Colombia, saquea vuestras propiedades y dispone de vosotros por la fuerza con la insolencia de la tiranía. Tendrán en su corazón la libertad los que siempre la han perseguido? y la voz del pillaje se levanta profanándola? No! Buscad la libertad unidos a la gran familia colombiana.

Caucanos:

“Nosotros somos vuestros antiguos amigos; y los que se han levantado para dominaros son vuestros antiguos enemigos; sin embargo, todos los que se unan a mí, volverán a vivir en sus hogares bajo la salvaguardia de las leyes; pero los que envueltos en la facción que os hace infelices, se obstinan en sostener la anarquía y la rebelión, tiemblen!!!”

José María Córdoba.

La correspondencia de Córdoba durante esa campaña, la última de su vida en favor de la unidad de la república, demuestra que trabajó con entusiasmo y decisión; con valentía y honradez, siempre preocupado por la suerte de la Patria y enteramente adicto a las órdenes del Libertador.

En carta del 27 de diciembre al Ministro Secretario de la Guerra, desde Popayán, le dice que pronto llegará el Coronel Salvador Córdoba, su hermano, con fuerza que trae de Antioquia a unirse con él; y el 30 del mismo mes le anuncia que el día anterior ha logrado ponerse en contacto con los facciosos en la Horqueta, dispersándolos completamente. Y como consecuencia, ya en enero anuncia en otra carta que se le están presentando los popayanejos que López llevó a la fuerza.

En carta de enero 8 de 1829 al Libertador, le dice entre otras cosas: “V. E. no se cansa de lle-

narme de favores y honores; sí, mi General, V. E. debe tener confianza en mis pocos conocimientos, porque siempre los expondré al sacrificio por las glorias de Colombia, de V. E. y del ejército; ojalá que mis servicios sean la primera causa para que V. E. repose en el apogeo de la gloria y Colombia se consolide unida, próspera y brillante”.

Podrá pensar alguien, que estos sentimientos de Córdoba, siete meses antes de lanzarse a la aventura de El Santuario, eran falsos? No! Córdoba se perdió por los envidiosos y por los embustes y artimañas pérfidas del fatídico Mosquera.

La siguiente carta de Córdoba a Manuel Antonio, el 29 de enero de 1829, demuestra que todavía a principios del último año de su vida estaba fuertemente unido a Bolívar y pensaba obtener nuevos laureles a su lado:

“El Libertador te ha nombrado Gobernador de Antioquia a pesar del mayor empeño para que no fuera así, de Restrepo y otros ganados por él.

“El Libertador llegó a esta ciudad, (Popayán) el 23, sin novedad, más gordo y desembarazado que no lo había estado en mucho tiempo; él no ha hecho más en estos días que ofrecer indultos y perdones a todo el mundo, incluso Obando y López y enviar clérigos y otros hombres de influjo a ver si pueden reducir, pero estos demonios no ceden si no es en el cadalso... Antes que llegase el Libertador, llovía tanto de día y de noche que no pude hacer ninguna tentativa contra las guerrillas enemigas; después hemos recogido algunos caballos y ganados y apenas los hemos espantado.

“Yo estoy decidido a marchar con el Libertador. S. E. me ha comprometido de honor y de amistad, me ha hecho poderosas reflexiones políticas y me ha convencido y marchó gustosamen-

te. O hacemos la paz prontamente, o principiamos la campaña en abril y la habremos decidido entre julio y agosto. Yo voy a mandar una división que S. E. manda en persona; haciendo la guerra triunfaremos probablemente, obtendremos nuestras demandas y nos haremos respetar y temer como siempre.

“ Y es menester convencernos, como tres y dos son cinco, que sólo, sólo el Libertador mantiene unida esta República que, dejando de mandarla él, se despedazará, porque sería un milagro inaudito que pasase a federarse felizmente. Y si así fuere, el sur será presa del Perú, nuestra humillación será completa y nuestra denigración y todo lo infame, el verdadero resultado”.

LA CARTA INJUSTA E IMPRUDENTE

El 13 de mayo, José de Espinar, le dice entre otras cosas, lo siguiente, a Córdoba: “Se dice que Usted va dispuesto a recibir los restos del ejército del sur; que será derrotado infaliblemente; que la guerra contra el Perú es injusta; que el ejército peruano es en calidad superior al nuestro, que la caballería se corre a foetazos. El Libertador no cree nada ni yo tampoco. Yo me atrevo a decir a Ud., en obsequio a nuestra amistad, que nunca obrará Ud. con más acierto que cuando no despegue los labios”.

Con esta carta, por el contexto se ve claramente fue el resultado de habladurías contra Córdoba, quien sabe por qué individuos envidiosos y resueltos a arrancarlo del corazón de Bolívar nuestro héroe se sulfuró y se llenó de ira, y con razón... Es el primer brote de impaciencia y desesperación del que idolatraba al Libertador y que ya empieza a sentir odio interno. También el Libertador ya está creyendo todo cuando se habla contra Córdoba. En uno de los apartes de la car-

ta respuesta de Córdoba se lee: "que tengan estas dudas de mí después de que he hecho y estoy haciendo importantes servicios a mi Patria y al Libertador? Esto es insultarme demasiado. Se me cree tan bajo que yo prestase mis servicios por interés particular, por servilismo? Si Usted quiere hacerme un servicio (a De Espinar es a quien escribe), no permita que se me llame al ejército, que se me comprometa, que se me ponga en el caso de pedir mi retiro; mi ambición cesa por ahora, pero mis deseos de servir a mi Patria me obligan a permanecer aquí; mas si la calumnia llega hasta el exceso de considerármese sospechoso, mandando este departamento, que se manden mis letras de cuartel y mi pasaporte para Europa, cuyo viaje tengo gana de hacer hace mucho tiempo".

En otra, fechada en Pasto el 28 de marzo, le manifiesta al Libertador su sorpresa por una carta que de él ha recibido en que le advierte que tiene noticias de que la división que comanda quiere hacer algo infame contra él y lo disuade enteramente de esa falsa acusación, y le dice en un aparte: "V. E. que se ha propuesto prodigarme todas sus bondades, me pregunta qué deseo para poder V. E. tomar sus medidas; V. E. no hace más conmigo que llenarme con su carácter generoso y no me queda más fuerza que para admirar a V. E.

"Es verdad, mi General que tengo, muchos, muchos deseos de ver el tormento de mi existencia, pero creo que por ahora es muy conveniente mi permanencia en Popayán hasta saber en qué quedamos con el Perú.

"Yo deseo que mi General se haya repuesto bien y que encuentre materiales para empezar a arreglar la administración de ese desgraciado país, para cuando V. E. lo deje se lleve los cora-

zones y los sentimientos de todos los habitantes, porque mis deseos más grandes son que V. E. a sombre y pasme a sus enemigos y aumente la admiración de sus amigos y de la Europa que lo observa. Soy de V. E., mi General, su afectísimo y humilde súbdito:

José María Córdoba."

Esta carta se la dirigió a Quito. Todavía podrá creerse que Córdoba abrigaba cinco meses antes de su aventura, intenciones negras con Bolívar?

En otra carta al Libertador, fechada en Pasto, el 12 de abril le dice: "Yo no sé que el Coronel T. C. de Mosquera tenga enemigos en esta división, a menos que él con su ambición fatal y loca, se los proporcione. Sentiré que se separe porque es un regular ayudante general.

"En Méjico y en Buenos Aires, como en el Perú, Guatemala y Chile se han despedazado porque hay muchas cabezas pequeñas iguales; mientras una no se distinga, y haga arreglar las cosas en cada parte, con su espada, vivirán despedazándose. Y esta es la razón porque al principio he dicho que Colombia es muy feliz, porque V. E. es única y muy poderosa cabeza; y creo que ha llegado el tiempo de que V. E. le dé la última mano a su obra".

Y así termina esta carta: "Mi General: deseo con desesperación que Dios y la fortuna guíen las acciones de V. E. para que acabe su vida tranquilo y contento de dejar a su hija mayor en estado de mantenerse sin peligro de ser perdida y a sus criaturas una Patria para su reposo. Estos son los más íntimos sentimientos del corazón de uno de sus más inútiles servidores.

José María Córdoba".

Y ya estamos a mediados de abril de 1829. Y sin embargo, tres meses después Bolívar, influí-

do por aduladores perversos, interesados en separarlo de su gran amigo y excelente General José María Córdoba, lo nombra Secretario de Marina. Realmente, al repasar toda la correspondencia de Córdoba con Bolívar durante estos últimos meses de su existencia y al examinar el éxito de sus campañas en el sur, no se explica uno por qué un hombre como Bolívar, llegó a dudar de él hasta humillarlo y rebajarlo lastimosamente, provocando una reacción tremenda y trágica.

En mayo 20 le contesta a Bolívar desde Popayán:

“Convengo con V. E. en preparar un ejército para invadir al Perú si las circunstancias así lo exigen y si el General La Mar no cede a la razón; si no, hay en Lima y en todo el Perú el trastorno que por mil posibilidades se espera; y soy de opinión que si nos fuerzan a esta campaña, debemos marchar y someter todo el Perú y apoderarnos del Callao hasta que nos paguen, hasta que se arreglen los límites.

“Me dice V. E. que vuelva, si quiero; quiere V. E. que regrese? Soy su obediente súbdito y voy a donde V. E. me mande; mándeme volver y lo hago volando, pero le temo al ejército como a los salvajes en el desierto; como a una tempestad en alta mar; del estado de indisciplina en que se encuentra, a la anarquía, a los motines y al horror, no falta más que un paso”.

Se podrá exigir mayor elocuencia, para que un General y amigo manifieste al Libertador su lealtad, su obediencia, su deseo de estar siempre a su lado? Podría, el Héroe de Ayacucho haber probado mayor adhesión al Padre de la Patria? Y sin embargo, los enemigos de Córdoba, en tal forma continuaban minando su reputación ante el Libertador y éste tuvo tan poca prudencia, conociendo como conocía su temperamento. impul-

sivo, que finalmente desconfió del más bravo de los Generales de la Independencia y el 13 de julio en el Cuartel General de Buijo dio el siguiente DECRETO:

SIMON BOLIVAR, Presidente de la República de Colombia. Habiendo transcurrido el término de la licencia que se concedió al Ministro de Estado y del Despacho de Marina benemérito General Carlos Soublette, cuyo despacho ha estado reunido accidentalmente al de Guerra y no pudiendo retenérsele este destino, incompatible con el que desempeña en Venezuela,

DECRETO:

- - Artículo único: El benemérito General de División José María Córdoba se encargará del Ministerio de Estado en el Departamento de Marina. El Secretario General queda encargado de comunicar este decreto a quienes corresponda.

Simón Bolívar".

El día anterior le había enviado Córdoba a Bolívar una carta desde Popayán en la que claramente se ve que ya las cosas han llegado a un grado indeseable entre los dos, porque le dice:

"Mi General: V. E. me preguntó de Quito a Pasto que le dijese qué deseaba yo, para V. E. tomar sus medidas para mí satisfactorias. Esta oferta me confundió de gratitud y apenas puedo dar a V. E. las gracias. Ahora Señor, mi situación, honor, delicadeza, todo me exige retirarme del servicio y lo pido a V. E. con todo mi corazón y no dudo un momento que V. E. me concederá mi retiro, pues estos son mis deseos y V. E. me ofreció satisfacerlos. No empeño nada, porque esto sería ofender la palabra de V. E. y cuando este mundo esté un poco más tranquilo y V. E. regrese, me dejará ir a Europa por dos o tres años. Este es mi deseo".

Y el 11 de julio, en carta que es la penúltima que Córdoba escribe a Bolívar, desde Popayán, le habla con la siguiente franqueza:

“V. E. tiene la bondad de preguntarme qué debería hacer cuando reciba calumniosas acusaciones contra mí. Creo que retirándome acallarán mis enemigos; pero en el orden de la justicia ésta puede ser de la conveniencia pública, que si aún todavía en mi retiro, soy perseguido, se me juzgue conforme a la ley. Puede haber cosa en que yo pueda ser acusado de lo que verdaderamente he dicho y he hecho, que sea un crimen para el régimen vigente y la marcha ordinaria de los negocios en las circunstancias actuales, cuando realmente en sí no sea sino una liberal y justa opinión; entonces sufriremos muy resignadamente la suerte que nos señale el destino. Esta contestación la doy, es natural, con la mayor repugnancia, pero V. E. me pregunta, debo contestarle y no mentirle.

“Las noticias que V. E. me comunica son de la mayor satisfacción. Parece que Dios quiere favorecer a Colombia y sostener las glorias de V. E. Que la dicha sea completa mi General”.

El tono de esta penúltima carta de Córdoba a Bolívar arguye claramente una impaciencia contenida y una decepción amarga. Pero al mismo tiempo una franqueza digna del Héroe de Ayacucho. Se ha consumado plenamente el holocausto de este bravo General y las cosas van a desembocar en una catástrofe para él.

El superior que después de haber demostrado amistad, confianza, afecto a un súbdito, quien en forma parecida ha sabido obrar como generoso, trabajador infatigable y obediente, preocupado por satisfacerlo, resuelve al fin, aislarlo y retirar por satisfacerlo, afecto y amistad, impulsa vigorosamente a éste a la desesperación, que nunca tiene finales satisfactorios.

Y en la última carta de Córdoba a Bolívar desde Popayán de 5 de agosto, le dice:

“Mi General: yo no he perdido mi ambición a la gloria y a la buena reputación y yo no perdería la más pequeña ocasión que se me presentare de adquirir semejantes laureles, por irme a casar a Bogotá o a cualquier parte; en verdad que estoy muy enamorado, más no he perdido el juicio y si no pudiese conciliar el amor con el deber, siempre abandonaría el culto del primero, por rendir homenaje al segundo. Inmediatamente que llegue el Coronel Andrade le encargaré del mando militar del Departamento y me iré a Bogotá, de paso por Antioquia, para ver a mi familia un momento; esta vuelta no será de más de un mes; y como la Marina tiene en nuestro gobierno muy poco que hacer, creo que no es muy urgente mi pronta llegada y que es dispensable este permiso que me tomo”.

INDEPENDENCIA DE ESPIRITU DEL GENERAL CORDOBA

Que Córdoba fue hombre de mucha independencia de espíritu y de ello dio muestras vigorosas, tenemos muchos datos en su vida a través de su correspondencia.

G. Porras Troconis dice acertadamente sobre este punto en su obra “José María Córdoba”: “la desgracia que lo acechaba (a Córdoba) en el incierto porvenir, puso en su camino la intervención maléfica de un hombre que sentía lastimado su orgullo por las duras frases con que Córdoba había calificado su conducta militar y miraba en el joven General el más grande obstáculo para su encumbramiento personal: el Coronel Tomás Cipriano de Mosquera quien no olvidaba el recibimiento que le hizo Córdoba en La Plata. Y

la ambición de ese hombre no se detuvo ni ante las consideraciones personales, ni ante el valla-
dar de los ideales que pisoteó varias veces en su
camino tortuoso y sombrío! Para la realización
de sus nefandos propósitos, Mosquera contaba,
cerca de la persona del Libertador, con el Secre-
tario Espinar, a quien lo ligaban comunes aspira-
ciones de Generalato. La red de las intrigas de
Mosquera fue rodeando a Córdoba de tal mane-
ra, que al llegar el Libertador a Quito y asumir
el mando del ejército, aquél obtuvo la Jefatura
de Estado Mayor, que correspondía a Córdoba
por su mayor graduación y porque Bolívar así se
lo había ofrecido antes de salir de Bogotá para esa
campana. Ese empleo había sido dado siempre a
los más bravos y distinguidos Generales de la re-
volución y ahora correspondía a Córdoba. Sin
embargo, Mosquera lo logró para sí. Córdoba que
había ido a Quito en esos días, volvió a Pasto con
el poco lucido empleo de Comandante Militar del
Departamento del Cauca".¹

En sus conversaciones privadas dejaba tras-
lucir Córdoba su descontento y tenía frases du-
ras para el Libertador. Todo esto lo utilizaban
sus malquerientes y especialmente los envidiosos
de sus glorias, para acabar de envenenar el alma
del Libertador contra el General Córdoba.

La sombra negra, oscura y siniestra del
morboso Coronel Mosquera se siguió cirniendo
sobre el futuro de Córdoba, pues claramente se
ve que le había hecho creer a Bolívar el peligro
de un conato de insurrección en la División que
comandaba Córdoba. Este, en 28 de marzo le es-
cribió a Bolívar manifestándole la lealtad de su
tropa y garantizándole el entusiasmo con que lu-
chan por los ideales de la patria.

1 "Biografía de José María Córdoba G. Porras T. Bogotá 1952.

Todavía el 12 de abril Córdoba vuelve a escribirle a Bolívar para darle un consejo tan oportuno y decisivo que es prueba manifiesta de que a pesar de sentirse pospuesto por él y un poco menospreciado, persiste en su alma y en su corazón el entusiasmo por el Libertador y la lealtad más acrisolada: "Creo que ha llegado el tiempo de que V. E. le dé la última mano a su obra. El mando supremo de Colombia lo tiene V. E. naturalmente; no tiene que ambicionarlo; pero es preciso darle las formas legales, para hacerlo legítimo. Espero, por la dicha de Colombia, y por el sello a la carrera gloriosa de V. E., que no desmayará, y que acabará su vida en medio de sus hijos, protegidos y amigos dejándoles el encanto y la admiración de sus trabajos.

EL AMBIENTE DE POPAYAN INFLUYO EN CORDOBA

Así como dijimos que la presencia de Córdoba en Bogotá, con ese ambiente caldeado de odio al Libertador y de ideas civilistas, lo perjudicó, cuando estuvo sometido a juicio, ahora, el último puesto desempeñado por él, de jefe del Departamento del Cauca, acabó de operar en su espíritu amargado y resentido por las patrañas y oscuros procedimientos del fatídico Mosquera, un cambio radical: el que lo llevó a una locura y por ésta a muerte trágica en le Santuario.

No era el ambiente de Popayán propicio a cicatrizar la herida abierta en su corazón. En aquel medio de elevada intelectualidad, de claras inteligencias marcadamente civilistas, a cada momento escuchaba conversaciones y comentarios desfavorables a los sistemas militaristas: críticas mesuradas, pero sinceras a los proyectos de intervención en los asuntos internos del Perú, a lo que creían que al respecto pensaba el Libertador,

y anhelos entusiastas por el restablecimiento de la constitucionalidad, el licenciamiento de tropas, la convocatoria del Congreso Constituyente, etc. Don Manuel José Mosquera, después excelso Arzobispo de Bogotá, Don Lino de Pombo, Don Joaquín Mosquera, más tarde Presidente de Colombia,, expresaban sus ideas con toda franqueza. Don Joaquín había dicho: "En punto a garantías no hay qué decir, porque creo que todos estamos arrastrados por el espíritu del siglo".

El proyecto, acariciado por el Consejo de Ministros sin conocimiento ni la aprobación del Libertador, de transformar políticamente el país en una monarquía, era combatido con vigor. Pero muchos enemigos de Bolívar se lo atribuyeron a él. Y de esto se valdría pocos meses después Córdoba, para lanzarse a la conspiración.

Don Lino de Pombo dijo: "Me espanta la erección de un trono en un país tan pobre".

Don Manuel José Mosquera dijo también: "La opinión de corona es mirada aquí con poco placer con respecto al sucesor, y de Bolívar dicen todos que mande de por vida". Y Don Joaquín Mosquera: "En esta provincia se manifiesta una inmensa repugnancia a todo lo que se parece a monarquía".

Con todos estos precedentes e ideales de los más ponderados intelectuales de Popayán y con ese ambiente que circundó su permanencia corta en esa ciudad, ya el cerebro de Córdoba se convirtió en volcán y por el cráter de su boca y de su pluma había de estallar el cataclismo que lo precipitó finalmente.

Arrastrado por su temperamento caballeresco y enamorado de la gloria se creyó predestinado por la Providencia para ejecutar la obra de la reivindicación de las libertades públicas, del restablecimiento de las garantías civiles y de la

vuelta a la normalidad constitucional. Como los temperamentos sanguíneos, violentos y agresivos, son imprudentes y se desatan en frases y comentarios indeseables que les perjudican, Córdoba habló más de lo preciso y esas conversaciones y comentarios, llegaron a oídos del Libertador. Este, por conducto de Espinar se quejó en carta cuya respuesta, un poco alocada transcribimos. Pero no menos alocada es la manera como Espinar se manifiesta.

El lazo de la fidelidad de Córdoba no se rasgó todavía. La reflexión y cartas de Bolívar para él en el estilo anterior, lo tranquilizaron, y al recibir el nombramiento de Ministro de Marina, no obstante ser un puesto enteramente impropio de un General joven y valiente, le envió a Bolívar la carta del 5 de agosto del último año de su vida, menos de tres meses antes de su desgraciada muerte, en la cual demuestra perfecta lealtad al Libertador. En esta carta dice Córdoba que tan pronto llegue el Coronel Andrade, nombrado Comandante Militar del Departamento, lo encargará del mando, pasará por Antioquia para ver a su familia y se dirigirá a Bogotá a posesionarse de la Cartera de Marina.

CARTA FATAL

Todo parecía admirable ya en la vida de Córdoba, cuando sucedió algo que lo precipitó ya inconteniblemente. El Batallón "Callao" que se hallaba en Popayán comandado por el Coronel Florentino Jiménez tuvo que detener violentamente una tentativa de insubordinación, dando muerte de un pistoletazo a un subalterno. Bolívar escribió aprobando el procedimiento y exitando a Jiménez para que hiciese lo mismo en casos análogos, aun cuando se tratase de altos militares. Jiménez que no sabía leer, para enterarse de la carta

la dio a un tercero para que le dijera lo que en ella le mandaba decir el Libertador. El lector no supo guardar la reserva y la maledicencia pública relacionó el contenido con las vociferaciones de Córdoba contra Espinar y pretendió que allí se trataba de una orden del Libertador para proceder inclusive contra Córdoba.

Córdoba ya se creyó amenazado y espiado en su vida por ocultos agentes del Libertador y entonces abiertamente se lanzó por los caminos de la rebeldía y del odio. Bolívar supo esto y resolvió contener como mejor pudo a Córdoba enviándole una carta llena de nobleza y de verdad que debía ser entregada al héroe a su llegada a Bogotá, por el General Rafael Urdaneta. Pero Córdoba no regresó a Bogotá.

Escribió a Marcelo Tenorio para que agenciase la revolución en Bogotá y en su paso por los pueblos del Valle hacia Rionegro, hizo cuanto pudo por conseguir la ayuda definitiva de muchos desafectos del Libertador.

BOLIVAR Y CORDOBA SE DISTANCIAN DEFINITIVAMENTE

Al lado del Libertador vino Córdoba hasta Pasto; pero aquí Bolívar empezó a desconfiar de su antiguo servidor, del ilustre Héroe de Ayacucho y lo destinó a Popayán para que acelerara allí la marcha de los cuerpos que iban para el sur. Poco después se le nombró Secretario de Marina por decreto de julio de 1829 que ya transcribimos.

Tal vez, influyó también en el cambio súbito del Libertador para con el General Córdoba, lo que relata Marcelo Tenorio en la carta del "Neogranadino", para refutar algunas afirmaciones del Doctor Florentino González en sus me-

morias: "dice el Doctor González que Carujo jamás reveló a nadie la persona que lo ocultó en la noche septembrina y yo lo sé por uno y otro. De la casa de ese caballero pasó a la de su mejor amigo, que era la del mismo Carujo, y entonces corrió en todo Bogotá que Córdoba y yo le teníamos en la nuestra y mientras esto pasaba, el Padre Mora hacía el papel de buscarle con un salvoconducto que había obtenido del intendente Herrán..."

Son muchas las cartas que escribió Córdoba a Bolívar durante esa permanencia en el sur y en todas ellas se alcanza a sentir todavía el aprecio y la estima profunda que conservaba para con S. E. el Libertador Presidente, mi General, como empiezan todas.

Todos los últimos sucesos condujeron finalmente a Córdoba a la rebeldía y al odio a Bolívar.

El General Posada, al comentar el nombramiento hecho al General Córdoba para la Marina, comenta:

"Se separaba pues, al bravo de los bravos de Colombia, de un servicio activo en campaña, para emplearlo en un servicio pasivo, que, absolutamente no podía desempeñar; y esto se hacía cuando se temía la continuación de la guerra por largo tiempo para recobrar a Guayaquil. Córdoba bramó como un toro furioso con semejante ultraje; un cáncer roedor se le formó en el corazón; se quejó amargamente del Libertador, y desdeñado por el hombre de su admiración, se separó de él y de sus compañeros con la furia de la desesperación. En los hombres del temple de Córdoba no se sale de estos paroxismos sino para precipitarse en la venganza; y Córdoba se cegó, se precipitó y la Nueva Granada perdió uno de sus hijos más excelentes"...

Y desde entonces conspiraba nuestro Héroe y trató de ponerse de acuerdo con Obando y con López, según afirma el mismo Posada:

“Desde que el General José María Córdoba se separó del Libertador, desechado ignominiosamente como infiel siendo inocente, ofendido en su orgullo, con el corazón ulcerado, respirando venganza; impetuoso y franco hasta la indiscreción como era, a cada paso que daba, no hacía más que cometer imprudencias y comprometerse ya realmente, dando fuerza aparente a las calumnias anteriores. Lo primero que hizo fue ponerse en relación con el General José María Obando, a quien antes miraba con aversión, propoiéndole que le ayudara en la revolución para derribar al Libertador, la que él iniciaría en Antioquia. Obando, astuto y cauteloso, daba cuerda al imprudente joven con refinada precaución, sin denegarse ni acceder.

(J. Posada Gutiérrez, “Memorias Históricas-Políticas” — Tomo II, pag. 53. Bogotá— 1951).

También escribió Córdoba a su cuñado Manuel A. Jaramillo, Gobernador de la Provincia de Antioquia y a su hermano el Coronel Salvador Córdoba Comandante de armas de dicha provincia, ambos bolivianos, haciéndoles las mismas indicaciones que había hecho al General Obando. En extremo sorprendidos, le contestaron negándose resueltamente a ayudarle, porque en el puesto que cada uno ocupaba, cometerían, si tal hiciesen, negra traición; procuraron, hasta el final, como consta por testigos presenciales, en la misma ciudad de Rionegro, calmarlo y detenerlo en el camino en que corría a la perdición.

El General López, según narra en sus “Memorias” lo invitó a ser su segundo en la revolución contra Bolívar, principiando el movimiento en Popayán y extendiéndolo por el Cauca. La razón última para negarse López fue: “Ud. sabe

General Córdoba que a principio del año entrante debe reunirse en Bogotá un Congreso constituyente que ha sido convocado por el General Bolívar para hacer una Constitución, basada sobre los mismos principios republicanos que la de Cúcuta y que en virtud de esta promesa, tantas veces repetida por Bolívar, es que nosotros consentimos en el tratado de La Cañada. Si ese Congreso constituyente no nos diese la Constitución Liberal que reclama la opinión; si el Dictador se opusiese y nos faltase a las seguridades que se nos han dado a todos los comprometidos en la pasada revolución, usted, puede contar con mi cooperación para combatir la tiranía y puede contar con que estos pueblos oirán mi voz”.

A los amigos de Bogotá les escribió Córdoba contándoles sus proyectos y le contestaron alentándolo, excitándolo y lisonjeándolo.

Fluctuando entre tan diversas opiniones y sus propios deseos, estaba Córdoba en Popayán sin decidirse, pero hablando y amenazando sin discreción ni precauciones y todas sus palabras eran transmitidas por espías al Cuartel General, acabando por persuadir al Libertador de que le era infiel. Quién había establecido estos espías en Popayán? Conjetúrelo el lector.

El Batallón Callao a las órdenes del Coronel Florentino Jiménez estaba en Popayán; este cuerpo, enteramente adicto al Libertador, era para Córdoba un obstáculo y una amenaza en aquella ciudad.

En tal estado y en tal incertidumbre, llegó a Popayán, de tránsito para Santa Marta, el General Francisco Carmona, venezolano, hombre de arrebatado carácter, de pretensiones exageradas, que también venía del Cuartel General resentido y vociferando contra el Libertador, contra el General Flórez, contra el General Mosquera, por el

proyecto de Monarquía ,en que ninguno de ellos tenía parte y asegurando que el ejército del sur iba a hacer la proclamación, por cuyo motivo, decía, lo habían separado de él. Carmona exitó calurosamente a Córdoba. A pesar de ésto vacilaba Córdoba y aún se proponía venir a Bogotá, como se lo aconsejaba su hermano y su cuñado. Cuándo, no se sabe cómo, se hizo a una carta del Libertador al Coronel Jiménez en la que aquel recomendaba a éste que vigilara mucho a Córdoba, oponiéndose vigorosamente a cualquier intenciona de dicho General, hasta haciendo uso de su espada, llegando un caso desesperado, pues según los avisos repetidos que de Popayán le daban, era indudable que Córdoba conspiraba.

Con el Coronel Ramón Espinar que se dirigía a Bogotá, escribió Córdoba a sus amigos anunciándoles su intención, abiertamente; su próximo viaje a Antioquia a conspirar y que le enviaran a allá mismo las respuestas.

Estas cartas, como se sabe, no llegaron; pues fue tal la rapidez con que se precipitó Córdoba en la revolución y tan rápida también la respuesta del Gobierno legítimo, que cuando el correo iba a llegar, ya O'Leary se acercaba.

El General Francisco Giraldo, que acompañó a Córdoba en todas partes dice que a fines de agosto resolvió Córdoba venirse para Antioquia y él personalmente lo acompañó. Venía el General irritado contra el Libertador y hablaba contra él hasta con los arrieros. Juanuario Henao comenta: "aquel astro de primera magnitud en el cielo de la Patria, se había salido de su órbita y enloquecido y errante, hacía esfuerzos en el vacío, arrastrando en su caída a algunos de sus tenientes. Giraldo era de las ideas de su jefe, error que lamentaba en su vejez vertiendo lágrimas de arrepentimiento doloroso y loable, pero tardío".

El 17 de septiembre de 1829 llegaron a Rionegro Córdoba y su ordenanza Juan José Niño. Celebraba en aquel día Rionegro la fiesta de su Patrona Nuestra Señora del Rosario de Arma.

Eran las ocho de la noche y como no lo esperaban halló su casa desierta. Todos estaban en la plaza contemplando los fuegos artificiales; poco después supieron la fausta nueva y corrieron a abrazarlo.

En esa noche se le llevó a un baile que se efectuaba en la casa del Señor Sinforoso García. Allí se exaltó él en medio de la fiesta y se exaltaron muchos de los jóvenes que lo rodeaban y brindaron por el triunfo de la libertad y la caída de Bolívar.

Al día siguiente tuvo lugar una reunión de las más notables personas de Rionegro. En ella estuvieron el Doctor Juan de Dios Aranzazu, el Gobernador Jaramillo (su cuñado), su hermano Salvador, Don Antonio Mendoza y los Capitanes José María Botero y José Ignacio Bernal. Aranzazu, Mejía y Montoya comprendiendo la imprudencia del paso que iba a dar el General, lo amonestaron para que desistiera. Córdoba aceptó las juiciosas observaciones de aquellos amigos distinguidos y después de terminada la conferencia, dijo a Giraldo que se fuera para Marinilla; que nada haría contra el gobierno de Bolívar. Pocas horas después llamó a Giraldo, que estaba acostado y le dijo que se levantara, porque sabía por el Señor Francisco Carrasquilla que acababa de llegar de Medellín, que Urdaneta iba a amarrarlo y que él no era hombre de dejarse amarrar.

Sin la precipitación de Urdaneta, que fue azuzado por falsos amigos de Córdoba, este grande hijo de Antioquia no se habría lanzado en el quimérico proyecto.

CUANDO EMPEZO A CONSPIRAR?

José Manuel Groot dice que desde antes del mes de abril de 1829, empezó Córdoba a manifestar en Pasto sus tendencias revolucionarias, estando con el mando de su División. Allí trató de formar rivalidades entre los oficiales granadinos y venezolanos; quejábase de éstos y de sus jefes, incluso Bolívar. Luego dio en el tema favorito de la Tiranía. Sabedor el Libertador de estas cosas, le reconvinó en un viaje que hizo al Cuartel General y satisfizo al Libertador con algunas razones. Pero vuelto a Pasto, siguió con la misma conducta y se unió enteramente con los enemigos del Libertador.¹

Coinciden éstas afirmaciones con las del General F. Giraldo, quien asegura que varios meses antes de haber sido nombrado Ministro de Marina ya se había indisputado con Bolívar.

Bolívar luchó por detener como mejor pudo la rebeldía de Córdoba que se manifestó en esta campaña del sur, la última de su vida. Basta leer la siguiente carta dirigida a Córdoba, fechada en Guayaquil, el 30 de junio de 1829.

“Mi querido General:

He quedado aturdido con lo que acabo de saber por Espinar, relativamente a una carta que mandé escribir a Jiménez, a tiempo que se daban órdenes para traer su Batallón al Sur. La historia de esta carta es muy sencilla y, Ud. debe creerla porque yo lo digo; y si Ud. no lo creyere no tendré otra pena sino el que Ud. no me conozca.

Ud. sabe que yo siempre he sospechado y con justa razón de los jefes que antes me han declarado la guerra. Como el batallón debía pa-

1 J. M. Groot, “Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada”, Bogotá 1893 Tomo V.

sar por Patía y Pasto, temía que quisieran hacer traición para apoderarse de él y de las armas y municiones que traía. También temía que mis cartas las interceptaran, como está sucediendo con diferentes correspondencias de Bogotá; y para lograr que Jiménez viniera bien advertido, tomé la medida de mandar la carta a Quito para que de Quito la mandaran a una persona culquiera a Popayán que se la entregara a Jiménez". Sigue refiriendo el incidente de la carta y luego continúa el Libertador: "Diré a Ud. que no uno sino muchos me han hablado desde Bogotá sobre Ud. y que nunca he creído nada, nada. Si lo hubiera creído, mi conducta hubiera sido otra. Cuando lo han acusado a Ud. más, he hecho de Ud. mayores confianzas; y cuando Ud. debiera agradecerme esta magnanimidad, se atreve Ud. a creer que esa miserable carta la he escrito con referencia a Ud. **Mucho hemos cambiado Ud. y yo, para que tales sospechas hayan entrado en nuestros corazones.** Yo he sido confiado siempre y Ud. siempre leal; por lo mismo no cabe semejante flaqueza de nuestra parte. Digo a Ud. que aún viendo mi letra no ha debido creer semejante carta, así como yo no he creído a las personas que me han dicho haberlo visto y oído a Ud. mismo; y entiendo que estos individuos no han dejado de ser creídos por mí, sino en esta ocasión.

"En fin, las cosas han llegado a tal estado, que yo no puedo hacer confianza entre los dos, después de que Ud. ha dado ascenso a una sospecha tan injuriosa y lo que es más cruel, pues matar a los jefes por simples sospechas, es el colmo de la abominación"...

Aquí se descubre todo un estado de ánimo del Libertador y prueba con evidencia manifiesta, que sí fue mucho lo que se perjudicó Córdoba con el ambiente bogotano; que los malque-

rientes suyos, dentro del ejército y seguramente los envidiosos, se propusieron minar su reputación y su lealtad para con Bolívar, porque en esta carta se lo dice todo. Y que Bolívar tuvo una lucha fuerte consigo mismo y fue magnánimo con Córdoba, perdonándole todas sus faltas. Ya después de esto, obró como mejor podía, para no perjudicar sus campañas en el sur.

También se ve, con claridad, que Córdoba se encontraba con el alma enteramente transformada y respiraba odio para con Bolívar.

Al mes completo escribe desde Popayán a su cuñado Manuel Antonio Jaramillo: "Te contaré que no hay república, porque no hay derechos, ni hay garantías, lo que efectivamente constituye un gobierno republicano, cualquiera que sea su forma. Digo esto suponiendo que hay en mis paisanos sentimientos nobles de sus derechos y la firmeza necesaria. Los venezolanos han mirado con desprecio a los granadinos".

CORDOBA EN RIONEGRO

Dijimos que Urdaneta quiso impedir la revolución. Se hallaba en Medellín y aun cuando sin tropa de que pudiera disponer, mandó unos veinte hombres con su oficial a Rionegro con el designio de tomar presos a los Córdoba.¹

El Doctor Antonio Mendoza, citado por Posada, compañero de Córdoba en aquellos días, refiere la siguiente anécdota, en un artículo que publicó en 1876:

Al amanecer del día siguiente Córdoba em-

¹ Los oficiales que habían ido a aprehender al General Córdoba a Rionegro, José Antonio Vélez y Manuel Herrera, fueron fusilados por desconfiarse de ellos, no obstante que intercedieron en su favor el Coronel Salvador Córdoba y su cuñado el Gobernador Jaramillo.

pezó a tomar providencias para ocupar a Medellín. Hizo llamar a un platero llamado Pío Garcés. Cuado vino, el General le dirigió la palabra en estos términos:

—Necesito dos mil balas para hoy a las cinco.

—Imposible mi General; dos mil balas no se hacen en un momento y yo apenas tengo un balerito pequeño.

Córdoba arrugó el ceño; y luego fijando en él la mirada, le dijo con marcada ironía:

—Está bien, haga Ud. cuatro balas solamente.

El pobre hombre comprendió el sentido de la frase y temiendo por su vida contestó:

—Voy a poner a mano la obra General.

Y cumplió su cometido.

La noche anterior Córdoba había revolucionado a Rionegro, cuando llegó el emisario de sus amigos de Medellín, a prevenirlo, porque supieron la comisión despachada por Urdaneta para tomarlo preso. A las ocho y media llegó F. Carrasquilla y tocó a la puerta de doña Pascuala Muñoz, madre del General. El criado salió y vio a un hombre a caballo preguntando por el General Córdoba. Inmediatamente se lo comunicó.

El General en vez de salir, abrió el postigo de la ventana que miraba a la calle.

—Hable Usted, dijo.

—Prepárese mi General, que de parte de Urdaneta viene un piquete a ponerlo preso.

—Dónde está?

—En la puerta.

—Que entren, replicó el General, quien tomó con su diestra la espada y una lumbrera con su izquierda.

“Alumbra prima”, dijo, dándole la luz a Doña María Antonia Carvajal, quien estaba allí de pie con nosotros. Se dirigió a la puerta donde se hallaba Carrasquilla, quien le observó:

—Es en la puerta del alto, salida de la ciudad, donde está Herrera con fuerza.

—Hasta después General, dijo Carrasquilla, quien desapareció y se presentó a Medellín, muy fresco y muy temprano, al día siguiente.

—Salvador dónde está? Ha entrado?, preguntó el General al portero.

—No ha entrado Señor, contestó éste.

Dirigiéndose a nosotros nos dijo:

—Sabe Ud. dónde está?

—Sí señor.

—Vuele Ud. y dígame que venga.

Así lo hicimos, llegamos al Coronel, lo llamamos aparte y le manifestamos lo que ocurría.

“Vuele hacia el General, quien lo llama y lo necesita en el instante. La novedad es grande”. El Coronel corrió.

Una hora después, la ciudad estaba revolucionada. La generala tocada por Antonio Alvarez, influyó poderosamente a convocar, alarmar y poner en movimiento a todos los habitantes de la ciudad.

Ya relatamos la resabida anécdota del platero. Joaquín Celis también fue llamado y le hizo la misma exigencia que a Garcés y fue obedecido.

Cuatro señoras, adiestradas por el General, fueron las fabricantes de cartuchos en aquellas horas; Venancia y Mercedes Córdoba, hermanas; Ana María Jaramillo, esposa de Salvador y María Carvajal.

CORDOBA SE APODERA DE MEDELLIN

Al despuntar la aurora del día 12 se encontraban bien alineados frente a la Iglesia de Rio-negro, sesenta hombres divididos en tres pequeñas compañías. El estado mayor lo componían:

Salvador Córdoba, Francisco Giraldo, José María Botero, Marco A. Santamaría y Ramón Escalante.

Inútil sería decir que el armamento recogido no era adecuado ni para la más leve escaramuza; mas allí estaba todo suplido por el genio de la guerra.

Serían las ocho de la mañana cuando la pequeña columna empezaba a trepar la denominada "Cuesta Salazar". En su ascensión desfalleció el Cabo Juan Puerta. El General desmontó, dio su caballo al Cabo y caminó gran trecho a pie. A las diez del día coronó la fuerza la cuesta de Santa Elena.

Urdaneta estaba nervioso porque las comisiones para poner preso a Córdoba, nada hicieron y en cambio oyeron la generala en Rionegro y rápidamente vinieron a Medellín a avisarle sobre lo que ocurría. En Medellín hubo agitación y los anteojos estaban en constante actividad. Cuentan los testigos presenciales, que Córdoba puso a marchar los 60 hombres, en una inflexión del camino y dieron la impresión a los de Medellín de que venía una columna grande y que por consiguiente los trescientos soldados que tenían ellos eran insuficientes para oponérseles. En dictamen con personas importantes enviaron una diputación a Córdoba compuesta por Don José María Uribe y don Antonio, hermanos.

Poco había descendido la fuerza, cuando, de un punto de donde se ve una pequeña colina por donde empina el antiguo para llegar a Bocaná se divisaron dos cuerpos movedizos. El general pidió su antejo de larga vista. Intentó mirar, pero faltaba una de las lentes de uno de los extremos del instrumento. Ambos Córdobas eran escasos de vista, por familia, por lo que el General dijo: "Venga alguno que tenga buena vista".

Aquí hay un ojo de águila observó el Coronel Córdoba y llamándonos nos ordenó: "Colóquese Ud. sobre este tronco y observe quien viene". Son dos a caballo, informamos; "el que viene adelante tiene una cosa atravesada".

La guardia que marchaba hasta aquel momento cubriendo el movimiento de la tropa, pasó adelante de ésta con el General a la cabeza.

Al llegar al puente de Bocana, ordenó a los diez soldados que se desplegasen en guerrilla en forma descubierta.

Como no se presentaron los emisarios de Urdaneta, el General nos dijo: "Ud. se ha equivocado".

Por fin se vio aparecer una larga bandera blanca desplegada y levantada. Con mucha pausa se acercó Don José María Uribe Restrepo, al General.

—El caballero de dónde viene?

Un tanto pálido y con voz baja, floja y entrecortada contestó:

—Vengo, usía, de parte del Coronel Francisco Urdaneta a manifestarle que él desea que usía desista de sus propósitos y que en este caso gozará de las mayores garantías, no sólo en la Provincia sino ante el poder del General Bolívar.

—Y no es otra su misión caballero?

—Usía, he cumplido.

—Vuelva Usted a Urdaneta y dígame que si no me entrega la plaza esta misma tarde, lo fusilo.

La exigua tropa continuó su marcha con todas las precauciones dictadas por el previsor guerrero y sin el menor obstáculo llegó al Puente de La Toma, donde principia la ciudad capital. En lugar de seguir por el camino de la quebrada Santa Elena, continuaron por la izquierda, por un callejón tortuoso que daba salida a la calle

que conduce al Cuchillón, una cuadra arriba de la Plazuela de San Francisco. Hecha la travesía, el General envió a uno de sus ayudantes a inspeccionar la ciudad. En las calles no se encontró un solo viviente.

La fuerza marchó y se tomó la Plazuela de San Francisco, donde el General alineó a sus soldados y pasó revista. En esto se ocupaba cuando por la calle de San José se sintió un tropel de caballería; diez y seis o más jinetes se presentaron a distancia de una cuadra, con la misma bandera que antes había sido exhibida en Bocana. Uno de los caballeros se adelantó hacia el General y se expresó así: "General: la plaza, sus soldados y sus armas, están a disposición del honorable General José María Córdoba, sólo con la condición de que se haga responsable del gobierno de la Provincia para con el de la Nación. El jefe de gobierno sólo exige pasaporte para retirarse después de consignar el mando en usía".

—Aceptado, dijo el General.

La tropa marchó, previa la inspección, de la cual resultó que en la plaza de la ciudad había solamente cincuenta hombres formados y el resto del pie de fuerza del Gobierno permanecía en el Cuartel.

Al golpe del ruidoso tambor del Teniente Alvarez y con el General a la cabeza, se rompió la marcha hacia la plaza principal.

Sorpresa causaba ver la fuerza con que Córdoba había sometido a Urdaneta. Algunos decían: "Todavía no ha llegado; esta tarde entrará".

Rápido en sus operaciones, el General se colocó al frente de los cincuenta hombres del Gobierno y con voz, que llenó el ámbito de la plaza, les intimó rendición de armas. Cincuenta bayonetas clavaron en tierra los cincuenta infantes. Vueltas las armas al hombro, marcharon a

vanguardia sobre el cuartel. En el tránsito se percibió el silbido de balas que sucedió a la detonación de tres armas de fuego. Si aquello significaba una protesta, nadie hizo caso. Córdoba ofreció libertad a la fuerza que recibió de Urdaneta, la que casi íntegramente siguió bajo sus órdenes. Desde el mismo día dio comienzo a la organización del ejército. Exigió contingente de reclutas a los pueblos y antes de quince días su fuerza constaba de trescientos hombres, más o menos, reclutas en su mayor parte.

MANIFIESTO DE CORDOBA

El 16 de septiembre se publicó el famoso Manifiesto de Córdoba a los colombianos y que en sus partes principales dice así: "Al presentaros esta rápida ojeada sobre los acontecimientos y la infortunada suerte de mi cara patria, quiero que la Nueva Granada, Venezuela, Colombia toda y el mundo entero se persuadan de mis sentimientos y que si en mil combates expuse gustoso mi vida, no fue sino por la Libertad, por una constitución que abriera las puertas a la felicidad y en las que la leyes y no los hombres, mandaran.

"Desgraciadamente ha desaparecido esta perspectiva encantadora y un hombre, un hombre solo, profanando el santuario de las leyes, ultrajando los derechos del ciudadano, abusando de la confianza de los pueblos y despedazando sagrados pactos, se ha elevado al absolutismo por una escala de que he apartado la vista con horror.

"Vuelvo al suelo que me vio nacer, para manifestar a mis caros compatriotas, los procedimientos del General Bolívar. Todas sus miras son de ceñirse una diadema y rodearse de algu-

nos millones de esclavos. Es preciso oponernos aún contra el torrente y volar al combate para salvar la patria.

“Empecemos por los hechos: el triunfo de Ayacucho, que asegura la libertad de toda América del Sur, lisonjea las miras de Presidente, quien cree que Colombia, Bolivia y el Perú son de su pertenencia y que la suerte le ha asegurado ese bello patrimonio; resuelve encadenarlas y cambiando la guirnalda nacional por la corona de los reyes, delira con el imperio y da la Constitución de Bolivia. Así rasgó el velo que le tenía oculto; se erige presidente vitalicio, proscribe hasta la religión de la tierra, la deja en el cielo y según su sistema, él será el sol que dará calor y vida al nuevo mundo. Llega a la capital del Perú, disuelve el Congreso y recibe por medio de la intriga el mismo título y las mismas facultades extraordinarias. Guzmán, en esta época, viene en comisión al Istmo y a Cartagena y realiza los planes que nadie ignora, con poderes absolutos y oficiales. Toca también en Guayaquil, Maracaibo y Venezuela y llena su comisión de un modo que no deja duda. El Presidente vuelve a Colombia y cuando los pueblos se hallaban en la mayor desesperación, cuando por todas partes bamboleaba la Libertad, las esperanzas renacen de repente; y la gran convención se reúne en ocaña; cien hombres virtuosos van resueltos a hacer el código de la felicidad. Estos dignos representantes de la nación deponen las pasiones y se revisten de un heroico patriotismo; solo se trata de restablecer el orden, de crear un gobierno sólido y depositar en manos de los ciudadanos el libro **Santo de las leyes**. Todos nos engañamos; el General se presenta en Bucaramanga, amenaza con su presencia, mueve algunos cuerpos de tropa y pone un sitio disimulado; nada de ésto intimida;

algunos serviles luchan con el partido liberal; pero menores en número y luces desertan como único medio para disolver la representación y frustrar de un modo indecoroso los más bellos proyectos. El General Bolívar, viendo que sus ideas se han desvanecido a fuerza de entusiasmo y resolución, medita aterrar con las bayonetas, compromete a las municipalidades a hacer actas proclamándolo dictador y luego las destruye.¹

“Colombianos: ésta ha sido la conducta de aquel hombre de prestigio que por tanto tiempo nos ha fascinado. No es razonable que sacudamos este yugo ignominioso y que combatamos por la gloria tantas veces mancillada? No es justo que detengamos los progresos del absolutismo y que consultando a nuestro propio honor y a nuestros intereses, formemos una barrera al torrente de desgracias que hoy nos amenaza? Yo ya desenvainé la espada y no la volveré a su lugar hasta que no vea reconquistada la libertad”.

“No nos cansemos amigos; es preciso vencer o morir. Oh patria mía, los destinos te abren una carrera inmensa de gloria. Síguela y justifica la admiración que te tributa el mundo.

“Venezolanos, granadinos, habitantes del Ecuador. A todos vosotros os convidó; todos sois colombianos. Rompamos las cadenas, expongamos nuestras vidas, renunciemos por unos momentos a los placeres que la sociedad nos brinda; no perdamos los sacrificios de 19 años. Una causa santa nos reúne; un solo sentimiento nos debe animar; conquistar el poder para ponerlo bajo la salvaguardia de las leyes. Yo cuento con vuestros esfuerzos; si me abandonáis, seré víctima del honor, de mi deber, de mis sentimientos; marcharé al cadalso con la impavidez con que mil veces me he presentado al enemigo; moriré, sí, pero la historia dirá que el General Córdoba ha hecho

¹ Léase el primer capítulo de este libro.

el sacrificio de su vida antes que faltar a los juramentos, antes que faltar a su firmeza y antes que ser el instrumento de la esclavitud.

Medellín, septiembre 16, 1829.

El General José María Córdoba".

El 18 de septiembre le envió al General José Antonio Páez otra carta, en la cual repite las acusaciones del manifiesto, ya con términos más duros y con mayor obnubilación del sentido patriótico y le invita a que se una a él, para combatir al Libertador. Con las siguientes palabras termina la carta: "Yo acabo mi carta suplicando a V. E. que oiga el clamor de los pueblos que imploran nuestra protección y que poniéndose de acuerdo conmigo, les prestemos nuestro brazo para sacudir las cadenas de la esclavitud; que V. E. deseché de su lado esos hombres que el General Bolívar ha comprado para tenerlo siempre rodeado, porque conociendo el corazón de V. E. teme a cada instante que, puesto a la cabeza de los republicanos de Venezuela, le dé en tierra con su tiranía".

CARTA A BOLIVAR

El 21 de septiembre le escribe desde Medellín al Libertador una carta para explicarle los móviles de su conducta rebelde y en ella vuelve a repetir en forma más insistente y pormenorizada, los mismos argumentos de las dos anteriores.

La manera como está redactada en principio la carta, nos da una idea del título que se había dado a sí mismo Córdoba:

"República de Colombia

"Comandancia en jefe del Ejército de la Libertad...

"Excelentísimo Señor Libertador, Simón Bolívar:

"Largo tiempo combatido mi espíritu por ideas contrarias, que chocándose entre sí mantenían mi juicio en suspenso yo me dejaba arrastrar del torrente de las circunstancias, esperando a que el curso de los hechos, ilustrando mi razón, descubriese la senda por donde el deber me ordenaba dirigir mis pasos. Lleno mi corazón de gratitud hacia el primero de los Libertadores de mi patria; entusiasta admirador del mérito; idólatra de la libertad del pueblo; sincero defensor de los principios yo he sufrido Señor excelentísimo, un largo y penoso conflicto para decidirme en la materia más importante que hoy puede presentarse a un colombiano.

"Yo examino las protestas y los juramentos de V. E. solemnemente prestados en los congresos de Guayana y Cúcuta, las opiniones expresadas en su escritos, sus manifestaciones de desapego al mando, y las repetidas renunciaciones de la primera magistratura; y no hallo en todo esto sino el modelo de un perfecto republicano; amor y respeto a los principios; una veneración religiosa por las leyes y un odio decidido contra el gobierno monárquico. Los procedimientos de V. E. en la primera época de mi carrera política, que yo cuento hasta su dictadura en el Perú no parecen desmentir sus fundamentos. Esta conducta, que cautivó la admiración y el afecto no sólo de Colombia sino de la América y del mundo entero, no permitía ni aún a los desconfiados sospechar cosa alguna de las ideas republicanas de V. E.; ella había hecho tal impresión sobre mi espíritu, que cuando los hechos posteriores de V. E. alarmaron a los republicanos celosos, que clamaban con ardor para que volviese al camino de la ley que parecía abandonar, mi corazón se resentía a escucharlos y buscaba razones para disculpar la conducta de V. E. Mucho tiempo batallaron en mi espíritu las razones que persua-

dían a V. E. estaría siempre por los principios que profesan los hombres libres de Colombia; y que sostendría un gobierno popular, representativo, alternativo y electivo; y los hechos conducen a que V. E. ha abandonado sus primeras ideas y se propone darnos monarquía disimulada, envuelta en exterioridades republicanas”.

Los apartes hasta aquí transcritos de esta carta al Libertador, nos descubren claramente, como sí influyeron poderosamente en el ánimo de Córdoba, lo que ya escribimos en otro capítulo de esta historia; sus conversaciones y el ambiente bogotano, cuando estuvo allá, por la época de su sonado proceso.

El poder de la palabra y el filtro mágico de una inteligencia que sabe dorar con frases de libertad, de amor a la patria, de odio a la tiranía los resentimientos, hicieron impacto tremendo en el cerebro de Córdoba y desde entonces empezó a flaquear su amor y su admiración por el Libertador.

Comprendemos cómo en las cartas a Páez, en ésta a Bolívar, y en el mismo Manifiesto a los Colombianos, todo escrito en Medellín, como Comandante en Jefe del Ejército de la libertad, título que se dio, antes de morir, se perciben muy claramente las ideas de los santanderistas y liberales a quienes escuchó él en Bogotá una y muchas veces. Qué hablaría Córdoba con el Doctor Vicente Azuero, el furibundo conspirador, que escribió su defensa? Qué escucharía en la famosa reunión, durante la cual, él, después de desmontarse de su caballo en la plaza de Bolívar y entrarse con florete en mano, defendió agresivamente a Bolívar? Qué oiría de labios de Obando, aquel General de nuestra historia, cuya conciencia y cuyos procedimientos siguen siendo un enigma formidable?

Creemos que todas esas conversaciones, todos esos discursos, y el mismo proceso seguido a los conspiradores septembrinos fueron semilla maldita sembrada en su cerebro y en su corazón, que solo necesitaron de un procedimiento tan intempestivo e imprudente como el del Libertador, de nombrarlo Ministro de Marina, para que reventara, germinara y tuviera la floración desastrosa que tuvo. Así como en su infancia y primera adolescencia figuraron como inspiradores de lo más grande y de lo más noble en el ánimo de Córdoba, hombres como el Sabio Caldas, Don Juan del Corral, ahora, ya en las postrimerías de su vida y en el momento de lanzarse a la rebelión y al desastre, aparecen las figuras tremendistas y las conciencias oscuras y tenebrosas de Mosquera y Obando; Páez, Azuero y Carmona sobre todo.

La carta de Córdoba a Bolívar, encierra en todo su contenido, a pesar de su franqueza, un oculto afecto todavía y es respetuosa y noble, a pesar de todo. En ella se encuentra una exégesis especial de los actos del Libertador, pero todo basado en falsos informes, en exageraciones y en imprudencias. Ya era inminente la reunión del Congreso Constituyente, de Bogotá, convocado por el mismo Libertador, para el cual había sido nombrado el propio Córdoba. Debíó haber aguantado a estar allá presente para expresar de viva voz sus proyectos y deseos.

Así termina la famosa carta de Córdoba a Bolívar:

"Cuando obedeciendo a las órdenes imperiosas de mi honor, he abrazado la resolución que acabo de manifestar a V. E.; yo me he hallado en la situación más amarga; la estimación, el afecto y los particulares favores que V. E. me ha dispensado siempre; el respeto y este sincero amor

que me animan hacia la persona de V. E. han combatido fuertemente mi pecho. Mas, qué sentimiento habrá que no calle a la voz del patriotismo que habla a un corazón inflamado por el fuego santo de la libertad? Bruto en el Senado, condenando a muerte a sus dos hijos, para salvar la libertad de Roma, puede ofrecer a V. E. una imagen de lo que mi espíritu ha sufrido al empuñar la espada para contener la marcha con que V. E. se apresura a encadenar mi patria”.

MANIFIESTO A LOS ANTIOQUEÑOS

El manifiesto a los Antioqueños es el siguiente:

“Antioqueños: El enemigo de nuestra libertad, el voraz de nuestros encantos se presenta a las fronteras de nuestra provincia. El viene a robarnos nuestro honor, nuestras riquezas, nuestros honores y la pureza de nuestra moral. Antioqueños: lo permitiréis? No, no!

El fuego santo de la libertad que incendiaba el pecho de los soberbios romanos y de los fieros espartanos, este mismo fuego inflama el pecho de los antioqueños. Partamos al campo y hagamos ver al tirano que no impunemente se atraviesan nuestras fronteras, que para los antioqueños, el día de más placer y de mayor alegría es el día que combaten por la libertad. El cobarde, que se sepulte en los montes, que huya; él no merece sino vivir con las bestias; la infamia, la pena y el tormento incendiarán constantemente su miserable pecho y si acaso le queda algún resto de sentimiento, la vista de los laureles que adornarán a sus compatriotas le será una doble aflicción. Sí; venceremos porque llevamos al combate la justicia, nuestros derechos y la fuerza. En Tenerife, Pichincha y Ayacucho fuí el terror de los

españoles; ahora seré en todas partes el espanto de los tiranos. Confiad absolutamente en nuestro paisano,

José María Córdoba”.

POR QUE PERDIO CORDOBA. EXPEDICION DE O' LEARY

Todos los acontecimientos, sucedidos en forma impresionantemente rápida, desde la llegada de Córdoba a Rionegro, fueron conocidos en Bogotá, con motivo de la información pormenorizada de Urdaneta.

El General Posada Gutiérrez dice: “que el hecho de haber dejado venir Córdoba al General Urdaneta, lo perdió”.

El 12 de septiembre se tomó Córdoba a Medellín y se hizo cargo del gobierno de la Provincia, cosa a la que accedió Urdaneta con la condición de que le diera salvoconducto. Y el 21, a los nueve días, ya Urdaneta escribió desde Nare al Señor Ministro de Guerra:

“Exmo. Sr. Ministro:

Desde la Villa de Medellín, con fecha 14 de los corrientes y por el correo ordinario, dí cuenta a V. E. por mi posta del resultado de mi alarma en las 24 horas del día 11 al 12, consiguiendo en todo lo que le dije a V. E. por mi posta del 10 del corriente. Empecé a contener la revolución que el General Córdoba iba a hacer en la Provincia aunque mi situación de jefe de cuartel, sin responsabilidad alguna, sin mando y lo que es más, sin un soldado, no me garantizaban un buen suceso”.

Luego narra lo que ya tenemos transcrito sobre la toma de Medellín.

“El general Córdoba no ha encontrado en el pueblo bajo, un hombre decidido a su favor; 40 o

50 hombres de Medellín entre ellos muchos jóvenes, muy pocos de Rionegro que a sí mismos se llaman liberales; he aquí el partido que le acompaña y el único que acompañará al General Córdoba a su vanguardia, quizá por causa de algún resentimiento. El 15, día en que salí de Medellín, tenían acuartelados cuarenta y tres hombres, habiendo devuelto a Rionegro los que trajo para atacar a Medellín y a quienes gratificó con cuatro pesos por cabeza, cantidad que hizo sacar del tesoro. El General Córdoba dice que cuenta para su revolución con los pueblos del Valle del Cauca, Popayán y aún de Bogotá. Para los primeros he visto dirigir a más de veinticinco personas, entre ellas a jefes y oficiales del ejército, cartas y proclamas del mismo General.

“Los hombres asustados y despavoridos salían a mi encuentro a suplicarme mi pronta vuelta y a demostrarme sus deseos de tranquilidad. Unos me ofrecen su colaboración personal y otros raciones o lo que estuviere a su alcance. Yo he comprometido mi palabra de volverles la tranquilidad perdida no dudando que V. E., poniendo a mi disposición 200 o 300 veteranos con 30 o 40 de caballería, me dispensará el honor de volver al orden a la provincia de mi vecindad y de mi afecto”.

SALE DE BOGOTA O' LEARY

Inmediatamente se organizó en Bogotá la partida de una fuerza respetable de 900 veteranos, muchos de ellos antiguos subalternos de Córdoba, a dominarlo en Antioquia. En los últimos días de septiembre, Córdoba que habitaba en una casa de su madre, Doña Pascuala Muñoz, cerca de **San Juan de Dios en Medellín**, supo que dos capitanes de la fuerza que él había podido organizar, se habían insurreccionado contra él.

Inmediatamente, en cabeza y a pie, mientras al rato lo seguía su hermano, Córdoba al llegar al lugar de la guardia le intimó rendición con voz imponente y colérica. Inmediatamente le obedeció y le dio paso. Herrera y Vélez, los capitanes insurreccionados quedaron en capilla y al día siguiente, después de recibir auxilios espirituales, marcharon al calabozo y fueron fusilados en lo que hoy es la Plazuela de San Ignacio.

Los primeros catorce días del mes de octubre los destinó Córdoba a disciplinar su tropa. El 14 del mismo mes tuvo noticias de la aproximación de O' Leary y el 15 marchó a su encuentro con su fuerza, por la vía de Rionegro. A las cinco de la tarde llegó a su ciudad y ocupó como cuartel el edificio del Hospital. Allí recibió todavía muchos consejos para que desistiera de su empresa alocada y el General Córdoba los escuchó pacientemente, pero ya estaba empeinado y no quiso atenderlos. Fray Antonio María Gutiérrez en hoja especial, impresa en Rionegro en noviembre siguiente, después de la muerte infortunada de Córdoba, dice:

“Yo no me avergüenzo ni me avergonzaré de confesar que el General Córdoba, en los últimos días de su existencia, me favoreció con el título de amigo; que escuchó con paciencia algunas observaciones que le hice sobre el estado de la guerra y las ventajas que le proporcionaba las proposiciones de paz, que él mismo me indicó le habían hecho de parte del General Comandante de la columna de operaciones. Al despedirse la tercera y última vez que nos vimos, el 15 de octubre, me dijo estas palabras importantes para la historia: “tengo 500 hombres que aunque reclutas, yo sabré hacerlos pelear: tengo oficiales muy buenos y ya no me queda otro camino que la victoria o la muerte: dentro de 4 días, o vencedor o mordiendo tierra en el campo de batalla...”

PROPOSICIONES DE PAZ

Las proposiciones de paz a que se refiere el Padre Gutiérrez, son las siguientes:

En la noche del 15 de octubre llegó a Rionegro el Coronel José María Montoya, enviado expresamente por el gobierno de Bogotá, a influjo de varios amigos de Córdoba, a proponerle la paz. Este Coronel era íntimo amigo de Córdoba, hijo de Rionegro y compañero suyo en la campaña de Antioquia y en el sitio de Cartagena.

Previa audiencia, el mensajero dijo al General: "Traigo instrucciones del gobierno de la Nación para recabar su sometimiento; al deponer Ud. las armas quedará en completa libertad y podrá elegir el puesto que le convenga, bien en la República o bien como cónsul de ella; su desistimiento debe fundarse en que no será dable resistir una fuerza tan prepotente como la de la 'Columna de Occidente', que Usía conoce muy bien como que sus soldados pelearon con usted en los campos de Ayacucho".

La resolución de Córdoba irrevocable como era, de no someterse sino por las armas, la manifestó a su excelente amigo.

Finalmente el Coronel Montoya le observó a Córdoba: "General, es imposible vencer en esta ocasión".

Pero no es imposible morir, y así debe suceder en cumplimiento del deber", contestó el General.¹

1 Al ver en Rionegro que Córdoba se negaba a estas proposiciones de paz, formaron una diputación compuesta por los Señores Antonio Uribe y Juan Crisóstomo Campuzano. Se le confiaron amplios poderes, con el objeto de acercarse al General Córdoba y expresarle que se clamaba por la paz y que su empresa era contraria a la opinión y sentimiento general. El juez político de este cantón, creyendo dar a la comisión un aspecto de más importancia pidió al Señor Obispo

LUCHAS INTERNAS DE BOLIVAR

El ofrecimiento que le hizo el Coronel Montoya está basado en los consejos urgentes que dió el Libertador Bolívar desde Babahoyo, a Estanislao Vergara, con fecha 28 de septiembre de 1829.

“Mi estimado amigo:

El General Urdaneta presentará al Consejo una queja contra el General Córdoba. El verá este asunto con juicio. Si todavía es tiempo de emplear a este sujeto en Holanda, Ud. puede hacerlo pero volando, sin perder un momento. No se pare Ud. por firmas ni por formas. Yo mando...

Debe tener presente que si no admite Córdoba y mañana se le acusa, él alegará esta oferta como prueba de inocencia y de confianza por parte del gobierno. El caso es delicado y puede empeorarse. Sin embargo no podemos descuidar una medida conciliatoria, aunque **está probado que Córdoba no se arrepiente ni se cura.**

Yo estoy loco con la locura de estos señores. Qué más quiere? Dígalo. Separación o dominio. Fuera Bolívar, que es venezolano y tiene alguna autoridad. Sería bueno entregar el mando para que se contenten. Pero Usted y otros no lo quieren. Qué haremos pues? Soy de Usted de corazón.

BOLIVAR”.

En otra carta, escrita desde el mismo lugar, y en esa misma fecha dice el Libertador:

“Qué haremos con estos Generales conspiradores? Si los contengo, soy tirano y si espero que

que su secretario le acompañara. Pero cuando trataron de convidarlo, les dijeron que ya iba adelante y no cumplieron la misión ante Córdoba. Sin embargo, después de vencer dificultades numerosas los citados Uribe y Campuzano llegaron al campo del Santuario, cuando ya estaba avanzado el combate...

delinca para castigarlos soy cruel, asesino. Qué haremos? Ud. verá lo que hay con respecto a Córdoba y Popayán. Debemos sin embargo impedir el mal que luego sea mayor. El Consejo hará lo que tenga por más conveniente.

“Yo no sé si todavía es dable mandar a Córdoba. Si fuese posible emplearlo en Europa haría menos mal, sin dejar fomentar las conspiraciones. Lo peor es que cuantos jefes haya en la Nueva Granada harán lo mismo si se creen con partido; y éste no les faltará por su fe de Bautismo. Yo tendré que ser víctima y tirano juntamente al fin de todo. Esto es horrible. Yo no sé cómo debo conducirme para darle gusto a estos señores. Si hago mucho, abuso y si no, están quejosos”...

Bolívar y Córdoba muy distantes el uno del otro, como podemos colegir por los hechos y estas cartas, mutuamente se temen y respetan, pero también mutuamente se hostilizan. Sin embargo, en honor a la verdad, aquí, ya para terminar su vida Córdoba desempeña un papel ingrato y de rebeldía inexcusable. Éste, en cambio, se encuentra en una lucha interior tremenda, por ver la manera cómo empieza a desmoronarse la Gran Colombia y por la manera hostil y brutal como obran algunos de sus mejores Generales.

RESOLUCION ULTIMA DE CORDOBA

El 12 de octubre de 1829, había contestado Córdoba a Montoya, una carta de éste, en la cual le proponía la paz a nombre de O' Leary. En su parte esencial, Córdoba, altivamente manifiesta:

“Me alegraré mucho de encontrarme pronto con esas fuerzas con que se trata de aniquilarme, para probar al mundo que soy siempre el mismo. Desconozco la nacionalidad del Gobierno que hay en Bogotá; estoy bien persuadido que es todo lo

contrario, que es un gobierno que la nación detesta y al que está sujeto por las bayonetas. No hay transacción con la tiranía; que continúe el Señor General de quien Ud. depende, ufano del triunfo, que el campo de batalla lo decidirá. Si lo que Ud. me viene a proponer es que la constitución recuperará su imperio y la ley su marcha, entonces abrazaré gustoso a Ud.; si ésta no es la base de su comisión, vamos al campo.

“Dios guarde a Ud.

José María Córdoba”.

Y el 15 de octubre, ya desilusionado completamente Montoya, a pesar de la entrevista con Córdoba, le escribe:

“Señor General: No estando en la esfera de las facultades que me ha confiado el Señor General Comandante en Jefe de la División de operaciones sobre Antioquia, entrar en una negociación, cuyas bases sean el establecimiento de la Constitución de Cúcuta, condición sin la cual Ud. no se presentará a transacción alguna, según su nota de fecha 12 del corriente, Ud. debe mirar como terminada mi comisión y la suerte de Ud. librada a los azares de la guerra. Dios guarde a Ud.

JOSE MANUEL MONTOYA”.

VISPERAS DE LA BATALLA DEL SANTUARIO

El 16 hizo mover su fuerza, muy pequeña y de reclutas que apenas habían tenido unos pocos días de entrenamiento, hacia El Peñol, porque el orgullo le impidió preguntar al Coronel Montoya, cuál era el camino que traían las fuerzas de O' Leary. Antes de salir, visitó al Ilmo. Sr. Mariano Garnica que vivía muy cerca a la casa en que se encontraba hospedado. A las siete de la

mañana se trasladó, llevando su cabeza descubierta. Muchos suponen que se confesó, porque Córdoba era católico y creyente, aún cuando poco practicante, debido a los azares de la guerra en que le tocó vivir desde la adolescencia.

A las diez de la mañana, después de haber dado su adiós de despedida a todos sus familiares y amigos, partió Córdoba de Rionegro hacia El Peñol. En Marinilla era Párroco el ilustre Dr. Jorge Ramón de Posada, que tenía un aprecio inmenso por Córdoba y le había ayudado, en toda forma, en épocas gloriosas, diez años antes, cuando vino de Bogotá como Gobernador de Antioquia.

Pero en esta empresa de la revolución, le manifestó claramente a su amigo y gran admirador, que no podía en manera alguna ayudarle en nada porque estaba convencido de la inutilidad de sus actuaciones.¹

A las cinco de la tarde llegaron a El Peñol.

De acuerdo con la carta del General Montoya a O' Leary, fechada en Rionegro el 18 de octubre, Córdoba ya había estado en El Peñol el 14 anterior, para una entrevista con él; así dice en un aparte de la carta:

1 Es famosa la siguiente carta de Córdoba, fechada en Rionegro el 13 de octubre y que demuestra la cólera que sintió cuando supo que en Marinilla, no lo secundaban y al contrario le hacían la guerra.

"República de Colombia. Comandancia en Jefe del ejército de la Libertad. Cuartel General de Rionegro.

A los Señores Cura de Marinilla y Coadjutor, Celedonio Trujillo, Ramón Gómez y Andrés Alzate.

Ustedes han hecho armas contra mí y me están haciendo la guerra; veremos quien la sabe hacer mejor, si Ustedes o yo. Si esta noche, a las cinco de la mañana del día 14, no se me presentan Ustedes, a las seis de la mañana le pego fuego a la ciudad de Marinilla. Dios guarde a la República y los enemigos sean aniquilados.

José María Córdoba'.

"El 14 a las doce del día tuvo lugar la entrevista propuesta para el pueblo de El Peñol y después de una larga conferencia, en la cual me empeñé fuertemente por inclinarle a una transacción, haciendo palpar lo desesperado de su empresa, me dio por única y terminante contestación que en todo debía atenerme a su comunicación de fecha del 12 en la que establece por bases el restablecimiento de la constitución de Cúcuta"...

Debido a la manera como obró en toda la provincia de Oriente, adversa en forma franca a las ideas de Córdoba, éste encontró enormes dificultades para su campaña y todo contribuyó, por una parte, a favor de O' Leary y por otra a perjudicarlo a él. Sus soldados tuvieron que hacer jornadas muy continuas, precipitadamente, pocos días antes de la batalla. El hecho de haberse dirigido a El Peñol porque esperaba ataque por Guatapé, que era la vía corriente de Nare al centro de Antioquia, perjudicó todos sus planes. O' Leary escogió la vía de San Carlos y siguió hacia Granada, a donde llegó cuando Córdoba ocupaba El Peñol.

Córdoba había procurado dejar espías y postas desde "El Balseadero" en Nare, hasta casi la entrada de Guatapé. Pero no tuvo éxito por cuanto nadie en esas regiones estaba con él, y rechazaba de plano sus pretensiones.

ANSELMO PINEDA

El Coronel Anselmo Pineda, fundador de la Biblioteca Nacional y que obtuvo fama en el campo de la cultura por la colección que formó de todos los escritos dados por la prensa, desde los primeros días de la emancipación, se entusiasmó con las ideas de Córdoba y prestó al Héroe servicios decisivos en los últimos días de la revolución.

Transcribimos textualmente lo que dice a este respecto, Don José María Arango, de quien hemos tomado muchos de estos apuntes sobre la revolución de Córdoba, y quien se unió al puñado de soldados que regaron con su sangre el campo del Santuario y estuvo al lado del Héroe hasta el último momento de la batalla. Dice así, don José María Arango, testigo ocular:

“Anselmo Pineda era miembro de noble y patriarcal familia, residente en la fracción del Santuario. Su padre, el venerable anciano Don Pedro Pineda recibió dolorosa sorpresa, cuando su hijo, con ardor, solicitó su permiso para afiliarse en la fuerza del General. Inspirado ya, como lo estaba el anciano, en ideas contrarias al movimiento iniciado, se opuso seriamente a las pretensiones de su hijo y como quiera que éste insistiese, fue contenido en encierro, pero logró fugarse para unirse a Córdoba, de quien recibió el grado de Capitán de una compañía.

Al dirigirse a El Peñol el General, lo hizo porque ignoraba qué camino traía la fuerza enemiga; pues su orgullo no le consintió inquirir del General Montoya, en dónde la había dejado. El sendero que traía y que el General desconocía totalmente, no era otro que el entonces intransitable de San Carlos, así que no podía tener lugar encuentro en el Páramo de Guatapé, como el General lo aguardaba.

Antes de la partida de Rionegro, el General, con alguna precaución, había dispuesto que el Capitán Pineda marchase por la vía del Santuario para que, con toda diligencia, investigara todo lo relativo a la expedición de O' Leary.

El mismo día, muy temprano, llegó Pineda al Santuario, donde solo había dos casas: una de éstas, la mejor, pertenecía a Don Juan Antonio Gómez quien estaba desocupándola, con motivo, se-

gún lo dijo a Pineda, de que la fuerza que venía de Bogotá y que ya se encontraba en Vahos (Granada- debía llegar a ese punto al día siguiente.

Habíase apenas retirado Pineda de la casa del Sr. Gómez cuando tropezó con un amigo íntimo suyo, compañero de infancia: Manuel Antonio Gómez. "Qué hay por estos lados?" le preguntó Pineda. "Vengo de los Vahos (Granada- a donde había ido a ver la fuerza que viene de Bogotá que mañana ocupará a Marinilla. Acabo de pasar junto a los soldados y por aquí cerca están ya algunos". Pineda impuso luego a su amigo, de la comisión que llevaba y de que el General Córdoba debía encontrarse a esas horas con su fuerza en El Peñol.

"Van Perdidos", dijo Gómez.

Pero no lo estarán si tú te atreves a hacer un sacrificio por tu amigo, el cual no es otro que ir esta misma tarde cerca del General a imponerlo de lo que ocurre. Así lo prometo, dijo Gómez y marchó llevando una boleta que con lápiz escribió Pineda para el General y que decía: "De Usía crédito a cuanto el portador le diga. Dentro de pocas horas hablaremos".

Pineda tenía confianza plena en la fidelidad de Gómez.

Incontinenti se dirigió éste a la casa de su padre, situada en un paraje llamado "Montañita" a poca distancia del Santuario. Cuando hubo llegado, asumió ficticiamente la calidad de desertor y cual hijo pródigo le manifestó a su padre que había abandonado las filas de Córdoba. "Hizo Ud. muy bien, hijo; mañana llega una gran fuerza que hoy está en Vahos, ya tres compañías están muy próximas a ésta"...

Este anciano era Don Pablo Pineda, de aquellos patriotas que dormían tranquilos en su lecho desde que el sol empezaba a ocultar sus ra-

yos. Así lo hacía aquella noche, aguardando la aurora del día siguiente para concurrir a presenciar la llegada del ejército de O' Leary, del cual tenía noticias exactas por haber coadyuvado a su arribo.

El joven Pineda, fervoroso admirador de Córdoba, bien impuesto ya de cuanto deseaba saber, marchó desde el principio de la noche, según lo había ofrecido a su General y llegó a El Peñol como a las ocho de la misma. Confirmó sus noticias anticipadas y se colocó de guía de la fuerza, que ya empezaba a moverse hacia el Santuario.

Como Córdoba, desde un principio sospechaba que la fuerza expedicionaria buscara salida por la vía de San Carlos, envió oportunamente a un señor Miguel Ramírez, de Rionegro, a destruir el puente del Balseadero; pero ya sea porque Ramírez no tuviera buena voluntad en ejecutar la destrucción, o por la proximidad del ejército desistiese, por miedo, es la verdad que el General quedó completamente burlado y que sus planes fracasaron. Ramírez se unió al enemigo y protegió su marcha. De aquí la decepción del General y el desacierto de su marcha hacia El Peñol. »

Peones y cargeros transportaron en la fragorosa montaña a O' Leary y a sus principales jefes, lo mismo que los elementos de guerra. Así lograron aquellos veteranos arribar hambreados y casi desnudos a la población de Vahos el día 16.

Después del verídico informe que obtuvo del General a su llegada al Peñol, confirmado por el Capitán Pineda; no vaciló en ordenar la marcha de su fuerza.

“No podemos olvidar aquella marcha sombría. Considérese, lo que es una noche de octubre, oscura y lluviosa, en las montañas antioqueñas y la tenebrosa senda, apenas marcada, que debía recorrerse desde El Peñol hasta El Santua-

rio. Agréguese a eso el cansacio y desfallecimiento de aquellos pobres soldados que marchaban uno a uno por la estrechez; pero a tan sublimes esfuerzos que no había peligro que no fuese despreciado.

Una vez que el gallardo capitán Pineda ingresó en la fuerza, muy conocedor de la fragorosa vereda, ofreció al General y así lo hizo, servir de guía y verificar la travesía en toda aquella aterradora noche.

Se extraviaron y tuvieron que pernoctar cerca de un salto llamado hoy de la Cerámica, porque éste les impidió seguir. De lo contrario habrían llegado a la media noche al Santuario. A las seis y media de la mañana del día 17 de octubre empezó la desmantelada tropa a llegar al punto designado; es decir a la pequeña planicie de El Santuario. Allí, cada soldado retorció su vestido para desalojar el agua y lodo recogidos en el tránsito, en medio de la tenebrosa noche.

Eran las ocho de la mañana y las municiones de guerra aún no habían llegado al campamento. No se divisaba al enemigo ni se tenía noticia de él. Los moradores de aquel terruño ocultaron su aproximación. En tanto, la insignificante fuerza iba a recibir alguna carne, único alimento que se halló. Una hora después regresaba un espía que el General había enviado hacia la parte por donde esperaban al enemigo y sin que llegara empezó a ordenar la fuerza. Ese espía dió la noticia de la aproximación de los soldados enemigos.

BATALLA DEL SANTUARIO

Seguimos transcribiendo el relato de un testigo ocular como Don José María Arango que nos parece el mejor y el más digno de tenerse en cuenta, por cuanto hay muchas contradicciones y diferencias, entre los relatados por varios historiadores.*

El General Córdoba organizó rápidamente su fuerza, dividiéndola en tres grupos formados en masa: el de la derecha, expuesto a mayor peligro, al mando del segundo jefe, Comandante Benedicto González y del bravo Capitán Escalante; el de la izquierda, encabezado por el Coronel Salvador Córdoba y el Capitán Anselmo Pineda; y el del centro, constante de la mitad de la fuerza, al lado del General. Una parte de este grupo central, donde nos encontrábamos al lado de Bernal y éste mismo, quedaron al frente del enemigo visible; y la otra, inspeccionada por el Edecán de Córdoba, Don Francisco Giraldo y por el famoso Capitán Braulio Henao, permaneció por algunos momentos oculta tras la casa que allí había.

Un momento después, alguno de los encargados de correr la campaña le avisó al General que sobre la altura de enfrente, en ambos extremos, se habían presentado soldados; y él con su anteojo, observó que el enemigo empezaba a ocupar la colina oriental.

Tuvimos luego la ocasión de ver los altos y negros morriones de vaqueta sobre las cabezas de aquellos veteranos, cuyos vestidos desgarrados y sucios, denunciaban las peripecias del tránsito; nada menos habían sido los días, las noches, las fatigas y el hambre de aquellos abnegados hombres, acostumbrados a toda clase de penalidades.¹

1 La proclama de O' Leary en El Santuario, fue la siguiente:

"Daniel Florencio O' Leary, General de Brigada, primer Edecán de S. E. el Libertador y Comandante en Jefe de la División Operaciones, a los habitantes de esta provincia.

Antioqueños:

Vuestra provincia fue la morada de reposo, de la dicha y de la prosperidad; aquí las leyes fueron obedecidas y el gobierno respetado, hasta que el General Córdoba levantó en medio de vosotros el estandarte de la rebelión. Traidor a su patria, traidor a sus deberes y traidor a su bienhechor; el General Córdoba ha ha-

Antes de entrar en la lid, descollaron tres militares en la altura, quienes, después de unos instantes de curiosa observación, descendieron un poco, en tanto que al toque de las cornetas se iba cubriendo la altura de guerrillas, con el mayor orden.

Encontrándose O' Leary con sus dos edecanes, a distancia de poder hacer oír su voz, se oyeron en la mayor parte del campamento estas palabras: "Córdoba: entrégate; no sacrifiques a esos pobres reclutas".

El General con voz sonora y fuerte que sellaba su irrevocable resolución, contestó:

"Córdoba no se entrega a un vil extranjero, mercenario y asalariado; primero sucumbe".

O' Leary tornó a su puesto.

Cubierta la colina por aquella bien organizada fuerza y obedeciendo al toque de corneta respectivo, rompióse en todas las filas un fuego graneado, tan activo y tan nutrido, que la granizada de plomo y la negra nube formada por el humo de la pólvora, ofrecieron el espectáculo de la más horrorosa tempestad, pues efectivamente venían de lo alto las descargas.

Algunos que no presenciaron aquella infausta tragedia, han manifestado que la batalla duró tres horas. Esto puede ser aceptable, si se computa hasta la completa ocupación del campo; mas para el destrozo y para decidirse, tres cuartos de hora bastaron. Véanse las órdenes que transmitió Córdoba al romperse el fuego.

llado cuanto hay de respetable en el orden social; y para hacer más execrable su atentado, escogió para teatro de sus crímenes el lugar santo en donde reposan las cenizas de sus padres. La Providencia siempre justa, hoy ha querido castigar tantos delitos y aplacar la vindicta nacional, con la sangre del rebelde.

Antioqueños: Vosotros no sois culpables; el Gobierno que me ha mandado a protegeros es justo y clemente. Nada debéis temer.

Cuartel General de El Santuario, a 17 de octubre de 1829.

Daniel F. O' Leary".

Al Capitán Braulio Henao le ordenó ocupar, a la cabeza de su compañía, la altura que dominaba el enemigo y al resto de la fuerza que sostuviese su puesto a pie firme.

El cumplimiento de estas órdenes fue imposible. Los soldados del intrépido cuanto valeroso Capitán Henao, rodaban, muertos unos y heridos otros por la pendiente, en su pretendido ascenso; y no sabemos, ello es un misterio, por qué designio de la Providencia se salvaron el expresado Capitán, su Teniente Don Gregorio Naranjo, Don Juan María Hernández y unos pocos soldados, siendo así que el primero de éstos iba a la cabeza de su compañía.

No hay para qué hacer mérito de la bravura de Córdoba. Era imposible que no estuviese a la altura de su fama, aunque viese seguro su término, así como presenciaba el de sus soldados, que caían a cada paso muertos a su lado. En presencia de aquel espantoso cuadro, un soldado pretendió salvarse huyendo: la lanza del General lo atravesó.

A su turno el General recibió una bala cerca al pecho; pero continuó la lucha. Su segundo jefe, Benedicto González, joven bellísimo, de la más elegante figura y gracioso rostro, recibió mortal herida en el vientre y quedó tendido en el campo.

El Capitán Escalante expiró y expiraron también más de cuatro quintas partes de su compañía, en las márgenes del arroyo, (la quebrada de "Bodegas?") donde pretendieron detener al enemigo.

EL ENEMIGO

De la carta enviada desde Rionegro, por el General O' Leary, el 18 de octubre al Sr. Ministro Secretario de Estado en el departamento de la Guerra, destacamos lo siguiente, que nos da idea

de la situación y manera de actuar del enemigo de Córdoba.

“Exmo. Sr.:

“En mi último despacho desde “Canoas”, avisé a V. E. que me hallaba indeciso sobre la ruta que tomaría para penetrar en esta provincia; más el día 13, al llegar a la “Aguada”, donde se dividen los dos caminos de San Carlos y La Ceja (Guatapé), me informó que el General Córdoba se hallaba atrincherado en el Alto del Páramo, que conduce a este pueblo y que estaba cegando los pasos más difíciles; supe también que este General había mandado comisionados para destruir el puente de Caldera y que sus órdenes fueron mal ejecutadas.

Al momento dispuse que el Teniente Correa marchase con una partida por el camino de La Ceja hasta el Arenal, con instrucciones de permanecer allí tres días, con el objeto de llamar la atención del enemigo; y al mismo tiempo ordené al Capitán Alzate que, con la segunda de “flanqueadores” hiciese marchas forzadas hasta ocupar el puente de Caldera, lo que se ejecutó sin oposición. El 14, la división entró en San Carlos. Aquí recibí al primer Comandante José Manuel Montoya, que como antes indiqué a V. E., había comisionado, cerca del General Córdoba, la comunicación y documentos que en copia bajo los números 1, 2 y 3 tengo el honor de acompañar. La insolencia de la nota del General faccioso a mi comisionado y posteriormente su criminal obstinación en denegarse a admitir las condiciones muy moderadas que le hice, con el objeto de ahorrar la sangre antioqueña, me resolvieron a librar el destino de esta provincia a la suerte del combate. El 15 establecí en Caldera mi Cuartel General. El 16 la división reunida hizo una marcha forzada y llegó a Vahos. Ayer a las dos de la

mañana fui avisado por los espías, que el General Córdoba informado de mi movimiento, demasiado tarde para molestarnos al desembocar de la montaña, se dirigía sobre El Santuario. A las 6 de la mañana levanté el campamento y marché sobre el mismo punto. A las 8 del día me encontré con el enemigo, situado en fuertes posiciones.

Inmediatamente dispuse que el Capitán Alzate con la segunda de "Flanqueadores" atacase bruscamente a las avanzadas, que querían disputarnos el paso, e impedirnos formar en una especie de explanada que se hallaba al desembocar del desfiladero. Nuestros flanqueadores forzaron el paso y la división pudo formarse. Durante esta operación el General Córdoba se retiró hasta la capilla del Santuario, donde tomó posiciones, dejando una compañía desplegada en guerrillas para defender una quebrada que era forzoso pasar. La posición del enemigo era excelente. Formó una columna, con su derecha apoyada contra la capilla y su izquierda sostenida por un pelotón de caballería. Tras de una casa contigua, tenía colocada su reserva. Yo dividí la columna de "Cazadores de Occidente" en tres secciones: la primera compuesta de la segunda de "Flanqueadores", segunda, tercera y quinta de "Cazadores" al mando del segundo comandante Luzón. Recibió órdenes de marchar de frente, forzar la quebrada y atacar el centro del enemigo. La segunda compuesta de la primera, cuarta y sexta de "Cazadores" bajo la inmediata dirección del Coronel Castelli, debía amenazar la izquierda del enemigo y atraerle de la Capilla por medio de una retirada falsa. La primera de "Flanqueadores" y el piquete de caballería a las órdenes del Coronel Crofton, quedó en reserva. Apenas se empezó el combate cuando el General Córdoba me reconoció y adelantándose, me llamó por mi nombre; yo hice cesar el fuego para preguntar al

General su objeto. De su parte hizo lo mismo y dirigiéndose a mí me convidó a salvar la república. Persuadiéndome que el General Córdoba me hablaba de buena fe, le contesté que nada deseaba con más sinceridad que hacerlo y ahorrar por medios amigables el derramamiento de sangre. Entonces el General tuvo el arrojo de hacerme algunas propuestas indecorosas que rechacé con indignación. En seguida nos retiramos a nuestros respectivos puestos e inmediatamente dí la bien conocida señal de combate y victoria: ¡Viva el Libertador! ¡Viva el Libertador!; tres veces la repitieron las tropas de mi mando, que, echando el guante a la muerte misma, avanzaron con el entusiasmo y serenidad que inspira la justicia de una buena causa.

“Por nuestra derecha, la primera de “Cazadores”, según mis instrucciones, cedió terreno y el General Córdoba ufano con lo que suponía un seguro presagio de triunfo, la persiguió con loca precipitación, e hizo avanzar hasta su reserva: desde luego la acción se hizo general.

“Los facciosos queriendo imitar el indómito y espléndido coraje de su caudillo, pelearon como unos desesperados. Ya el combate había durado dos horas, cuando mandé al Coronel Castelli y al Comandante Luzón, cargar a la bayoneta y el Coronel Crofton que avanzase a rienda suelta con su caballería. Estos bravos jefes, dando insignes pruebas de valor, arrollaron cuantos obstáculos se les opusieron. Desde entonces fueron vanos los esfuerzos de Córdoba, que después de disputar palmo a palmo el terreno y viéndolo todo perdido, se retiró a una casa de teja, acompañado de algunos oficiales y veinte infantes. Hasta aquí nuestras tropas le persiguieron y se continuó un vivo fuego de ambas partes. Hice cesar las hostilidades de nuestras tropas, pero el enemigo obstinado hasta lo último, no quiso imitar

mi ejemplo. Algunos soldados y los caballos de los jefes y oficiales que me acompañaban fueron heridos y muertos. No me quedó otra alternativa: dí órdenes al comandante Castelli y al segundo Comandante de Caballería Hand, de forzar la casa y no dar cuartel a los que resistiesen...”

Hasta aquí, parte del informe de O' Leary y que nos da idea de la manera como obró y como preparó el combate con sus 800 veteranos. (Otros historiadores dicen que 900).

Del relato de Don José María Arango seguimos transcribiendo los siguientes apartes que nos dan idea del término de la batalla, en el campo de los soldados de Córdoba. Algunos dicen que el caballo de Córdoba se atascó en un pantano, cercano al lugar que hoy ocupa el Colegio de las Salesianas y quedó ya peleando a pie. Arango dice: “Durante la tempestad permanecemos al lado del General cumpliendo sus órdenes. Niño, su ordenanza también. Este fiel servidor observando que la muerte de su jefe era ya inevitable (había recibido un balazo en el hombro) se apresuró a prestarle la bestia que allí mismo estaba, destinada a su servicio y dirigiéndose a él le dijo: “Monte usía y sálvese; vamos a quedar encerrados”. Efectivamente, el Coronel Alzate empezaba a cerrar el paso a la fuerza vencida que huía.

“Sálvense ustedes cobardes”, respondió. Las manchas de sangre de su vestido, evidenciaban su herida. De allí a la casa hospital habría seis pasos de distancia. Córdoba, exangüe, se dirigió a ésta y entró. Mientras tanto su caballería recibió un balazo en el pescuezo.

Todo había concluído. El sol de la libertad iba a extinguirse. En aquel pavoroso campo lleno de cadáveres y heridos nadie se movía...

La grave situación del General, la dominante fatiga de aquellos momentos, la persistencia de

la tempestad, la lluvia de balas que hería la tierra con violencia, nos determinaron a huír, juntamente con Niño, sobre la bestia herida.

Al trepar una colina (muy cerca a lo que hoy llamamos "Alto del Santuario", donde está el Calvario), encontramos tendido, en la mitad del camino, al Capitán Pineda con cuatro heridas, acompañado del Coronel Córdoba, quien arrojando el peligro, no lo abandonó.

Por disposición del Coronel nos desmontamos y montamos en nuestro lugar a Pineda cuya sangre empapaba todo.

No quiso que se le condujese a la morada de su padre, que quedaba en "Montañita", ni cerca de sus parientes y amigos. Sigilosamente fue llevado a la casa del Coronel Córdoba en la ciudad de Rionegro, donde permaneció oculto por tres meses y donde fue asistido y acompañado por nosotros (habla aquí José María Arango todavía, quien afirma que tuvo ocasión de hablar con él, sobre los puntos de esta memoria de combate).

ASESINATO DE CORDOBA, Y POLEMICAS HISTORICAS

El siguiente relato, es también de José María Arango, con los pormenores del General Don Francisco Giraldo, edecán de Córdoba, quien fue gravemente herido y presencié el asesinato.

El relato de Arango se atiene en todo a la declaración juramentada tomada a los testigos presenciales, rendidas en el proceso que se siguió contra O' Leary, y solamente tiene en cuenta a quienes tenían interés en hacer creer que Hand, asesinó a Córdoba mandado por O' Leary.

Declaración del Coronel Tomás Murray

El Coronel Murray dijo, después de habersele tomado el juramento: "Que se halló en la acción del Santuario de jefe de estado mayor de la división de O' Leary y que después de cesado el fuego por el centro, el que declara, reparó que una sección de la tropa vencedora que trataba de ocupar una casa por la izquierda, lejos de atender a los toques repetidos, mantenía un fuerte tiroteo, se dirigió a este punto con el fin de averiguar su motivo y al llegar allá consiguió cesase el fuego, hizo abrir la puerta de la expresada casa; que en un cuarto encontró al difunto General José María Córdoba sentado en una cama con varios otros individuos que el declarante no reconoció; que allí cumplió con su deber ofreciéndose a dicho General, quien únicamente le encargó buscarse quien le curase la herida de bala que había recibido en la coyuntura del hombro izquierdo; que después de haberle colocado solo en otra cama, salió con el objeto de traer al cirujano y no de llamar al General O' Leary; que al salir se encontró al edecán de éste jefe, Teniente O' Car a quien, en saliendo refirió la suerte del General Córdoba, cuando entró el Capitán, graduado de Primer Comandante, Ruperto Hand. Que éste preguntó: En dónde está Córdoba?; que el declarante le contestó que estaba en la casa herido y rendido. Que Hand entonces gritó: Por el ser supremo yo le quitaré la vida. Que el declarante entonces le preguntó: es Ud. inglés y va a manchar sus manos con la sangre de un hombre rendido? Que Hand le dijo en contestación: sí, y con la del que atreva a oponerse; que el Teniente O' Car, al oír esta expresión, desenvainó su sable con el objeto de sostener al declarante; que Hand entonces dió un paso atrás y dijo en inglés: yo tengo orden de matarlo; que inmediatamente el que de-

clara se dirigió hacia el General O' Leary, quien ya había llegado frente a la casa y le gritó en voz alta, delante de la tropa: General allá está Hand asesinando al Gñeral Córdoba; que O' Leary le contestó con una exclamación grosera y se fue a caballo a otra parte; pero que después de un rato volvió a donde el declarante y le dijo en términos suaves: Usted Murray, ha hecho muy mal en interponerse en este asunto; yo di orden para matarlo; pero no hay que decirlo a nadie; que el que declara se dirigió de nuevo a la expresada casa y de nuevo encontró a Hand quien ya salía de ella; que al mismo tiempo llegó el Coronel Ricardo Crofton quien preguntó: en dónde está Córdoba; que entonces Hand le contestó: he aquí su sangre, alzando al mismo tiempo su sable, teñido de sangre desde la punta hasta la guarnición; que a consecuencia de este hecho el General O' Leary premió a Hand con el empleo de Primer Comandante efectivo. Que no tiene más que añadir, que lo dicho es la verdad so cargo de la palabra de honor que tiene dada.

Ricardo Portocarrero, al referirse a esta declaración dice textualmente: "En el año de 1831, después de muerto el Libertador, vino una reacción en contra de su memoria y de sus amigos y en favor de sus adversarios de cualquier naturaleza y época que éstos fueran. Esta reacción triunfante, tenía necesariamente que endiosar a Córdoba por su rebelión de 1829 (aun cuando él fuese antes el más grande enemigo de los adversarios de Bolívar) y había de esgrimir todas sus armas contra el General O' Leary y los demás amigos que habaín sido leales al Libertador. Las declaraciones de Castelli, han servido para que los historiadores de Córdoba hayan afirmado, casi todos, que O' Leary dió la orden de matarlo. El Coronel Castelli declara que la orden la dio el Ge-

neral O' Leary a Hand en presencia del General Urdaneta, para que matara a Córdoba. El General Urdaneta, por su parte, declara que oyó decir al Coronel Castelli que tal orden se había dado por O' Leary a Hand. Luego no es cierto que la orden se hubiese dado en presencia de Urdaneta y queda la aseveración de Castelli sin comprobante. Murray dice que Hand le dijo, refiriéndose a Córdoba: **yo tengo orden de matarlo**, pero no expresa de quién, ni enseñó prueba alguna. Hand pudo decir tal cosa a fin de disculpar su crimen, que es negro y aterrador; pero queda por comprobar que Hand no mentía. Es bueno hacer notar que el Coronel Castelli, cuando rindió su declaración se hallaba preso en Cartagena en el Castillo de San Felipe y temeroso de crueles represalias. O' Leary y Córdoba eran íntimos amigos; ningún odio personal existía entre ellos. Y sin enemistad personal, qué motivos tenía O' Leary para mandar asesinar a Córdoba? No habría sido más cómodo para el vencedor fusilarlo después del combate, previo un consejo de guerra? No habría sido más halagüeño para éste el traerlo prisionero para la capital? Los tribunales declararon comprobado que Hand recibió orden de asesinar a Córdoba. Pero el valor de estos comprobantes es pobre y casi nulo debido a la pasión política en ese expediente. El Tribunal del Magdalena que juzgó a Hand, era netamente antiboliviano y por consiguiente enemigo de O' Leary.

CRITICA Y JUICIO HISTORICOS, AL PROCESO CONTRA O' LEARY

Por oficio número 61 de septiembre 9 de 1831, el General José Ma. Obando, Ministro entonces de Guerra y Marina, dictó las instrucciones reservadas para el comandante general del Magdalena, José Manuel Montoya, para el proceso

por el asesinato del General José María Córdoba. El encomendó la instrucción del proceso al Sargento mayor de la plaza de Cartagena, don Fernando Losada, venezolano y antiboliviano.

Diez y seis declararon y con los dos primeros habría sido suficiente motivo para dictar fallo condenatorio contra el Comandante Ruperto Hand, dice don Miguel de Aguilera, en su folleto "Clave Política de un ruidoso proceso", en el que analiza en toda forma las cosas, hasta concluir claramente que el haber lanzado contra Daniel Florencio O' Leary la culpabilidad de haber dado orden de matar a Córdoba, es calumnia.

Y que todas aquellas frases en inglés que estamos acostumbrados a leer en la "Biografía de Córdoba" por Botero Saldarriaga, están basadas en el testimonio gravemente vulnerado de parcialidad y de invento, de dos europeos y un uruguayo.

Los testigos que declararon contra O'Leary y lanzaron contra él ese estigma han sido hallados vengativos, rencorosos, violentos y crueles unos, y otros influídos tristemente contra O' Leary, por Bolivariano, o simplemente para defenderse personalmente de castigos próximos a caer sobre ellos, como es el caso de Castelli.

Los tres testimonios que han dado lugar a la defensa del asesino de Córdoba son del general Francisco Urdaneta, Tomás Murray y Carlos Castelli.

Urdaneta, apenas un niño empezó la carrera de las armas en Guayaquil, bajo las banderas del rey de España y vino a Bogotá poco antes de 1810. Al sonar el grito de libertad, Urdaneta de 19 años se inscribió en las filas de los emancipadores. Prestó muy buenos servicios a la causa de la independencia. Pero ya vimos que cuando Córdoba entró a Antioquia, Urdaneta que desempeña-

ba el cargo de jefe militar de la provincia, cometi6 dos imprudencias: primero, atender precipitadamente insinuaciones de falsos amigos de C6rdoba para enviar a Rionegro a cogerlo preso. Esto desesper6 al gran antioque6o y entonces ya no quiso atender insinuaciones de nadie. Y segundo, entregarle a C6rdoba la plaza de Medell6n, sin combate.

Castelli habia sido aprehendido poco antes del proceso, en Antioquia, y llevado a Bogot6 sometido a seguridad de cadenas en los pies, acusado por Obando de haber ratificado en un art6culo publicado en "El Baluarte" de Bogot6, la sospecha difundida entonces de que Obando habia sido el instigador del asesinato del Mariscal Antonio Jos6 de Sucre. Los militares nombrados para juzgarle, preocupados por lisonjear a Obando, apresuraron un consejo de guerra sumario y verbal al que fue llevado como defensor el General Posada y Guti6rrez. En sus memorias, 6ste General cuenta los pormenores de este incidente y termina diciendo que se neg6 a defender a Castelli verbalmente y pidi6 se le entregase el proceso para defenderlo por escrito y se le neg6 esa petici6n. Que entonces 6l se dirigi6 al consejo de guerra reunido, mientras Castelli sentado en un banco sin espaldar, extenuado, sostenia un papel, que habia acabado de leer y era su defensa personal: "no se6ores, yo no puedo defender al coronel Castelli, pero quiero defenderos a vosotros; esto es, quiero impedir que derram6is sobre vuestra cabeza la sangre de un hombre a quien se os ha llamado a sacrificar, no porque fuera conspirador como lo fue Pi6eres, a quien acabo de ver y como lo fu6 yo. No, se6ores...: el coronel Castelli no se encuentra sentado en ese banco por conspirador, sino porque public6 un art6culo en un peri6dico en el que acusaba a los generales Obando y L6pez de asesinos del gran mariscal de Aya-

cucho... Posada y Gutiérrez, dice que al terminar estas palabras, la casa tembló bajo los aplausos del público y gritaron algunos del consejo: al orden, al orden... Aquí no hay orden que guardar, replicó Posada: todo es desorden. Vosotros no estáis constituídos en consejo de guerra, sois una junta de hombres escogidos, no para dictar una sentencia con arreglo a las leyes, sino para autorizar con vuestra firma el más odioso de los asesinatos: el asesinato disfrazado con el ropaje de justicia" ...

El testimonio de Murray ha sido estudiado a la luz de las actuaciones que tuvo en su vida y muchas manifestaciones de su carácter, para concluir que está manchado de falsedad y que él no era equilibrado, porque sus excentricidades rondaban por los vericuetos de la megalomanía o exaltación del yo", como afirma Miguel Aguilera, en el folleto que citamos.

Aguilera prueba que ese testimonio de Murray adolece de vicios que lo hacen considerar como tachable en los tres elementos técnicos de su exposición: sujeto, forma y contenido. Los motivos para glosar de parcialidad en el sujeto son: 1) necesidad de disculpar, el testigo Murray, su incapacidad para proteger la persona del indefenso herido. 2) El deseo de aparecer a los ojos de la familia Córdoba como solícito en curar la herida del ilustre guerrero, haciendo presente que mientras salía a requerir por fuera los servicios de un cirujano, Ruperto Hand ultimaba al General Córdoba. 3) El temor de perder la mano de la señorita Dolores Estrada Córdoba, sobrina del héroe, si se limitaba a declarar que por falta de valor o por consideraciones con su compatriota, había dejado asesinar a aquél. 4) El propósito de complacer políticamente a los ministros y jefes que en esos momentos estaban obsesionados con la sombra de Bolívar y sus amigos entre los cuales ocu-

paba O' Leary puesto importante. 5) La voluntad de no perder las ventajosas posiciones burocráticas adquiridas. Si Murray descarga un golpe certero sobre el brazo armado de Hand, éste no consume su crimen; si en vez de salir a llamar al cirujano regresa a la pieza donde el héroe yacía desangrándose, Hand no habría penetrado o habría tenido resistencia; si aprovecha la cooperación de O' Carr quien había desnudado su sable para castigar a Hand, el muerto habría sido éste último y no Córdoba. Murray era novio y prometido de una sobrina de Córdoba y por lo tanto lo habría despreciado si hubiese sabido que estando en su poder la salvación de su tío, no había ensayado ningún esfuerzo.

La manera como describe Murray el secreto de O' Leary, hombre de exquisita cultura, que hacía muy poco lo conocía, da a entender que es casi imposible no poseyera otros recursos para dar a conocer esa criminal resolución. Cuando leemos causas contra gentes del hampa, apenas encontramos atestaciones tan crudas y pesadas para comprometer a un rival, a un competidor, como éstas de Murray contra O' Leary.

En el testimonio de Murray hay animosidad cuando presenta a O' Leary como sujeto soez y humillado, y cuando explica con el asesinato de Córdoba el nombramiento de primer comandante afectivo a favor de Hand. Hay afectación en el tacto que despliega para narrar las circunstancias, de suerte que su posición personal, frente al héroe vencido, no se comprometa con el dictado de felonía o complacencia vil. Hay identidad preparada por la manera de curarse en salud contra los dichos de aquellos tres testigos a quienes les consta que Murray abandonó al General Córdoba para atender a la ocupación de llamar al Ge-

neral O' Leary... Luego los dos elementos esenciales de toda exposición testimonial, sujeto y forma, son malos en este caso de Murray.

Consecuente Murray con la finalidad política del proceso, o sea, con el propósito de causar el mayor mal a la reputación del muy ilustre General O' Leary y de todos los amigos del Libertador, y siendo la orden alegada por Hand el secreto para toda la conjura, era menester llevar adelante y probar todos los recursos a fin de poner de relieve el criminal mandato. Dos años antes que Murray, a raíz de la acción del Santuario, el Dr. Vicente Azuero había sugerido a Santander, desde la ciudad de Kingston, que el asesinato de Córdoba fue ordenado por O' Leary. De 1829 a 1831, nadie, fuera de Azuero hizo la imputación... Al promoverse la formación del sumario contra Hand, apareció en Cartagena, la infame versión, desconocida en absoluto en Rionegro y Medellín. Azuero y Murray trabajaban en oficinas distantes pocos metros entre sí, por la época del testimonio. Luego no era posible que la suposición hecha por Azuero sobre O' Leary, fuese mera expresión sin sentido. Y mucho menos que el ministro de Guerra y Marina, General José Ma. Obando, no ejercitase el derecho de la retaliación contra el "calumniador" O' Leary, quien le había llamado asesino de Sucre. . . Era preciso crear el amuleto mágico de la orden. En el sumario existía la prueba de oídas dada por algunos oficiales y soldados residentes en Cartagena y la exposición en inglés hecha por Hand al Cónsul de la Gran Bretaña, en la que aparecía que O' Leary le había dicho en el campo de batalla al Comandante de caballería: **Away that house, Sir, and if Córdoba is there, kill him**".

Murray quiso comprometer tan puerilmente a O' Leary que puso en sus labios las siguientes

palabras de tonto: "Ud. Murray, ha hecho muy mal en interponerse en este asunto; yo di orden a Hand para matarlo, pero no hay que decirlo a nadie"...

Ya se sabe que el "interponerse en este asunto", fue dejar asesinar a Córdoba, con gran cobardía y con aviso notificado, siendo el guardián de la persona del Héroe de Ayacucho.

"El contenido del testimonio examinado, es tan absurdo y desgraciado, como absurda y desgraciada fue la excusa que dio el declarante para permitir que el fiero Hand rematase la bella existencia de Córdoba. De ese malventurado contenido se desprenden dos terribles verdades: que el ingenuo Murray creyó que con mentarle a Hand su prosapia inglesa, depondría el acero ensobrecido; y que si Hand cumplía implacablemente su villano propósito, lo más útil y decoroso era salir a buscar a O' Leary para darle la queja de lo que dentro de la casa estaría ocurriendo. Total: ese testimonio de Murray resultó arma de dos filos que dañó al que la esgrimió, y al que la sugirió como disolvente político. El único que deriva provecho moral es el joven teniente irlandés O' Carr, de quien el testigo refiere que al oír a Hand que iba a matar a Córdoba, desenvainó su sable para impedir el crimen". (Miguel Aguilera, obra citada, página 45 y stes.).

Nadie hizo al general O' Leary el cargo de haber ordenado el asesinato de Córdoba en los días que siguieron al combate del Santuario. Fue varios años después, y con motivo del proceso por el asesinato de Córdoba.

De una carta de O' Leary a su esposa, se conocen éstos apartes: "Aquí dicen que soy muy bueno, muy suave y muy amable. Hasta la familia de Córdoba dice que me quiere. He perdonado a todos los oficiales de Córdoba. He devuelto hoy a su familia su espada y sombrero"...

PAGINA DEL HISTORIADOR RESTREPO

El historiador José Manuel Restrepo dice: "El partido político a que pertenecía Córdoba atribuyó su muerte a una orden expresa del General O' Leary, creencia que fue harto general, por un tiempo en la Nueva Granada. Apoyóse en declaraciones dadas en 1831 por los coroneles Castelli y Murray y por el general Francisco Urdaneta. Sin embargo, O' Leary ha rechazado semejante aseveración como calumniosa y ofensiva a su carácter. Asegura que el comandante Hand no conocía personalmente a Córdoba y que sólo dos días antes O' Leary había conocido a Hand; por consiguiente que era el hombre menos a propósito para comunicarle tal orden que habría dado de preferencia a otros oficiales con quienes tenía mayor confianza, o a algún sargento o cabo de sus conocidos. Tacha las declaraciones de Urdaneta y Castelli como dadas en una época en que el primero quería congraciarse con el partido político vencedor que era contrario a O' Leary, a fin de que se le reinscribiera en la lista militar. En cuanto a Castelli dice que dio su declaración para salvar su vida que estuvo al perder en 1831 y conseguir después la libertad. Además, el general O' Leary dice con razón que si él hubiera querido quitar la vida a Córdoba, lo pudo hacer con facilidad mandándole juzgar breve y sumariamente, según el decreto contra conspiradores y por haber hecho matar en Medellín a los oficiales Vélez y Herrera; que si le hubiera tomado prisionero, habría hecho lo mismo que con sus hermanos Salvador Córdoba y Manuel José Jaramillo; pedir al gobierno su indulto como premio del servicio que O' Leary acababa de prestar pacificando a Antioquia, indulto que consiguió del Libertador. La conducta clemente de O' Leary respecto

de todos los complicados en la revolución de Antioquia, su carácter bien conocido, que en la guerra de la independencia fue siempre dulce, humano y verídico, nos han persuadido de que injustamente se le atribuye la muerte del general Córdoba con la mayor imprudencia y aún locura, para saciar su desmesurada ambición”.

A Castelli se le arrancó la declaración contra O' Leary en las bóvedas de Bocachica, donde estaba cargado de cadenas por culpa de Obando y López y poco después fue puesto en libertad. El mismo le escribió a Hand, también preso en esa ciudad, aconsejándole declarara en cierto sentido, a fin de que cesaran sus padecimientos.

Por los periódicos de 1827 y 1828, se ve claramente que los enemigos de Bolívar trataron muy mal a Córdoba y lo odiaron hasta que se insubordinó contra él. Hasta ese momento fue considerado como loco, asesino, inhumano, ambicioso y por los mismos que, una vez con el mando en las manos, lo declararon inmaculado y ordenaron el proceso contra O' Leary.

Los únicos que lanzaron contra O' Leary la calumnia de que había dado orden de asesinar a Córdoba fueron: Vicente Azuero, lejos del país; luego Ruperto Hand, para defenderse y después Castelli, también para lograr su libertad. Y los últimos, dos años después del crimen.

Una carta en inglés, que se encuentra en el “Archivo Santander”, dirigida por Castelli, a Hand, poco después del arribo a Cartagena del General Francisco de Paula Santander, de regreso de su exilio, da a entender que Castelli y Hand eran amigos y deja campo libre a la conjetura de que la suerte final fue puesta bajo el patrocinio del recién llegado.

En favor de Hand se interesó desde Europa el general Pedro Alcántara Herrán. Santander, co-

mo se colige por los siguientes párrafos de una carta de 7 de diciembre de 1832, correspondió a Herrán su deseo: "Su interés por Hand lo he recibido. Yo he dado orden que se concluya brevemente y se le trate bien. No tengo malas intenciones contra ese desgraciado oficial. Ya se ha embarcado Castelli, que estaba encerrado en el Castillo de San Felipe". Aguilera concluye acertadamente: "en ninguna de las cartas y exposiciones de Santander hemos tropezado con referencia que trate de comprometer a las figuras de la emancipación por causa del crimen del Comandante Hand. Al contrario: su magnanimidad llegó hasta hacer que cesasen los tormentos en que por más de un año afligieron el cuerpo y el espíritu del delincuente; que se acelerase el fin de la causa y no sería raro también que hubiese facilitado la fuga del condenado a muerte".

Encontramos, además, muy aceptable la siguiente interpretación del crimen de Hand, tomada de la "Biografía de Córdoba" por Eduardo Posada, aparecida en un artículo de "El Heraldo" de Medellín, en 1899: Hand no cometió un asesinato frío y premeditado: la muerte del Héroe de Ayacucho fue ocasionada en el ardor del combate. De la casa donde él estaba se hacía fuego: no se querían rendir; a Hand le acababan de matar el caballo y entonces entró a tomarse la casa, con machete en mano; él no conocía a Córdoba. "Además, según testimonio del Coronel Francisco Giraldo, que presencié el crimen se da una cuenta de que realmente Hand asesinó a Córdoba en medio de la ira provocada por la muerte de su caballo y los disparos que acababan de salir de la casa. Así dice: "...la sangre que brotaba de sus heridas (Córdoba) chorreaba al suelo por los intersticios de la cama, confundida con la mía; en esta posición lo encontró el asesino Hand. Como perro de presa que husmea, apareció éste, in-

opinadamente, en la puerta, armado de su sable; estaba beodo. Dirigiendo una mirada siniestra sobre los que allí estábamos, dijo: Aquí está Córdoba? Enderezóse éste al punto, como sacudido por conmoción eléctrica. Qué quieres? le respondió. Verlo el vil mercenario, arrojarse sobre él y abrirle la cabeza de un sablazo, todo fue uno. La víctima se llevó la mano a la herida para protegerla y... un segundo sablazo le voló los dedos; el tercero que sonó opaco, como embotado por sangre, lo trajo a tierra"...

Todo aquel dramatismo, ayudado por frases en inglés que hemos leído en diversas Biografías de Córdoba, todas entresacadas de las declaraciones de Murray, Castelli y Hand, creemos, sinceramente, y con base en lo anteriormente expuesto, es mentira. Su casi exclusiva finalidad, fue, salvar a Hand, arrojando sobre O' Leary toda la culpabilidad del asesinato cobarde del "Héroe de Ayacucho", y en una época en la cual, los acérrimos enemigos de Bolívar, querían ensalzar a los héroes de la emancipación, endiosándolos un poco, quitándole algo a la gloria de Bolívar. Y eso no era necesario. Ya la historia, transcurridos tantos años, ha podido dejar brillar en todo su esplendor el sol fulgurante del Libertador, sin tratar de opacarlo. También, porque para una mente serena, es más fácil opacar el sol, amontonando tierra por oriente, que hacerle sombras.

SUERTE DE HAND

A Hand se le condenó: primero por el alcalde de Cartagena a diez años de presidio y luego en segunda instancia, por el Tribunal del Magdalena a la pena de muerte. Esta sentencia tiene fecha del 8 de agosto de 1833. Antes de que se le notificara la sentencia, se fugó de la cárcel de Cartagena y se refugió en Venezuela.

El General Joaquín Posada Gutiérrez, también defiende a O' Leary y descarga en Hand toda la responsabilidad del vil asesinato perpetrado en la persona del gran Héroe de Ayacucho, ya mortalmente herido y sin alientos. Así dice: 'Hand era un hombre de ínfima plebe de Irlanda y es sabido que todos los canallas son iguales. Perteneciente a uno de los cuerpos de voluntarios auxiliares que vinieron de Europa en 1818 había ascendido porque era valiente y había servido; hombre ignorantísimo, se disculpaba diciendo que había hecho aquello maquinalmente, para que el herido no penara más, terminando su agonía, cuya idea es muy común en la clase de gente a que por su nacimiento y educación pertenecía Hand". (Posada Gutiérrez, obra ya citada, Tomo II pág. 72).

En Mérida, en 1824 se le siguió juicio por robo en que estuvo demasiado comprometido por numerosos indicios, ya que resultó muy adinerado de la noche a la mañana. Según esos indicios, robó el dinero de la oficina que servía de tesorería. Fue absuelto como sucedía frecuentemente en esa época, cuando se trataba de oficiales al servicio de la libertad. Después del asesinato de Córdoba, también se le consideró inmune de castigo y ocupó varios puestos, entre ellos: Comandante militar de la base de Chagras, donde había presos numerosos. Pero en agosto de 1831, dos años escasos después de haberse manchado con la sangre del Héroe de Ayacucho, estalló en el castillo de Chagres una revolución, encabezada por Obadía, en favor del gobierno y en contra de los amigos de Bolívar y Urdaneta. Hand fue reducido a prisión y conducido al fuerte, por voluntarios.

Dos días después se le remitió a Cartagena para ser juzgado allí por el asesinato de Córdoba.

El ministro de guerra, General Obando, al saber en Bogotá aquella prisión, ordenó se le juzgara en Cartagena con la debida actividad.

Sus días de prisión fueron largos y duros. Primero se le condenó a diez años. El apeló y otro tribunal lo condenó a muerte, pero se aplazó la ejecución hasta que determinara sobre ella el tribunal ejecutivo, "en atención a que el delito cometido por Hand fue en circunstancias de haber salido de una acción de guerra, en que había sufrido una caída de a caballo, y por consiguiente, por el acaloramiento en que se hallaba, es presumible que no estuviera en aptitud de reflexionar".

Después, cuando le fueron a notificar la sentencia había desaparecido de la cárcel y se había fugado hacia Venezuela. El gobierno colombiano solicitó su extradición, pero el venezolano se excusó de hacerlo diciendo que era ciudadano de Venezuela antes de la existencia política de Colombia. La Historia, de aquí en adelante, nada nos dice del asesino... (Cfr. Eduardo Posada, pag. 460).

COMO MURIO CORDOBA

El Coronel Francisco Giraldo, en relato publicado en la Biografía de Córdoba de Eduardo Posada, citada varias veces, en la pág. 388 dice: "Yo estaba tendido en una camita de palos redondos, algo así como las que usan los campesinos pobres, cuando Córdoba entró ya herido, a la casa del Santuario. No bien me vio, se dirigió a mí y se dejó caer en mi cama de modo que el cuerpo le quedó atravesado sobre mis piernas y la cabeza apoyada sobre mi brazo derecho: la sangre que brotaba de sus heridas chorreaba al suelo por los intersticios de la cama, confundida con la mía; en esta posición lo encontró el asesino

Hand. Como perro de presa que husmea, apareció éste, inopinadamente, en la puerta, armado de su sable: estaba beodo. Dirigiendo una mirada siniestra sobre los que allí estábamos, dijo: Aquí está Córdoba? Enderezóse éste al punto, como sacudido por conmoción eléctrica. Qué quiere?, le respondió. Verlo el vil mercenario, arrojarse sobre él y abrirle la cabeza de un sablazo, todo fue uno. La víctima se llevó la mano a la herida para protegerla, y un segundo sablazo le voló los dedos; el tercero que sonó opaco, como embotado por sangre, lo trajo a tierra”.

Y lo remató? le preguntamos al General (escribe esto Doña María Arango del Llano, hija de José María Arango, quien estuvo como testigo presencial de la entrevista y le leyó al General Francisco Giraldo el relato de su padre, cuando ya era un anciano).

Así lo creí yo, porque todo quedó en silencio; al cabo de algún espacio de tiempo oí como en un delirio en que se percibían estas palabras entrecortadas por el estertor: “Ah cobardes... Ah cobardes...” Medio me incorporé en el lecho, y entonces se me ofreció a la vista la cosa más horrorosa: por aquel suelo terroso y desigual, lleno de charcas de sangre, estaba tendido el General ya agonizante, con los ojos empañados, el cabello hecho mechones sangrientos y cruzado por ríos de sangre medio congelada, aquel rostro tan hermoso y tan fresco como el de una niña de quince años.

—Qué hora sería ésta General?

—Serían las dos o tres de la tarde. A poco lo levantaron de allí con otros heridos y los pasaron a otra pieza. Nada más vi.

—Bien General: Cómo se explica Ud. aquello de la caja sobre la cual se asegura que fue asesinado?

—De esto yo nada sé; me figuro que estaría a los pies de la cama y como ésta era corta, al enderezarse Córdoba se resbalaría hasta ella.

—Bien General y por fin, dónde murió Córdoba?

—Tampoco sé; algunos dicen que cuando lo sacaron de la casa ya estaba muerto; otros aseguran y otros dicen que fue en un punto llamado Pantanillo. Yo sólo sé que su cadáver amaneció tirado en un zaguán de una casa de Marinilla. Es ésto lo que más duele.

—General, cómo era Córdoba?

—El General Córdoba era el hombre más buen mozo que pueda figurarse.

—Cómo era?

—Era así, así, ni alto ni bajo; tenía un porte marcial que no he visto otro; al caminar cojeaba un poquito; el óvalo de la cara era hermoso, la tez blanca y sonrosada, ojos grandes y rasgados que chispeaban; era lampiño. Tenía gran afición al baile, se enloquecía por las mujeres; con sus amigos era amable y complaciente, menos en las horas en que estaba sombrío. En el último tiempo de su vida se aficionó tanto al estudio que no soltaba el libro de sus manos; Bolívar lo quiso como a la niña de sus ojos; alguna vez le oímos decir: "Es el único militar honrado que conozco".

CORDOBA SE CONFESO?

Esto queda como un enigma en la historia, porque se han escrito y afirmado cosas tan distintas que siempre permanece la duda, ya sea en favor, ya en contra. Eso sí; se sabe, y varios historiadores lo afirman, que la víspera de su muerte, muy de mañana, estuvo hablando con el Obispo de Antioquia, Monseñor Mariano Garnica, por espacio de muchos minutos en Rionegro. Es de presumir que, sabedor de la batalla que se espe-

raba, con una fuerza el triple de la suya, formada por veteranos, seguramente temía con razón que moriría en combate, y como era católico y creyente, es fácil que se haya confesado.

José María Arango, en el folleto publicado por el año de 1898 en Medellín, (Tipografía Central), dice al respecto lo siguiente:

“Persona de crédito que presencié la extinción de aquella nobilísima vida, se produjo así:

“Ya los ojos del General se habían cerrado, mas su intelectualidad se conservaba, cuando un sacerdote de Marinilla se acercó al moribundo a ofrecerle los auxilios espirituales en estos términos: “Pepillo, quieres confesarte?” Córdoba abrió los ojos, se fijó y dijo: “No seas majadero”. Y los cerró por última vez”.

Al señor Ignacio Giraldo, maestro de la niñez santuariana durante muchas decenas de años, amante de la historia y amigo de indagar con cuantos viejos conoció en el Santuario, algunos de los cuales pudieron oír de testigos idóneos algunos de los relatos de la batalla del Santuario, le oí yo referir en mi infancia lo siguiente: El Coadjutor de Marinilla que le ofreció confesarlo fue el P. Francisco Javier Gómez enemigo de la revolución y que luchó para que los marinillos no siguieran ni apoyaran a Córdoba. Que debido a ésto era natural que al ofrecerse oírle en confesión, aún cuando fuera en la última hora, lo hubiera rechazado. Pero poco después el P. Modesto de Hoyos, se acercó a él y lo confesó... Sin embargo, otros testigos manifestaron que no se confesó ni podía hacerlo porque los sablazos fueron tan graves y mortales que su inteligencia se obnubiló y solamente pedía opio para calmar sus terribles dolores. Esto mismo afirma O' Leary en una carta enviada al Ministro Secretario de Estado en el departamento de guerra.

EL CADAVER DE CORDOBA

En ese día terrible de la muerte del General Córdoba, quedaron tendidos en el campo de El Santuario varios jefes y oficiales de tropa, doscientos soldados muertos y un número considerable de heridos, del ejército de O' Leary. Fosas comunes se hicieron para enterrar tanto cadáver. Una circunstancia muy especial coincidió para que el cadáver del General Córdoba no fuese arrastrado a las fosas comunes. Como aún palpitaba su corazón y se viera que todavía no había muerto, hubo de ocultarse su cuerpo en atención a la crueldad. Algunos caritativos hijos del Santuario, sabedores de aquel resto de vida, lo colocaron como cadáver de montaña, sobre dos leños con travesaños ligados con juncos, así lo alzaron sobre sus hombros y se dirigieron con él a Marinilla.

Hubo tiempo suficiente para el transporte a Rionegro, del cuerpo del General, al poder de su familia; pero aquellos generosos campesinos dieron por terminada su caritativa misión en Marinilla donde descargaron la improvisada parihuela. Algunos vecinos de ésta ciudad, completaron la obra; colocaron el cadáver ensangrentado en estrecho pasadizo de una de las calles de la población, distante media cuadra de la plaza.¹

Era párroco de Marinilla, en ese entonces, el Dr. Jorge Ramón de Posada y su coadjutor Javier Gómez. El primero era gran amigo del General y lo había ayudado en forma sorprendente, 10 años antes para la independencia. Pero, ahora, ambos se declararon enemigos de la revolución. Marinilla toda, con pocas excepciones, también se declaró enemiga. Por eso las gentes an-

1 "Estudios Históricos" por Laureano García O. Bogotá

daban fugitivas en los campos y la ciudad estaba casi desierta. El General Francisco Giraldo contaba que cuando iban hacia El Peñol, Córdoba se encontró sorpresivamente con el Dr. Jorge Ramón Posada y algunos feligreses fugitivos. Que a un ceremonioso saludo del sacerdote, Córdoba le contestó: "Dr., si sabe que perdí, que repiquen las campanas de su iglesia; pero si gané, que doblen". Por miedo de la revolución y sobre todo por no participar en ella, cuando el cadáver del General Córdoba llegó ya de noche a Marinilla, en brazos de dos campesinos santuarianos que lo llevaron a órdenes de Don Sinforoso García quien desde Rionegro acudió rápidamente al Santuario cuando supo la derrota y heridas de su amigo, no encontraron gente en las casas, y tuvieron que depositarlo en un zaguán. Más tarde se facilitó la casa de Dn. Pedro Ruiz para velarlo, porque Dn. Sinforoso no pudo continuar con ese cadáver descompuesto y no pudieron seguir; entonces el Dr. Jorge Ramón de Posada le hizo el entierro de primera clase y fue sepultado en el cementerio de Marinilla.

CARTA PASTORAL

Poco después de la batalla del Santuario, el 30 de octubre de 1829, el Ilustrísimo Sr. Obispo de Antioquia, Fray Garnica, desde su Audiencia Episcopal de Rionegro, publicó una Carta Pastoral, de la cual extractamos los siguientes apartes:

"A los venerables curas y demás fieles de nuestra Diócesis, Salud y Bendición en N. S. J.

Quiera el cielo que los males que hemos sufrido el 12 de septiembre hasta el 17 del corriente, se tengan presentes en lo sucesivo. Las poblaciones desiertas, las gentes fugitivas por los montes, expuestas a toda clase de penalidades; tan-

tas familias desamparadas, tantas violencias, tantas vejaciones, y tantos temores y sobresaltos, con el funesto eco de la guerra que por todas partes asomaba.

Y es poco lo que sufrió la religión en estos días de desorden y de anarquía? Interrumpida la celebración de los Divinos Misterios, por el horror y espanto que imponían las conspiraciones militares retraídos los fieles de asistir al Santo Sacrificio de la Misa, porque en los mismos templos eran asechados y perseguidos por los agentes de la desgraciada libertad; la casa de Dios, el lugar santo en donde habita la Majestad Divina y en donde nos ha ofrecido que oirá nuestros ruegos con preferencia; la Iglesia, digo, la Parroquial del Peñol profanada y convertida en cuartel y la Capilla de Chiquinquirá del Santuario, hecha casi el campo de batalla. Qué ejemplo tan triste el ver allanada la casa de Dios y convertido en teatro de guerra el asilo de la reconciliación y de la paz.

Apartemos la vista del campo del Santuario, cubierto de cadáveres y mucho más horroroso por los lamentos de los heridos, que claman por los últimos socorros de la Iglesia y conocerán entonces su temeridad, en no haberse dispuesto para aquel lance decisivo para su suerte eterna. Apartemos la vista de un General esforzado y joven que era toda la esperanza de su familia y la honra de esta provincia, despedazado y anegado en su sangre, víctima de sus caprichos; y de sus conciudadanos y amigos que no supieron contenerle en sus arrebatos, por la razón o por la fuerza y objeto de compasión y de lástima por todas las circunstancias de su muerte.

Por desgracia se apoderó la discordia de la imprenta y este vehículo precioso, por donde se difunden la ilustración y las luces, sólo se em-

pleó en inmoralizar a los pueblos fomentando las rencillas y los odios, desorganizando el sistema de hacienda y llenando de injurias atroces al Padre y Libertador de Colombia y a los agentes del gobierno, paternal y benéfico, que él mismo estableció en los días de una completa disolución de la república”.

OTROS TESTIGOS DEL ASESINATO DE CORDOBA

Junto con el testimonio del General Francisco Giraldo, testigo presencial del asesinato del “Héroe de Ayacucho”, es muy pródigo en luces sobre el crimen, el del capitán Escalante, oficial de Córdoba en la “Batalla del Santuario”, porque tiene atestaciones claras, lo recomienda su hoja de servicios y fue testigo también del asesinato.

“Dice, al ser interrogado, que conoce a Ruperto Hand como Comandante de los ejércitos de la república de Colombia, que ha oído decir que está preso en Cartagena por enemigo del gobierno legítimo y por el asesinato cometido en la persona del benemérito General de División José Ma. Córdoba, después de concluida la acción del Santuario, en el departamento de Antioquia. Luego dice que Murray después de ver inválido y rendido al general Córdoba, salió por encargo de éste, acompañado de cuatro soldados a llamar al general O’ Leary para una entrevista con el jefe vencido. “Que inmediatamente entró otro oficial a quien tampoco conoció; que este oficial preguntó cuál era el General Córdoba; que el mismo señor General que se hallaba recostado sobre una cama respondió: “Yo soy el General Córdoba, aquí me tiene Ud.”; que en seguida aquel oficial le contestó con palabras groseras e insultantes, descargándole al mismo tiempo, con el sable que llevaba desnudo en la mano, un golpe en la cabe-

za, estando su señoría descuidado y muy ajeno a este suceso, pues tanto dicho señor, como los demás que estábamos con su señoría, nos hallábamos desarmados por juzgarnos prisioneros; que con el golpe que recibió en la cabeza volvió a mirar con desembarazo al oficial que lo hería, a tiempo que éste descargaba el segundo golpe, el que el señor General trató de evitar con la mano derecha, pero que éste fue con tanta furia que le cortó los tres primeros dedos de aquella mano; que enseguida le dio un tercer golpe, tan fuerte que no solamente le partió el cráneo, sino que también se enterró el sable como cuatro dedos en la pared a la cual estaba inmediato el señor General; que el declarante supuso que con este último golpe había quedado enteramente muerto dicho señor General, sin embargo de que los golpes anteriores no fueron de menor gravedad, porque al recibir éste golpe cayó de la cama al suelo echando borbotones de sangre por las heridas; que aquel oficial luego que ejecutó cuanto lleva dicho se dirigió a él, que estaba inmediato al benemérito señor General Córdoba y le preguntó quién era; que él contestó: "soy el teniente Francisco Escalante", que en este estado se retiró el referido oficial y enseguida entró otro que tampoco conoció; que a éste dijo le presentase al señor General O' Leary; que al salir de la pieza en que se hallaba el que declara, tuvo que pasar por encima del cuerpo del señor General Córdoba que creía ya muerto. Que al declarante lo incorporaron entre la fila de los vencedores y deseoso de saber cómo se llamaba aquel oficial que a su presencia cometió el horrible atentado en la persona del benemérito señor General Córdoba, preguntó con disimulo al oficial Salom, señalándole al mismo asesino que a la sazón pasaba inmediato; que el oficial Salom le dijo que era el Comandante Ruperto Hand; que todo esto sucedió el

día 17 de octubre del año 1829 como a las dos de la tarde, poco más o menos. Preguntado si sabe que entre el señor General y el Comandante Hand hubiese algún resentimiento, así en aquella ocasión o anteriormente, y si el Comandante Hand ejecutó el asesinato por sí solo o por mandato de algún jefe superior, dijo que ignora que entre los dos hubiesen tenido ninguna desavenencia; que al mismo tiempo que Hand asesinó al benemérito señor General, lo insultaba como lleva dicho y que el señor General no le dijo la más pequeña cosa de que se pudiera agraviarse el Comandante Hand; que ignora que dicho Comandante fuese mandado por otro superior para cometer aquel hecho; que lo cierto es que el Comandante Hand lo asesinó como lleva declarado, sin que le quede duda alguna. Preguntado si vio muerto al General Córdoba, contestó que habiendo vuelto el declarante prisionero a la misma casa en que se hallaba el señor General, aunque en distinto cuarto oyó que el señor General llamaba alguno de sus compañeros; que el declarante pidió permiso al oficial de guardia para ir a atender a dicho señor, el cual concedido se aproximó y lo sentó, por haberlo así pedido su señoría; y que a ese tiempo suplicaba dicho señor al que declara lo hiciese acabar de matar; que su señoría pidió un poco de agua y que habiéndola tomado le sobrevino un desmayo con que pareció haber ya muerto; que en ese estado el declarante volvió a su prisión, que a poco rato volvió a oír hablar a dicho señor General y habiendo segunda vez pedido licencia, se acercó a dicho General, oyó que decía con una voz débil: "Avancen coronetas, toquen paso de ataque. Muchachos, a la bayoneta, que los enemigos son pocos y cobardes. ¡¡Viva la Libertad!!" Que hablando de este modo exhaló el último suspiro, que inmediatamente entraron algunos oficiales de la tropa ven-

cedora a ver el cadáver de aquel benemérito General"... Este testimonio coincide tan admirablemente con el del general Francisco Giraldo, testigo también presencial, que se muestra como el más fiel, impresionante y equilibrado. Es bueno saber que Escalante, según consta en las "Memorias de José Hilario López" fue enviado por éste desde Popayán y con rapidez, dejando su oficio de comerciante, al saber la manera como se expresaba Córdoba en su camino hacia Antioquia, para manifestarle que él (José Hilario López) no le ayudaría en su intento; que no emprendiese por entonces nada hasta ver el resultado del congreso Constituyente, próximo a reunirse. Escalante llegó a Rionegro, inclusive con una esquila de López y le anunció el objeto de su misión a lo que Córdoba contestó: "Ya es tarde, la revolución está hecha y es necesario hacerla marchar" y colocó a Escalante entre sus oficiales.

La declaración de José Gabriel-Salom, que estaba bajo las órdenes de O' Leary, coincide con la de Escalante, porque fue testigo presencial del asesinato, ya que se encontraba en la casa donde estaba el General herido tratando de poner orden en un motín de soldados de su compañía. Cerca de cuatro horas permaneció junto al lecho donde se revolvía en cruel tortura el agonizante Córdoba. Y también afirma que ignora del todo si el Comandante Hand fue mandado por otra persona a cometer el crimen.

Las declaraciones de Juan Antonio Montoya y Pedro Sáenz, de Rionegro, que solamente dijeron lo que habían oído de vencedores y vencidos, a los pocos días en su propia tierra, afirman solamente que todos señalaban a Hand como asesino de Córdoba, y que el lugar que citaban todos era una casa que había en ese lugar.

El General Francisco Giraldo Arias, Edecán de Córdoba, en declaración de 26 de septiembre

de 1831, a raíz de este proceso declaró que en cuanto cruzaron algunas palabras el Coronel Murray el General Córdoba, en el lugar donde éste se encontraba con una herida que lo puso fuera de combate, el General Córdoba le suplicó al Coronel Murray que le llamase al General O' Leary, pues quería hablar con él. El Coronel Murray le preguntó al General Córdoba si se declaraba rendido, a lo cual contestó afirmativamente el General Córdoba. En vista de ésta respuesta, el Coronel Murray le prometió que iría a llamar al General O' Leary, marchándose al efecto... Antonio Navarro declara lo mismo que Giraldo. Aguilera, que estudia muy detenidamente este proceso, dice que con las solas declaraciones de Francisco Giraldo y Escalante, habría habido méritos suficientes para sacrificar sumariamente a Hand... Pero era menester agotar los trámites hasta hacerle atmósfera al embuste demoledor del prestigio de O' Leary. Además, los abogados de Cartagena se excusaron de prestar su contingente en la asesoría de tan bochornosa causa, tal vez, porque no querían ser el grano de arena en el ojo vendado de la justicia.

Hand echa, naturalmente, todo el peso de la responsabilidad sobre los hombros de O' Leary, al informar el 23 de agosto de 1831, al cónsul británico sobre el suceso, pues dice allí textualmente: "At this moment I met O' Leary. Away that house, Sir, said he, and if Córdoba is there, kill him". (Afuera, los de esa casa, señor, y si Córdoba está, mátelo). Aún creyendo esto, O' Leary no sabía ciertamente si Córdoba estaba allí. Después, en la indagatoria, aconsejado tal vez por algún abogado, manifestó: "O' Leary del modo más imperioso me ordenó: Córdoba está allí; acométale y mátelo al momento". Hay pues contradicción entre lo narrado por Hand al cónsul inglés y lo referido al instructor. El jurista en casos así,

le pasa raya a lo uno y a lo otro. Además, Hand calumnia al mismo Córdoba a quien asesinó, cuando afirma:

As I glanced my eye upon him I saw him distinctly drawing a pistol from his breeches pocket with intent to shoot me, I rushed upon and instantly sabred him" (En cuanto le dirigí la mirada, vi claramente que sacó una pistola del bolsillo de sus pantalones con la intención de dispararme. Me arrojé sobre él y lo herí con el sable).

Aquí ya trata de cohonestar su infame crimen, como si estuviera defendiéndose justamente de una agresión. Y ha dicho antes que recibió orden perentoria de matarlo.

LAS VICEVERSAS DE LA VIDA

Tremendas y pavorosas reflexiones nos trae a la memoria, el final casi de todos los guerreros del mundo. El pedestal de su gloria se fabrica con los despojos, por así decirlo, de miles de enemigos. En su carrera de triunfos, se celebran las fiestas de la victoria, en todas partes, a poco de las grandes batallas, por sobre centenares o miles de cadáveres que se sepultan o incineran y luego se arrojan a la fosa común, los pobres huesos revueltos. Mientras los admiradores de todo guerrero, lo aclaman con vítores y músicas, con fiestas mundanas, con bailes, licores y placeres, en el mismo lugar de estos festivales, hay centenares o miles de hogares a donde llegan los ecos del festín de la victoria, a mezclarse con los sollozos, desesperaciones y lágrimas de la orfandad, la viudez o el desamparo de los seres queridos sacrificados. Toda victoria de las armas está cerrada en un paréntesis macabro: sangre humana derramada a torrentes, lo abre, y luego lo cierra un río de lágrimas que empapa fríamente los párpados de los familiares de las víctimas.

Me he propuesto repasar la suerte final de todos los guerreros famosos de la historia: a unos los veo perecer cobardemente asesinados como a nuestro joven héroe, sin funerales, sin cámara ardiente, sin familiares que ofrenden a sus despojos mortales el rito universal y sagrado de la tristeza y de las lágrimas, para luego recibir sepultura oscura y a oscuras en el cementerio de un pueblo que no lo quiere, a cuyas autoridades ha amenazado con un incendio en un instante de arrebato colérico un día antes, mientras a pocos kilómetros hay familiares y una ciudad que lo lloran y lo idolatran.

Recodemos no más los dos últimos años de la vida del Libertador; el odio profundo que lo acompaña, apenas acabada la obra emancipadora, por el fulgor de su espada victoriosa y el influjo potente de su inteligencia genial; el desmoronamiento catastrófico de las repúblicas que él formó de la nada; la insurrección de sus generales y oficiales, que meses antes lo aclamaban y llamaban "Mi adorado Presidente General"; una ciudad que lo idolatró y lo recibió como un dios terreno, Bogotá, lo despidió con insultos de la plebe, ante la mirada indiferente, inmensamente indiferente de todos, cuando decepcionado y calumniado, enfermo y próximo a la muerte, de ella se retiró y otra ciudad, la que mecía su cuna y también lo aclamó y vitoreó como a dios, le cierra las puertas, que él desea le abran, para que se apague la lumbre de sus ojos, donde se abrieron a la libertad de la vida.

Sucre, el más amable, atrayente y noble de nuestros grandes guerreros de la independencia, se ve acribillado, en sus últimos días por el deshonor y seguramente por los celos, causados a su alma diamantina por la mala mujer que no supo serle fiel a la hora del bélico descanso. Y

muere a mansalva, traspasado su cerebro por balas disparadas desde la maraña y recibe sepultura, también oscura y a oscuras.

Obando, el General contradictorio, como contradictoria ha sido su memoria, que a unos historiadores les merece calificativos semejantes a los que ahora dedicamos a los bandoleros oscuros de nuestra patria y a otros ditirambos y alabanzas desmedidas, muere mientras huye, despedazado su cuerpo a innúmeros lanzazos y arrebatado con violencia de su rostro el labio superior con el mostacho, como trofeo de guerra.

Si fuera a emplear un criterio providencialista, diría que sobre la cabeza de todos los violentos del mundo, se cierne el espectro de la violencia, para arroparlos con manto tenebroso y lacerante en los últimos días de su vida, en castigo de lo que hicieron sufrir, injustamente muchas veces.

Lo he visto y lo atestigo: los superiores de los órdenes todos que han recibido el don de mando y al emplearlo, se exceden y hacen sufrir, pasar horas de amargura, de espanto, de dolor; de humillación y de desprecio a millares de sus súbditos, tarde o temprano reciben tratamiento igual o superior a ellos. Y una vez padecen la angustia y casi siempre en la tarde de su vida, que muchas veces y a muchos de sus súbditos, poco simpáticos, hicieron padecer con injusticia.

Los poderosos, poderosamente son atormentados; los violentos, con violencia son tratados cuando menos y de quien menos lo piensan; los injustos y amigos de denigrar y destrozarse reputaciones, antes de morir tienen que contemplar el pedestal de su fama, levantado con enormes sacrificios, destrozado también; los que gobiernan con petulancia y con orgullo se imponen a sus súbditos, encuentran, cuando no lo piensan a un

petulante y a un soberbio que se les impone a ellos y por fin sufren el efecto humillante de la petulancia, y del orgullo que emplearon tantas veces en su vida, para gobernar a los demás.

Córdoba se perdió cuando más lo necesitaba la patria, nacida con la ayuda decisiva de su coraje y de su espada. El mismo estilo y redacción de sus proclamas, misivas y epístolas, nos demuestra que había logrado estudiar bastante, en los últimos años, como lo atestiguan varios amigos personales. Era un hombre sobremanera inteligente; de indómito valor, de arrojo militar poco común en la historia de los guerreros. Ya le iba a tocar el lugar al estadista, cuando entró en su alma el demonio del odio y lo arrojó a la aventura y en ella se eclipsó.

Hay una nota irónica y humillante en el final de nuestro héroe, y es el hecho de haber sido, casi todos los jefes del ejército que lo venció, extranjeros. Haber sido un extranjero, de ínfima categoría social su asesino y haberse oído en el campo del Santuario, en esa tarde melancólica, momentos antes de sentirse el golpe seco del sable homicida sobre la frente del Héroe de Ayacucho, el idioma inglés, mezclado a los reniegos de un borracho, enloquecido por la ira y sediento de venganza.

SEPULCRO Y GLORIA DEL GENERAL JOSE MARIA CORDOBA

Poco antes de los cuatro años de haber muerto Córdoba, en una noche de mayo de 1833, el Coronel Salvador Córdoba, su hermano; Don Manuel Jaramillo su cuñado; Francisco Bernal y el comandante José María Arango, soldado sobreviviente en la batalla del Santuario, entraron al cementerio de Marinilla a exhumar los restos del Héroe de Ayacucho. Descubierta el cráneo nota-

ran en él algunas roturas que recordaron los sa-
blazos de Hand. Con cuidado se examinaron los
huesos de la mano derecha y se encontró otra se-
ñal que se buscaba: debían faltarle los dedos cor-
dial, anular y meñique, confundidos con la sangre,
en el polvo de la casa del Santuario, y en efecto
le faltaban.

Llevados los restos a Rionegro fueron ex-
puestos en la casa de su madre, Doña Pascuala
Muñoz, para que los rionegreros les rindieran ho-
menaje y oraran por el descanso eterno del alma
del General.

Luego fueron conducidos a la capilla de Je-
sús; de la misma ciudad, y hasta las once de la
noche continuaron desfilando los habitantes an-
te sus despojos mortales. Al día siguiente, a las 9
de la mañana, se hicieron en el templo Parroquial
exequias solemnes a las cuales asistieron todos
los notables de Rionegro. Luego, en desfile fúne-
bre, se condujeron al cementerio Parroquial y a-
llí en la capilla del mismo y provisionalmente,
fueron sepultados en una bóveda.¹

El Congreso Constitucional dictó la ley del
27 de junio de 1898 en la que dispuso la erección
de un monumento, a la memoria del General Cór-
doba. Eregido el pedestal por Rionegro, el mo-
numento de mármol donado por el Congreso que
remata en una urna preciosa, guarda definitiva-
mente los restos del Bravo León de Ayacucho.

El monumento se encuentra a la entrada del
cementerio de Rionegro y al terminar una pe-
queña colina que a él conduce. En la cara del
frente se lee, grabado en mármol, lo siguiente:

A CORDOBA EL VENCEDOR DE AYACUCHO
1799 — 1829

1. "El Constitucional", Medellín N° 1 de abril, 22 de 1832.

EL CONGRESO DE COLOMBIA 1898

En placas de mármol están estampados los nombres de las principales batallas en que estuvo durante su vida así: El Palo, Cachirí, El Corral, Los Toros... A la derecha, Sombreros, Cojedes, Paipa, Vargas, Gómez. En la cara del frente, mirando a la ciudad de Rionegro, en la parte de abajo tiene grabadas estas dos inscripciones:

"A JOSE MARIA CORDOBA HIJO DISTINGUIDO DE ANTIOQUIA, EL CONGRESO DE COLOMBIA".

Debajo esta otra:

"RIONEGRO A JOSE MARIA CORDOBA".

Y en la parte alta, cerca a la urna que contiene sus restos están estampados los nombres de estas otras batallas en que se cubrió de gloria: A la izquierda: BOYACA, CHORROS BLANCOS, ZARAGOZA, MAJAGUAL, MOMPOX, y a la derecha: TENERIFE, CARTAGENA, PICHINCHA, JUNIN, AYACUCHO.

Con motivo del centenario de su muerte, fueron exhumados los restos y expuestos en distintos lugares de Rionegro en una preciosa urna de madera, fabricada y donada por A. Orrego. En 1954, cuando reformaron y arreglaron el monumento, que estaba deteriorado, nuevamente expusieron los restos en la misma urna.

CORDOBA IDOLO DE RIONEGRO

Rionegro y sus gentes, durante los 136 años que han transcurrido desde que la vida de Córdoba fue apagada violentamente en el Santuario, tras la aventura atrevida y loca con que soñó, no han cesado de tributarlo honor, gloria y fama.

Córdoba consideró siempre a Rionegro como su tierra y la amó entrañablemente; allí pasó los años de la infancia y primera adolescencia; allí recibió instrucción y lecciones de hombres, gi-

gantes de la Patria, como Caldas y Juan del Corral: a ella llegó lleno de gloria en la edad vibrante de los 21 años, poco después de la batalla de Boyacá y como jefe supremo de Antioquia; allí estuvo nuevamente, todavía con los laureles frescos de Ayacucho sobre su frente; allí vivieron sus padres y allí murieron y en su cementerio reposan sus restos cerca a los suyos; a ésta ciudad amada vino, embriagado por el anhelo imposible de destronar a Bolívar, y allí organizó la toma de Medellín y la revolución y finalmente de allí partió al encuentro de O' Leary, la víspera de la batalla del Santuario, donde murió a manos de Hand, tras lucha feroz en que se batió como un león soberbio, resuelto a vencer o morir...

Hasta 1965 en el centro del parque principal de la Plaza de Rionegro, donde tantas veces instruyó y arengó soldados, estuvo la estatua de Córdoba en actitud reposada, como para recordar las horas dulces y amables que pasó al lado de su madre en el pueblo de sus afectos, con una placa que dice:

A CORDOBA EL VENCEDOR DE AYACUCHO
1799 — 1829
EL CONGRESO DE COLOMBIA
1898.¹

En la casa de la Constitución de Rionegro guardan muchos objetos y cartas de José María Córdoba y se encuentran dos oleografías distintas del Héroe de Ayacucho, la urna de madera artísticamente tallada por A. Orrego, en la cual han estado por dos ocasiones y durante varios días, expuestos sus restos; una oleografía del Capitán Francisco Villa, edecán, el catalejo o antejo de larga vista empleado por él en la batalla del San-

¹ Este monumento se trasladó a San Antonio, corregimiento de Rionegro en 1965.

tuario, un retrato de doña Pascuala Muñoz, su madre; la proclama a los Antioqueños cuando se declaró jefe supremo del ejército de la Libertad, pocos días antes de morir, y distintas proposiciones laudatorias en edición de lujo, y de distintas entidades, para honra del General.

Una de esas proposiciones, bellamente enmarcada, es la del Senado de 1929, con motivo del centenario de la muerte de Córdoba y que dice:

"El Senado de la República consagra en esta fecha un recuerdo a la ilustre memoria del General José María Córdoba, con motivo del Primer Centenario de su muerte y recomienda su constante amor a la libertad como digno del más alto ejemplo. Su muerte misma no fue sino la consecuencia de su adhesión a las normas constitucionales de la República naciente, a cuya creación había contribuido como el más bravo de los Generales de Colombia.

Bogotá, octubre 16 de 1929"

Para perpetuar la memoria del más bravo de los Generales de Colombia, Rionegro ha bautizado con su nombre el Liceo Departamental, la Plaza principal, el Teatro y una de las calles más centrales. En el corazón de todo estudiante rionegrero, desde la escuela primaria, arde la llama de la admiración por él. Cuando los jóvenes del Liceo Departamental adelantan en los estudios sobre la Historia de Colombia, se informan más pormenorizadamente sobre los momentos de esa vida; investigan la campaña libertadora, en la cual Córdoba, junto con Sucre y Santander, formaron, al lado de Bolívar, el cuadrilátero guerrero más admirable que tenga la historia de cinco naciones libertadas con sus espadas. Preocupados por la gloria de su héroe, aprietan la inteligencia hasta para disminuír las faltas y yerros que como hombre y militar de genio altivo, iracundo e impulsivo, alcanzó a cometer.

Monseñor Carrasquilla dice: "A los hombres mediocres, que brillan un instante, es preciso tributarles pronto los más póstumos honores, antes que se borren de la memoria de las gentes. Los varones inmortales pueden aguardar siglos la justicia de la Historia y la gratitud del género humano".

Un poco antes de los ciento treinta años de haber muerto oscuramente el General Córdoba, una porción considerable, rica y floreciente del Departamento de Bolívar, fue hecha Departamento, el número diez y seis, y tomó el nombre del Héroe de Ayacucho. Y recibió de Antioquia, el Departamento donde nació y murió, la imagen en bronce del joven y valiente guerrero de la Independencia. Me parece admirable la coincidencia de haberse formado éste departamento, con territorio del departamento de Bolívar. Al fin y al cabo, estos dos hombres se amaron demasiado, aún cuando se odiaron para morir.

Ya mucho antes, para el centenario de su muerte, Rionegro la ciudad por él querida e idolatrada, en donde poco antes de la batalla del Santuario respondió al Coronel José María Montoya, su paisano: "Si es imposible vencer no es imposible morir", le erigió también estatua al egregio entre sus hijos. Concepción en donde se nació su cuna, también por conducto del Congreso nacional, erigió otra estatua en bronce, en la plaza principal. El Santuario, erigió un busto de bronce, obra de Marco Tobón Mejía, en el sitio por donde pasó ya herido y desangrándose después del combate final de su vida, hacia la casa de teja donde fue asesinado por Ruperto Hand. Tiene un gesto sombrío de amargura definitiva en el rostro.

EL CORDOBA DE ARENAS BETANCUR

En 1964, los notables de Rionegro erigieron una estatua famosa, obra del escultor colombiano Rodrigo Arenas Betancur, que fue inaugurada con gran pompa, asistencia de personalidades y muchedumbres y discurso del Presidente de la República, Guillermo León Valencia.

Creemos que este grupo escultórico es el mejor que hay en Colombia y que idealiza en forma más estupenda y elocuente el momento victorioso de una batalla grande... Representa a Córdoba en el instante decisivo de la más grande de las batallas de América, Ayacucho, cuando hizo invencibles a sus soldados con la voz histórica: "Soldados; armas a discreción; de frente. Paso de vencedores". El héroe está semidesnudo, en brioso corciel de guerra de crines desplegadas por el viento, sin bridas y sin estribos, dando un salto en el vacío, con la espada desnuda lanzada hacia adelante, señalando al enemigo y un gesto grandioso en el rostro vuelto hacia atrás con la boca inmensamente abierta y el brazo izquierdo levantado como bandera, mientras un bosque de banderas desplegadas, que semejan el pegaso de la mitología, empujan hacia adelante, sostenidas por los hombros de soldados y esclavos armados de lanzas. El artista logró plasmar en forma tan perfecta la grandiosidad y alcance de la batalla de Ayacucho y el valor incomparable de Córdoba en todas las batallas, hasta en la última que terminó con su derrota en El Santuario, que bien podría ponerse al pie una placa con el pensamiento del inmenso poeta Guillermo Valencia, escrito en el libro de autógrafos de la Casa de Córdoba en El Santuario: "Córdoba es la cifra y compendio de la gloria militar posible.. Sus mismos pies borrarón el camino que dejó su espada y sobre él está escrito: imposibilidad..."

CASA DE CORDOBA Y PEQUEÑO MUSEO EN EL SANTUARIO

En el sitio preciso donde existía la casa de tapias y tejas, donde fue ultimado José Ma. Córdoba, se levantó después otra casa de dos pisos en la que se conservó, en el sitio auténtico, una pieza para pequeño Museo y recordación del hecho sangriento.

Esa casa de dos pisos (tapias y bahareque) fue derrumbada en 1963 con el fin de construir un edificio con auxilios de la nación, ya definitivo, que está para concluir.

En el sitio que ocupa la pieza donde se refugió, ya mal herido después de la derrota el "Héroe de Ayacucho" y donde fue ultimado a sablazos por Ruperto Hand, se ha organizado el pequeño Museo que desde hace muchos años conserva El Santuario para la curiosidad de los visitantes o turistas.

Las prendas que allí se exponen en una vitrina, fueron obsequiadas por el Museo de Zea de Medellín. Las prendas son: el sombrero de alas anchas, del General, una chaqueta de color azul; una anforita de cristal con cabellos, un retrato de Dña. Pascuala Muñoz de Córdoba, madre de él; una cartuchera de su propiedad y unas bolsas con tierra de los campos de Ayacucho, Pichincha y El Palo, y otros lugares, donde en batallas famosas, se hizo inmortal para la historia de la patria.

También se conservan dos puertas viejas y con perforación de balas, que tenía la casa primitiva y la tapa del granero, sobre la cual cayó Córdoba después del tercer sablazo de Hand.

Oleografías que adornan el salón son las siguientes: Una, del General Córdoba, grande y de hermoso colorido, obra del artista santuarioano, Floro Ezequiel Zuluaga; otra obra del coronel

Francisco Duque, y que es una alegoría que muestra a Córdoba tendido en un campo verde, destrozada y sangrante la cabeza y cortados tres dedos de la mano derecha, de uniforme azul y botas de caballería. Encima del cuadro un ángel con la trompeta en su boca y una corona de laurel en la mano izquierda. Debajo del cuadro esta leyenda: "El Héroe de Ayacucho en el campo de El Santuario".

Primitivamente el cuadro mostraba a Córdoba de alpargatas, hasta que un visitante, Camilo Botero Guerra, dejó en el Libro de Autógrafos este pensamiento: "Oh Córdoba, cómo me duele verte en ese cuadro de alpargatas, en lugar de tus botas militares de caballería. Ojalá el Santuario algún día te haga justicia". Poco después, fue informado el coronel Francisco Duque y vino al Santuario para pintar las botas de caballería.

Una oleografía de la casa primitiva y auténtica, de un solo piso y otra del General Francisco Giraldo Arias, edecán de Córdoba.

LIBRO DE AUTOGRAFOS

En 1829 se abrió un cuaderno sumamente modesto y sencillo, para que los turistas consignaran sus firmas o pensamientos, al visitar el lugar. Y como los pensamientos allí escritos y suscritos, pertenecen a varios personajes de valía nacional; se ha deteriorado casi completamente, por constante uso y abuso. Hubo necesidad de rescatar el pensamiento de puño y letra del inmenso poeta Guillermo Valencia y se enmarcó y protegió con vidrio.

Y luego, se dedicó a Libro de autógrafos uno grande y mejor presentado que el cuadernito primitivo, ya casi destruido y repleto de la mugre de miles de visitantes, a través de 36 años.

En general, falta en ese Museo la mano delicada y curiosa de una mujer, que enmarque y proteja los pocos pensamientos que han quedado en buen estado, y con firmas de mérito. Y ojalá un álbum recordatorio con fotografías, de ciertos lugares de El Santuario, personajes vinculados a la Casa, concentraciones patrióticas, reproducciones de periódicos de la época del centenario de la muerte del General y otras circunstancias, especialmente dedicadas a la conmemoración del hecho luctuoso para la patria. Y que ese álbum, sea también parte del Museo. Y hace falta que, en un pergamino y con letra de molde o de estilo se escriba la descripción de la batalla, que se conserva en la "Biografía de Córdoba" por Eduardo Posada. También, en la misma forma debieran estar: la Proclama a los Antioqueños del General Córdoba, al comenzar esa revolución y las copias de las cartas famosas por él suscritas, en los días que antecedieron a esa revolución. Y la colección de las Biografías de Córdoba que se han escrito, en una pequeña Biblioteca sobre el "Héroe de Ayacucho".

Esperamos que el Arquitecto encargado de la terminación del edificio en Santuario, le ponga interés y patriotismo para ambientar y organizar, en la forma mejor posible, todo lo concerniente al sitio en que fue ultimado el "Héroe de Ayacucho" y a la presentación de los objetos del Museo.

PENSAMIENTOS

Transcribimos algunos pensamientos suscritos por personajes conocidos:

"Córdoba es la cifra y compendio de la gloria militar posible. Sus mismos pies borrarón el camino que dejó su espalda y sobre él está escrito: imposibilidad". (Guillermo Valencia).

"Firmo en el calvario de la democracia". (Carlos E. Restrepo).

"Aquí no fue el calvario de la democracia, sino su cuna". (Carlos Uribe Echeverri).

"Más admirable que al escalar el supremo pínaculo de la gloria en Ayacucho, se nos ofrece cuando auténtico fundador de la república civil, arroja como un ciudadano de la antigua Roma su carga de laureles en homenaje a la ley". (J. E. Gaitán).

"El mimado de la gloria se embriagó en ella, Morir como Córdoba es el mayor de los martirios, pero eso es la democracia: crimen o corona. He visto la estela luminosa que dejó su paso desde las faldas del Pichincha hasta este sitio en donde no cabe tanta grandeza. Pero bien está aquí, custodiado por el pueblo antioqueño, sangre de su sangre y alma de su alma" (José Ignacio Vernaza).

"Córdoba: fuiste como el águila que no se arrastra ni aún en la agonía: que recoge sus alas ambiciosas de infinito y sus pupilas no se tornan turbias sino rojas, queriendo copiar los últimos tintes del sol en el ocaso. Las tuyas copiaron los fulgores de tu mortal batalla. Libertador... Y Córdoba... y O' Leary". (Jaime Holguín Caro).

"Como héroe de la juventud era Córdoba todo un antioqueño. O sea: ponía a los héroes por sobre las leyes". (Fernando González).

"General Córdoba: aquí en esta casa de tu holocausto, contemplando las manchas de tu sangre evaporada, he oído de nuevo las dianas de Junín y el trueno fecundo de tu voz, que desde el fondo de la historia nos grita todavía la orden inmortal tuya en Ayacucho, para todas las grandes empresas de la patria". (Rafael Azula Barrera).

"Córdoba estudió filosofía cristiana en Popayán con José Félix de Restrepo. De allí que haya muerto héroe, cristiano y caballero". (Mons. Félix Henao Botero).

“El contacto con los sitios sagrados que evocan la memoria de los varones de la emancipación, renueva el espíritu y agita el alma al igual que si nos convirtiéramos en el gigante de la mitología que se rejuvenecía con la caricia de la tierra. La tierra, única salvación y riqueza que debemos vigilar”. (José López Henao).

“Córdoba, vencedor sobre el Cunduncurca no es más grande que tendido agonizante sobre sucias tablas en este recinto donde escribió con la sangre vertiente de su cráneo la verdadera idea republicana. En Ayacucho fue el rayo contra la esclavitud; en el Santuario el mártir de la libertad. Oído antes de pronunciar su bella frase: “Paso de vencedores”; dijo primero: “no hay retirada”. Como un astro partió de estas alturas en luminosas marchas hacia el Perú y volvió a apagarse a su punto de partida dejando iluminado el continente”. (Elio Fabio Echeverri).

Un exagerado escribió: “Oh Córdoba: si mensualmente nacieran diez mil militares durante un siglo, no saldría uno como tú”. (Evelio Calderón).

Un poeta, Jorge Montoya Toro, en un soneto al Santuario, termina así:

**Córdoba altivo, corazón de acero
músculo de la raza que palpita
en todo pecho cálido y sincero,**

**está presente como el sol de enero
con su orgullo titánico y habita
bajo tu cielo firme y altanero.**

Otro escribió:

**No supo cuánto robó
a la Colombia genuina
esa vil mano asesina
que tu existencia cortó,
con la sangre de tus venas. (B. Muñoz).**

ELOGIO A CORDOBA DE CARLOS E. RESTREPO

Carlos E. Restrepo, en el discurso que pronunció ante la estatua de Córdoba en Rionegro en 1829, con motivo del Centenario de su nacimiento, dijo francamente: "Apreciando con el criterio de hoy los dos hechos culminantes de 1828 y 1829 **la dictadura de Bolívar y la rebelión de Córdoba**, sucesos capitales que son como las pirámides en la historia de Colombia, y dignos de las más honradas meditaciones; juzgando con la experiencia de cien años agitados, turbulentos y fecundos, hay que condenar la conspiración y la rebeldía contra el que, a pesar de sus ofuscaciones en horas de tinieblas, fue quien dio libertad a un continente, fue el padre natural y sobrenatural de la Gran Colombia ya quien, si fue hombre y erró, hay que colocar alto, muy alto, como un semidios en los altares de la democracia universal.

"Además de que, apreciando siempre con el mismo criterio actual, los dos remedios heroicos estaban condenados a la esterilidad: la libertad es hija de la misma libertad y nunca de la violencia; lo que se siembra con sangre, fructifica en sangre y siempre engendrará la injusticia.

"Por más que amemos la democracia, como la amamos; por grande que sea el fervor con que adoramos la libertad y por más profundo que sea nuestro odio, como lo es, contra toda tiranía, es de justicia convenir en que los conflictos que se presentaron en los primeros años de la organización de la patria, fueron de esos que llevan dudas a las inteligencias más claras, vacilación a los corazones más patriotas y temor a los ánimos mejor templados. Si era necesario, de necesidad absoluta mantener la libertad conquistada, no era menos indispensable establecer el orden para que la anarquía no ahogara la libertad".

“Y los peores gérmenes anarquizantes crecían a todo lo ancho y a todo lo largo de las cinco repúblicas bolivianas.

“Mucha parte de los elementos disociadores que las asechaban en su propia cuna, provenía de los mismos próceres de la emancipación. La filosofía popular halló la sentencia de que para establecer la libertad era preciso acabar con los libertadores. Este alarmante sentir, con sus visos de ingratitud y de profanación, fundábase en el predominio de los elementos militares.

“Como inmediata consecuencia de esta intervención militar en los asuntos civiles, vino la pretensión del ejército, de sustraerse al imperio de las leyes que la república comenzaba a darse. No hay que extrañar, demasiado esa conducta ni por qué fulminar contra los hombres de espada una sentencia farisaica: todo gremio, comunidad, asociación, partido o secta, tiene la ambición, —casi nunca refrenada— a crearse fueros excepcionales, con la pretensión de que las leyes comunes rijan para los demás y que al privilegiado se le mantenga no sólo fuera de la ley, sino sobre la ley.

“Recién nacida la Gran Colombia e iniciada su convivencia con el viejo Perú y con la nueva Bolivia, los síntomas señalados y otros de no menor gravedad, indicaban que la portentosa fábrica imaginada, crujía por sus fundamentos y amenazaba con la ruina total. Imaginemos la desilusión de Bolívar y la de sus compañeros intelectuales del Congreso de Angostura, al avisorar la catástrofe de la obra constituida con tanta fe como entusiasmo y patriotismo y las angustias del Libertador del Perú y del padre de Bolivia al advertir que esos dos pedazos de su alma y de su gloria empezaban a girar en órbitas alejadas de su ambiente y de su genio. Cómo aguzaría su imaginación, fértil, cálida y desbordada, ideando remedio para tanto mal.

“Al mismo tiempo, en esos territorios y en el de la Nueva Granada, empezábamos a ensayar el recurso de las guerras civiles como remedio infalible”.

“La leyenda popular ha hecho de Córdoba nada más que un soldado de fortuna, ha forjado un héroe dotado sólo de locura y de valor. En él había esto y algo más. Al ahondar en su vida topa uno con el hombre civil, conscientemente enamorado de las libertades ciudadanas; con el hombre respetuoso de la autoridad y de la ley; con el republicano que fue a los campamentos, no a satisfacer su sed de sangre ni sus instintos salvajes, sino su hambre de libertad y de justicia. José Ma. Córdoba tuvo una belleza moral, que no ha sido ponderada suficientemente porque está fuera de toda ponderación: su vida —en este sentido apenas comparable a la de Sucre— fue un ejemplar magnífico de desinterés y un espejo de honrada pulcritud. Si por las manos del guerrero, joven y fogoso, pasaron hilas de sangre, no alcanzó a mancharlas nunca el lodo del peculado”.

Este folleto, que titulamos: “BOLIVAR Y CORDOBA”, y en el que analizamos el “OCASO DEL HEROE DE AYACUCHO”, en sus dos últimos años de vida, ha de servir a los amantes de los héroes de la patria, a los maestros y profesores de Historia nacional y a los amantes de estas lecturas, para que revivan los instantes tremendos de Colombia, cuando el gran Héroe Antioqueño se eclipsó, ofuscado por la pasión y el genio inmenso de Bolívar, comenzó a declinar, ante el desbarajuste y disolución de su sueño sobre LA GRAN COLOMBIA.

INDICE

	Pág.
Introducción	3
El Héroe Nacional	7
Situación de Colombia en los dos últimos años de Córdoba	13
Situación general de Colombia en el año de 1829	17
Cómo relata José Manuel Restrepo la Revolución de Córdoba	22
Por qué nombraron Ministro de Marina a Córdoba	23
Última campaña de Córdoba	24
Mosquera y Córdoba	24
La carta injusta e imprudente	29
Independencia de espíritu del General Córdoba ..	35
El ambiente de Popayán influyó en Córdoba	37
Corta fatal	39
Bolívar y Córdoba se distancian definitivamente ..	40
Cuándo empezó a conspirar?	46
Córdoba en Rionegro	48
Córdoba se apodera de Medellín	50
Manifiesto de Córdoba	54
Carta a Bolívar	57
Manifiesto a los antioqueños	61
Por qué perdió Córdoba	
Expedición de O' Leary	62
Salida de Bogotá O' Leary	63
Proposiciones de paz	65
Luchas internas de Bolívar	66
Resolución última de Córdoba	67
Vísperas de la batalla del Santuario	68
Anselmo Pineda	70

Batalla del Santuario	74
El enemigo	77
Asesinato de Córdoba y polémicas históricas	82
Declaración del General Tomás Murray	83
Crítica y juicio históricos al proceso contra O' Leary	85
Página del historiador Restrepo	92
Suerte de Hand	95
Cómo murió Córdoba	97
Córdoba se confesó	99
El Cadáver de Córdoba	101
Carta Pastoral	102
Otros testigos del asesinato de Córdoba	104
Las viceversas de la vida	109
Sepulcro y gloria del General José María Córdoba	112
Córdoba ídolo de Rionegro	114
El Córdoba de Arenas Betancur	118
Casa de Córdoba y pequeño museo en El Santuario	119
Libro de Autógrafos	120
Pensamientos	121
Elogio a Córdoba de Carlos E. Restrepo	124

